



LA TENTACIÓN
DEL LOBO

PROTEGIDA POR UN CAMBIAFORMAS

KATE RUDOLPH

LA TENTACIÓN DEL LOBO

PROTEGIDA POR UN CAMBIAFORMAS

LIBRO CINCO

KATE RUDOLPH

TRADUCIDO POR
ELIZABETH GARAY

ÍNDICE

[Acerca del libro](#)

[Prólogo](#)

1. [Capítulo Uno](#)
 2. [Capítulo Dos](#)
 3. [Capítulo Tres](#)
 4. [Capítulo Cuatro](#)
 5. [Capítulo Cinco](#)
 6. [Capítulo Seis](#)
 7. [Capítulo Siete](#)
 8. [Capítulo Ocho](#)
 9. [Capítulo Nueve](#)
 10. [Capítulo Diez](#)
 11. [Capítulo Once](#)
 12. [Capítulo Doce](#)
 13. [Capítulo Trece](#)
 14. [Capítulo Catorce](#)
 15. [Capítulo Quince](#)
 16. [Capítulo Dieciséis](#)
 17. [Capítulo Diecisiete](#)
 18. [Capítulo Dieciocho](#)
 19. [Capítulo Diecinueve](#)
 20. [Capítulo Veinte](#)
 21. [Capítulo Veintiuno](#)
 22. [Capítulo Veintidós](#)
 23. [Capítulo Veintitrés](#)
 24. [Capítulo Veinticuatro](#)
 25. [Capítulo Veinticinco](#)
 26. [Capítulo Veintiséis](#)
- [Qué leer a continuación](#)
[También de Kate Rudolph](#)
[Acerca de Kate Rudolph](#)

Copyright © 2024 by Kate Rudolph

All rights reserved.

No part of this book may be reproduced in any form or by any electronic or mechanical means, including information storage and retrieval systems, without written permission from the author, except for the use of brief quotations in a book review.

ACERCA DEL LIBRO

Nadie lo alejará de su Pareja.

Cuando una misión de rescate sale mal y Erin Jackson es secuestrada por un misterioso enemigo, Jericho Gibson no se detendrá ante nada para traerla de regreso a casa. Pero cuando la magia oscura los persigue en su viaje por la costa este, reunirlos con el resto de su manada es más fácil de decir que de hacer.

Por años, Erin y Gibson han estado negando la atracción entre ellos, pero con las emociones a flor de piel y sin nadie que pueda interferir, no hay forma de evitar el infierno de la pasión que amenaza con consumirlos.

Aunque la pasión no es su problema. Una fuerza oscura los acecha y, si no descubren su origen, nadie estará a salvo.

PRÓLOGO

SEIS MESES atrás

Gibson trazó la condensación en la botella de cerveza que sostenía entre sus manos y se preguntó qué diablos estaba haciendo en un bar hipster de Brooklyn. Nunca había oído hablar de la marca que estaba bebiendo y estaba un poco disgustado por lo deliciosa que estaba. En realidad, no se suponía que las cosas pretenciosas fueran *buenas*.

Pero era el cumpleaños de Owen y tenía que hacer acto de presencia. Demonios, incluso la estrella de rock había aparecido, aunque estaba escondida en un rincón con una desagradable gorra de béisbol que no hacía mucho por ocultar el hecho de que millones de personas compraban sus discos.

Él era el asqueroso viejo sentado en la barra deprimiendo el ambiente. Hizo girar el líquido en la botella y pensó que podría escabullirse en diez minutos y darlo por terminado. Owen estaba celebrando con el brazo alrededor de su Pareja, y Gibson no creía haber visto nunca a Stasia sonreír tan ampliamente. La médica era buena para Owen y tal vez él era bueno para ella.

«La fiesta terminó», dijo Erin Jackson mientras se sentaba en el taburete junto a él.

Incluso en el bar lleno de gente captó un indicio de su aroma, algo floral con un tinte de océano en el fondo. Él inclinó su cerveza hacia ella a modo de saludo, pero no se permitió girarse completamente para mirarla. Sabía lo que vería: cabello rubio recogido en una trenza apretada, grandes ojos azules que escondían un atisbo de picardía que nadie parecía notar, curvas que le calentaban la sangre por mucho que intentara ignorarlas. Esta noche llevaba un vestido corto que besaba la parte superior de sus muslos.

Si la miraba, no podría ocultar el deseo.

Entonces, Gibson continuó mirando la barra. «Nadie necesita que el jefe arruine un buen momento». Él le ofreció media sonrisa y se encogió de hombros, como si el muro que mantenía entre él y su gente nunca le molestara. Gibson no se arrepentía de haber asumido la responsabilidad de su extraña manada de lobos, pero a veces el abismo entre ellos era tan imposible de superar como el que había entre el oficial y los soldados.

«Eres más que nuestro jefe», ella lo dijo en voz baja, y fue suficiente para que Gibson levantara la cabeza, pero Jackson hacía señas al barman y no lo miró.

Se estaba engañando a sí mismo si creía haber oído algo más cuando ella habló. Él pasaba de los cuarenta, ella era más de diez años más joven que él; él ya era oficial mientras ella estaba alistada y era su maldito jefe.

Este impulso que sintió, la necesidad de extender la mano y sentir su suave piel contra la suya, era algo imposible. Jackson no lo quería, no lo necesitaba.

«¿No deberías estar allí con los demás?», Owen soltó un chillido que hizo que medio bar mirara en su dirección.

Jackson le dirigió una mirada que decía más de lo que las palabras podrían decir. «Amenazó con ordenar chupitos. No es exactamente mi ambiente».

«¿No?», no le preguntó qué era lo que a ella le gustaba. Eso conducía al peligro.

«No precisamente», ella tomó un sorbo de su cerveza. «Sé que Owen está feliz de que hayas venido. Quería que toda la... ya sabes, que todos nosotros estuviéramos aquí». Se frenó al evitar decir *manada*.

Gibson entendió. Si alguien intentaba llamarlo un 'alfa', no estaba seguro de cómo respondería. Solo eran un grupo de soldados desafortunados; ninguno de ellos se había apuntado a esta mierda de convertirse en un hombre lobo. «Debería irme».

«O podrías jugar conmigo ese juego gigante de Jenga que hay allí», ella asintió hacia un rincón más tranquilo del bar, lejos de Owen y sus amenazas de chupitos.

Sabía que no debería hacerlo. Cada momento que pasaba con Erin Jackson lo dejaba con ganas de más. Era algo que podía ignorar en el trabajo. Allí tenían un propósito. Pero, ¿aquí? Separados del resto del grupo y jugar un juego, lo hacía sentir un poco como una cita.

Aún así, se encontró deslizándose del taburete, siguiéndola hasta donde ya estaba instalada la torre.

«¿Planeaste esto?», preguntó. «¿Eres una especie de genio del Jenga?».

Jackson se rió y el sonido le llegó directo a las entrañas. «Me descubriste, soy un prodigio del Jenga. Ahora bien, ¿hacemos que esto sea interesante?».

«Diablos, no. Mantendré mi dinero a salvo de ti». Las bromas fluían fácil, incluso si sus instintos le gritaban que se alejara.

«Esa no es la única manera de hacerlo interesante», ella sonrió, luego abrió mucho los ojos y cerró la boca con fuerza.

Pero ella lo había dicho.

Y él lo había escuchado.

Y él lo sabía.

Erin Jackson no era coqueta. Ella era el miembro más profesional de su equipo, excepto quizás por Andre. Ella siempre decía lo que quería y no bromeaba.

Gibson quería responderle algo, quería apretarla contra la pared y ver cómo reaccionaba cuando sus cuerpos se presionaran fuertemente, con la necesidad clara en cada aliento de su ser.

En cambio, se obligó a ignorar el desafío. «Vamos a jugar».

Su comentario no fue olvidado. Se mantuvo sobre ellos con cada movimiento, pero a medida que los bloques disminuían y su torre se volvía cada vez más precaria, Gibson se dejó perder.

Cuando jugaba, jugaba para ganar. Pero no esta vez.

La torre estaba situada sobre un solo bloque y se tambaleaba cada vez que alguien se acercaba demasiado a la mesa. No tenía buenas opciones para seguir eliminando bloques, y Jackson lo miraba con un brillo triunfante en sus ojos, claramente convencida de que estaba a punto de ganar.

Gibson rodeó la mesa, tratando de encontrar el único bloque que podía quitar sin derribarlo todo. Terminó justo al lado de Jackson, quien no se movió de donde estaba, probablemente para que le resultara más difícil hacer su jugada. Empujó un bloque, desplazándolo con cuidado, sin atreverse a respirar mientras se movía milímetro a milímetro fuera de posición.

Pensó que lo tenía. La cosa estaba casi completamente afuera y todo lo que tenía que hacer era moverla un poco.

Pero algo salió mal, y entre un suspiro y otro, toda la torre se derrumbó. Por instinto, Gibson abrazó a Jackson y la empujó hacia atrás.

Sus propios brazos rodearon los de él, su cuerpo pegado a él, suave en todos los lugares correctos y tan condenadamente tentador que él casi arrojó toda precaución al viento y capturó sus labios con los suyos. Él podría hacerlo. Probablemente incluso podría llamarlo accidente si le explotara en la cara.

Podía sentir sus dedos enroscándose en su chaqueta, los bordes de sus nudillos descansando contra su espalda.

¿Cómo se sentiría si sus uñas le rasguñaran la espalda?

Gibson miró hacia abajo. Jackson miró hacia arriba. Sus miradas se encontraron y el resto de la habitación desapareció. Todo lo que podía ver, todo lo que podía oír, todo lo que podía oler era ella. Su aroma lo envolvió, seductor como el infierno y tan condenadamente perfecto que tuvo que contener un gemido.

La lengua de Jackson salió disparada para humedecer sus labios y su boca se abrió, tan cerca y tentadora que prácticamente podía saborearla.

Todo lo que uno de ellos tenía que hacer era inclinarse hacia adelante. Un beso y pondría fin a este sufrimiento, a esta *necesidad* punzante que no podían saciar.

Un beso y lo arruinarían todo.

Gibson dio un paso atrás, casi tropezando con un bloque caído, pero se enderezó antes de caer de culo. «Buen juego», dijo. «Avisa a Owen que tuve que irme».

Y se fue sin mirar atrás.

CAPÍTULO UNO

EL OLOR A PESCADO ERA ABRUMADOR. A Erin Jackson se le revolvió el estómago y tuvo que tragarse el vómito. Su ropa ya estaba cubierta de sangre. No quería empeorar las cosas.

Su estómago volvió a revolverse.

No. No su estómago. Toda ella.

Abrió los ojos y, por un segundo, pensó que había quedado ciega.

Pero no, simplemente estaba oscuro. Sus ojos se acostumbraron rápidamente.

Metal. Un techo bajo. Habitación larga y estrecha. Y ese movimiento incesante. Arriba y abajo. Alto, luego bajo, lo suficiente como para hacerle girar la cabeza.

Ella estaba en un barco. Posiblemente en el mar.

Si eso era cierto, significaba que nadie vendría por ella.

Erin se hundió aún más en su asiento, solo las esposas y los pies atados impedían que se resbalara.

Necesitaba encontrar una salida de este lugar, o sería una mujer muerta.

Tirar de las esposas fue más difícil de lo que debería haber sido. Llevaba más de una década de serio entrenamiento con pesas, sin mencionar un poco más que provenía de su fuerza de cambiaformas.

Pero todos sus músculos se sentían pesados y exhaustos. ¿Cuánto tiempo llevaba encadenada a esta silla?

El barco volvió a agitarse y Erin sintió arcadas.

Lo último que recordaba era la misión de recuperar a Owen. En el caos de la fuga, no había visto venir a su atacante. Un golpe en la nuca y había quedado fuera.

Erin giró la cabeza de un lado a otro y se sintió aliviada al no sentir una punzada de dolor. Quizás no había sufrido una conmoción cerebral.

¿Podrían los cambiaformas sufrir conmociones cerebrales?

Dado que sus pensamientos daban vueltas y ninguno se decidía por algo viable, Erin temía que se mantendría así. Se quedó quieta, dejando que sus manos atadas cayeran detrás de su espalda en una posición lo más cómoda posible.

Era el momento de hacer una evaluación.

Sangre seca. La habían secuestrado hace algún tiempo. Tenía dolor, pero nada tenía la sensación aguda de una herida abierta. Y ni siquiera podía estar segura de que fuera su sangre.

Se pasó la lengua por los labios. Secos y agrietados, pero no con cortes.

Luz. Entraba a través de una ventana rota en lo alto de la pared. Había quedado inconsciente durante la noche, lo que significaba que habían pasado al menos siete horas, siempre que todavía estuviera en Nueva York.

Se esforzó por oír algo, pero lo único que pudo distinguir fue agua y pájaros chirriando. No estaba segura de cómo sonaba un puerto, pero ¿no se suponía que habría sirenas de barcos y el ruido general del comercio?

Erin dejó de pensarlo. Dondequiera que estuviera, lidiaría con eso después de liberarse y descargar su frustración con quienquiera que pensara que debían mantenerla cautiva.

Dio un buen tirón a las esposas de sus manos, pero lo único que consiguió fue lastimar la piel sensible y magullada alrededor de sus muñecas. Eso no le impidió intentar pasar su mano a través del círculo de metal.

Era inútil. Tendría que zafar su pulgar para que funcionara.

Eso generó una idea casi demasiado ridícula para considerarla.

¿Podría hacerlo...?

Erin casi descartó la idea por completo. Conocía sus límites.

Pero los límites eran el tipo de cosas que mantenían a una chica encadenada a una silla. Y Erin nunca antes había dejado que algo tan estúpido como el límite de otra situación la detuviera.

Hasta donde ella y el resto de su manada sabían, un cambiaformas tenía dos estados: humano y lobo. Pero, durante los últimos tres años, lo habían estado aprendiendo mediante prueba y error. Y la línea entre lo que "sabían" y lo que era posible se desdibujaba cada día más.

Tenía que liberarse de las esposas. No tenía llave ni nada más para abrir la cerradura. Y no planeaba esperar a que alguien viniera a buscarla.

Había una ferocidad en lo más profundo de ella que intentó ignorar. Tenía un trabajo que hacer, y transformarse en lobo no iba a ayudar en nada. Pero ahora necesitaba esa fuerza, ese rayo de ira y los colmillos que acechaban en la oscuridad en el borde de su conciencia, listos para atacar cada vez que bajara la guardia.

Cerró los ojos y respiró hondo. El hedor a sangre y agua salada amenazaba con abrumarla, pero lo hizo a un lado y volvió a respirar. No había nada en ese momento excepto ella y el balanceo del barco.

Movió los dedos, tratando de no hacer una mueca cuando la sangre corrió hacia las extremidades inertes. El dolor la hizo sentir cada centímetro de la piel, para bien o para mal. Y eso era lo que ella necesitaba.

Pero no dedos.

Garras.

Apretó los dedos e imaginó su otra forma. Era algo extraño de hacer. No se miraba en un

espejo cuando llevaba su pelaje; a ella no le importaba cómo se veía.

Normalmente, cambiar de forma era tan fácil como respirar. Pero con los brazos echados hacia atrás, no sabía lo que eso provocaría a sus lobunas articulaciones. Tan solo necesitaba una pata libre.

Erin pasó el pulgar por la yema de los dedos y solo sintió una mano humana.

La frustración la invadió, pero no se rendiría tan fácilmente.

¿Y si ella se giraba por completo? Estaría fuera de la silla.

Y posiblemente la rompería sin posibilidad de reparación.

¡Maldita sea! Necesitaba dejar de pensar en los problemas. Ahora era el momento de buscar soluciones.

Dame una maldita pata.

Una sacudida de conciencia recorrió su brazo, similar al hormigueo que sentía cuando una extremidad se quedaba dormida. Su mano se acalabró y el dolor le atravesó la sangre. Erin contuvo un grito cuando sintió que el metal de las esposas se deslizaba.

Entonces, mantente.

¿Qué demonios?

Se frotó las manos y sintió pelo y piel, una sensación desconcertante. Le tomó toda su concentración mantener su pata en esa forma, y las esposas aún no caían.

¿Qué tan grandes eran sus malditas patas?

Jaló su hombro hacia adelante y jadeó cuando la esposa le rozó el pelaje y le quitó la muñeca. Tenía las manos libres y la tensión y el ácido láctico inundaron sus hombros en otra oleada de dolor.

Su concentración se hizo añicos, y cuando miró sus manos, ambas parecían humanas, aunque las uñas de su mano izquierda eran un poco más largas de lo habitual.

Un fuerte golpe resonó a través de las paredes metálicas de la habitación y Erin se quedó congelada, esperando que la amenaza se mostrara. Un segundo golpe al otro lado del barco llamó su atención y se estremeció de anticipación.

No llegó nada.

Estaba atrapada entre quedarse quieta y luchar para liberar sus piernas. Liberar sus piernas ganaba. Estaban atadas con una enorme cuerda, pero afortunadamente no estaban aseguradas a la silla. Le tomó varios minutos frustrantes llegar hasta el final de un trozo de cuerda y comenzar a desenredar el nudo.

Pero sus uñas estaban más afiladas que de costumbre.

Erin clavó los dedos en la cuerda, haciendo una mueca cuando le desgarró la piel y las uñas, pero no pasó mucho tiempo antes de que alcanzara una pieza vital del nudo y todo cedió.

Apartó la cuerda de una patada y se quedó de pie, tambaleándose mientras el barco volvía a agitarse. La silla cayó a un lado y Erin tuvo que apoyarse con los pies abriéndolos para evitar caerse. Quien haya dicho que existía la capacidad para acostumbrarse al movimiento de un barco

en el agua era un sucio mentiroso.

Bien. Ahora, estaba fuera de la silla. ¿Qué seguía?

La habitación era desorientadoramente grande, como si estuviera en medio de un almacén con paredes de acero y completamente vacío. Esperaba que alguien desde una pasarela en el techo la detuviera, pero no había nadie allí.

No había visto a una sola persona.

¿Era posible que estuviera sola?

No, definitivamente no. Erin no era del tipo afortunado y no podía creer que la hubieran llevado solo para abandonarla en el mar, como un pirata que se porta mal en una película antigua.

Tenía que salir de esta habitación y encontrar una manera de dejar el barco y regresar a su manada. ¿Había encontrado la manada a Owen? ¿Estaría bien?

Era más fácil preocuparse por los problemas de otra persona.

Las paredes eran de acero macizo, pero oxidadas. Estuvo tentada de darles una buena patada, pero incluso el óxido parecía más fuerte de lo que debería estar. Si pudiera resistir los embates del océano, se encargaría de ella, sin problema.

Buscó su escape y... ¡allí! La maldita puerta.

Había una palanca extraña que tenía que tirar de un lado a otro en lugar de una manija o un pestillo, pero lo averiguó rápidamente y tuvo que contener un grito de alegría cuando la puerta se abrió.

Desbloqueada.

Quizá su suerte estaba cambiando.

El aire frío del mar entró rápidamente junto con la luz del día lo suficientemente fuerte como para cegarla. Eso no le importaba. No estaba atada. No estaba encerrada. ¿Quién necesitaba la vista?

Incluso el aire tenía un sabor delicioso. Cualquier cosa serviría para eliminar el olor a sangre.

Pero la luz y el aire no la golpeaban directamente. La puerta se abrió a un pasillo pequeño y ventoso. Erin giró a la derecha, porque tenía que elegir una dirección y dudar no la llevaría a casa antes.

Los sonidos del agua golpeando contra el metal se hicieron más fuertes, y la pared a su lado terminó por revelar agua corriendo a gran velocidad. Y, a lo lejos, una ciudad.

Erin entrecerró los ojos. Y luego maldijo.

Puede que estuviera bastante lejos de la costa, pero ¿quién no podría reconocer el horizonte de la ciudad de Nueva York?

Fuera como fuese, la ciudad que estaba al frente, no era Nueva York.

Mierda.

Ese sería un problema para más adelante. No le importaba si esa ciudad estaba en la maldita Narnia, tendría más posibilidades de llegar a casa si estuviera en tierra que en el mar.

Miró por encima del borde del barco y sintió un vértigo repentino y su estómago se revolvió una vez más.

Esa sería una caída larga. Muy larga.

Y podría contar con algún tipo de superpoder de mujer lobo, pero había un límite a lo que intentaría. Si saltaba, no sobreviviría a la caída. Y, en el caso de que sobreviviera, no estaría en condiciones de nadar kilómetros hasta la costa.

Necesitaba pedir ayuda. O encontrar una manera de salir del barco que no implicara una caída de treinta metros hacia los brazos de Scylla and Charybdis.

[Nota de la Trad.: *Scylla and Charybdis son dos monstruos marinos de la mitología griega que representan peligros en el mar. Esa frase se usa para describir una elección difícil entre dos opciones igualmente peligrosas*]

Erin siguió moviéndose. Todavía no había visto a nadie, pero alguien tenía que estar al timón del barco. Apostaría todo lo que valía, que no es que valiera mucho, a que el capitán estaría involucrado. Una chica no terminaba atada en una bodega de carga por accidente.

Casi caminó directo hacia un grupo de la tripulación, pero las voces resonaron en su camino justo a tiempo y Erin se paralizó. No tenía dónde ocultarse y correr, solo la haría perderse.

Sus puños se flexionaron con la necesidad de luchar. Ella era rápida y luchadora. Podía manejar a cuatro chicos, si estimaba el número correctamente por el sonido de sus voces.

Contando con un rifle, esto terminará en siete segundos.

Pero la única arma de Erin era ella misma y la sorpresa, y no renunciaría a eso tan fácilmente.

Se acercó sigilosamente, agachándose para no estar en la línea de visión de nadie, y comprendió la situación. Tal como se estimaba, cuatro hombres estaban sentados alrededor de una mesa de juego, uno de ellos con las piernas apoyadas sobre ella. Llevaba una pistolera en el hombro.

Había una ametralladora sobre la mesa, justo al lado de algo que podría haber sido un cuchillo envainado, pero extrañamente estrecho.

Estaba bastante segura de que la tripulación normal no andaba armada hasta los huesos.

No era lo suficientemente rápida para retirar ambas armas antes de que uno de esos tipos tomara la ametralladora y la matara.

Erin retrocedió y la pasarela bajo sus pies crujió. No se detuvo. El barco era una bestia ruidosa y no había forma de que supieran que estaba allí.

De todos modos, no deberían haberlo hecho. Pero su charla se detuvo y entonces los escuchó moverse.

Erin corrió.

«Alto».

Debería haber ignorado la palabra. *Quería* ignorarla. No había ninguna razón para acatarla. Pero su cuerpo fue atrapado por una demanda imposible de resistir y Erin se quedó quieta.

«Date la vuelta».

Nuevamente, sin quererlo, se volvió.

Los cuatro hombres estaban al final del pasillo. Uno estaba desarmado. Dos, con armas de fuego. Y uno sostenía algo extraño de madera que ella pensó que era un cuchillo.

Este último sonrió y a ella se le hizo un nudo en el estómago. «Buen intento, chica». Agitó el arma y Erin vio grabados que no podía entender. ¿Y estaba brillante? Ni siquiera podía entrecerrar los ojos para ver mejor. «Pero no vas a escapar tan fácilmente. Duerme».

Y se desplomó en el suelo.

CAPÍTULO DOS

JERICHO GIBSON no podía dejar de dar vueltas. Sus botas resonaban contra el suelo de concreto de la oficina de Brooklyn y cada paso retumbando en el pasillo. Quería gruñir, necesitaba correr. Cualquier cosa para deshacerse del doloroso vacío en su pecho. Jackson se había ido, se la habían llevado hacía una semana. Y no estaban nada cerca de encontrarla. Cada rastro no llevaba a nada, cada pista se estaba agotando.

Podía ser que ya estuviera muerta.

«Oye». La voz de Owen rasgaba contra el temperamento de Gibson. Owen tenía una maldita sonrisa en su rostro. Era un tipo de sonrisa cautelosa, pero Gibson todavía quería usar sus garras y quitársela del rostro. «La encontraremos», dijo el fastidioso sonriente. «Diablos, conociendo a Jackson, probablemente ya escapó y provocó alguna explosión, solo para demostrar que puede».

Gibson se detuvo a medio paso, con la mandíbula apretada mientras miraba la pintura blanca agrietada de las paredes. Owen estaba tratando de ayudar, y por eso Gibson no hizo más que mirarlo con furia. No podía deshacerse de las visiones de Jackson atada y aterrorizada. O algo peor.

«¿No tienes una Pareja a quien molestar?», Gibson necesitó toda su considerable moderación para evitar empujar a Owen a un lado.

La sonrisa cautelosa desapareció del rostro de Owen y se transformó en una mirada furiosa. «Todos estamos preocupados por Jackson».

Gibson no supo cómo responder a eso. Por supuesto que lo hacían. Ella era una parte integral de su grupo, de su manada. Y si Gibson tuviera que elegir a alguno de ellos para cuidar su espalda, sería Erin Jackson. Ella era el tipo de mujer que irradiaba competencia y seguridad.

Eso era *todo* lo que ella podía ser.

Gibson se negaba a mostrar favoritismos, y su manada era tanto su negocio como su familia. Ella trabajaba para él. Ella era más de una década más joven que él y él había sido oficial mientras ella estaba alistada.

Todas esas razones no significaban que pudiera dejar de preocuparse.

«Lo sé», Gibson se forzó a respirar profundamente. La emoción amenazaba con abrumarlo y eso lo hacía inútil.

Owen suspiró. Levantó una mano como si estuviera a punto de agarrar el hombro de Gibson, pero perdió el valor y dejó caer la mano. «La encontraremos y la traeremos a casa».

«Por supuesto». Tenía que mantenerse tranquilo. Sereno. Mantendría la compostura. Por la manada.

Por Jackson.

«Condenadamente cierto», dijo Owen, con esa sonrisa persistente en su rostro.

«Ve a hacer un maldito trabajo», dijo Gibson. Tanto hablar ya lo tenía nervioso. Si Owen decía una palabra más, Gibson no se haría responsable de lo que hiciera a continuación.

Owen se rió y se dirigió a la sala principal al final del pasillo, donde Bryan Vega estaba analizando cada dato que tenían que podría llevarlos a recuperar a Jackson.

Gibson golpeó la pared con el puño y cerró los ojos con fuerza mientras era asaltado por las posibilidades de lo que podría estar sucediéndole a Erin. Era una soldado fuerte, una mujer resiliente, y cuando se enojaba, tenía una lengua afilada.

Una boca en la que a él no se le permitía pensar.

Gibson había pasado la mayor parte de los últimos tres años sin pensar en esa boca de Jackson. O en sus curvas. O en el pequeño sonido que hacía cada vez que comía uno de esos pequeños discos de queso envueltos en cera roja que él se aseguraba de tener en el refrigerador.

Se preocupaba por cada miembro de su equipo. Si alguno de ellos fuera secuestrado, movería cielo y tierra para recuperarlo. Lo *había* hecho para rescatar a Owen y luego a la Pareja de Bryan, Kerry. El imposible sentido de responsabilidad habría aplastado a otro hombre, pero Gibson la había asumido.

Pero sabía que no estaba reaccionando igual ante el secuestro de Jackson que ante cualquier otra persona. Ella era diferente. Incluso si él nunca había dicho una palabra, nunca dio una *pista* de ello, ella era...

Ella no podría ser suya.

Eso no importaba ahora. No cuando tenía que traerla a casa.

Entró a la sala principal para encontrar a Owen, a la Pareja de Owen, Stasia, y a Bryan acurrucados alrededor de una mesa, examinando los papeles apilados frente a ellos. Owen había colocado su vaso gigante justo en el borde de su espacio de trabajo.

«¡Mueve esa maldita taza, Owen!», Gibson gruñó y pasó junto al hombre para agarrarla él mismo. Era principalmente hielo y la arrojó a la basura. «No vayas a derramar tu mierda sobre los papeles».

La tensión en la habitación creció cuando su manada intercambió miradas inquietas, y eso solo hizo que Gibson quisiera gruñir. Su lobo era una bestia enjaulada dentro de él. Necesitaba salir de aquí.

«¡Suficiente!», Stasia fue la que se atrevió a hablar. Ella lo miró de la misma manera que debía haber mirado a los internos cuando era médico de urgencias. «No aprecio tu tono con mi Pareja, ni con ninguno de nosotros. Estamos haciendo lo mejor que podemos. Los demás

también han estado trabajando día y noche. Creo que Vi casi ha agotado su magia tratando de adivinar».

Gibson apretó los puños antes de que sus emociones pudieran apoderarse de él. Su gente necesitaba un líder, no un tipo alterado. Jackson lo necesitaba.

Sintiéndose un poco estúpido, Gibson tomó la taza de la basura y la dejó sobre el mostrador. «Lo lamento».

Owen se encogió de hombros, pero Stasia todavía lo miraba con cautela.

«¿Tenemos nuevas pistas?», preguntó Gibson.

Bryan negó con la cabeza. «Rowe dijo que Vi intentará otro hechizo con su aquelarre, pero no he sabido nada de ellos en unas horas».

«Da seguimiento», el familiar consuelo de las órdenes rutinarias hacía más que cualquier palabra para aliviar la preocupación de Gibson. «Si Vi necesita materiales, lo pagaremos. Y pediré cualquier favor si ella necesita más».

«Entendido, jefe», Bryan sacó su teléfono del bolsillo antes de salir de la habitación para hacer la llamada.

Gibson ocupó su lugar en la mesa. «Infórmame de nuevo», le dijo a Owen. «¿Qué nos estamos perdiendo?».

CAPÍTULO TRES

ESTA VEZ ERIN se despertó en una habitación más pequeña. Tenía las manos atadas con cuerdas en lugar de esposas. Pero el frío acero de la silla debajo de ella no se movía, sin importar cuánto luchara. Y el aire salado que le hacía cosquillas en la nariz era un recordatorio hostil de que estaba lejos de casa.

Había estado tan cerca. Y realmente deseaba estar de vuelta en un mundo donde no sabía que existía la magia.

Ese era un pensamiento inútil. No podía perder el tiempo en eso. Quien la mantuviera cautiva tenía algún tipo de varita mágica o lo que fuera que pudiera usar para controlarla.

Eso significaba que tenía que asegurarse de que cuando escapara esta vez, y lo iba a hacer, nadie la viera.

Claro que era más fácil decirlo que hacerlo.

En el fondo de su mente, se preguntaba qué planeaban hacer con ella. La tortura era evidente, pero llevaba algún tiempo retenida y nadie le había puesto un dedo encima. La habían alimentado y debieron haberle hecho algo, tal vez usando su varita mágica, porque no tenía ganas de orinar. Pero esa curiosidad no le haría ningún bien. No iba a quedarse sentada con miedo y preguntándose qué querían de ella. Ella iba a salir de esa situación.

De alguna manera.

Erin luchó contra la cuerda y reprimió un sonido de triunfo cuando ésta cedió un poco. Un poco llevó a mucho. Y al cabo de unos minutos, pudo liberar su mano, haciendo una mueca con cada centímetro de movimiento. Sus manos estaban en carne viva, ensangrentadas. Pero se había liberado.

Quienquiera que hubiera atado sus ataduras no era un marinero. O al menos no uno con experiencia en atar cuerdas. Tenía los pies un poco mejor atados, pero con las manos libres, soltarse solo requirió un poco más de lucha y movimiento.

Por un breve segundo, Erin considera cambiar a su otra forma. Quizás si tuviera garras y dientes, no sería tan fácil derribarla. Pero ella decidió no hacerlo. Los pulgares oponibles eran mucho más importantes que las garras.

La puerta de la habitación en la que estaba atrapada se encontraba cerrada con llave. Por

supuesto. Quien la retenía no era completamente incompetente y no cometería los mismos errores dos veces. Erin no quería golpear la puerta llamar la atención de más guardias, pero no tenía otra opción. Y sin importar cuánto la golpeaba, la puerta no se movió.

Se dejó caer contra la pared y entrecerró los ojos ante la luminosidad de la habitación.

¿De dónde provenía la luz?

No había ninguna lámpara encima de su cabeza. Pero al otro lado de la habitación, vio una ventana.

Corrió hacia ella y miró hacia afuera, decepcionada al ver que no conducía directamente al océano, sino a otra habitación interior del barco. Lo bueno es que eso significaba que esta ventana se podía abrir. Y no estaba tan bien asegurada como la puerta. Con un poco de maniobra, Erin pudo pasar.

Ahora solo tenía que encontrar una manera de salir del barco.

Gibson iba a matarla cuando regresara. O al menos le daría una paliza.

Podía imaginar la forma en que sus ojos brillarían en esa mirada imponente que tenía. Estaba bastante segura de que él había hecho llorar a los menores en sus días de servicio activo.

Solo había una forma en la que quería que él la hiciera llorar.

No. No podía pensar en eso. No se lo permitiría. Ahora incluso más de lo normal.

Pero qué no daría por sus fuertes brazos a su alrededor en ese momento, manteniéndola caliente, animándola a seguir moviéndose.

Su voz, que solo se permitía imaginar en sus sueños más oscuros era exactamente lo que necesitaba. Casi podía oírla en sus pensamientos.

Pero alucinar a un salvador no la sacaría del barco. Y Erin no necesitaba un salvador. Ella podría salvarse a sí misma.

Aunque un animador mayor, atractivo y rudo, con ojos azules brillantes y una forma de mirarla que la hacía querer derretirse, por otro lado..., no. No podía fantasear con Jericho Gibson. Erin se centró en la tarea.

Dondequiera que estuviera, no era Nueva York. Y aunque no tenía ninguna duda de que Gibson la estaba buscando, tal como buscaría a cualquier otro miembro de su manada, no tenía forma de saber que ella estaba allí. Dondequiera que fuera *este* lugar. Tenía que salir de esta prisión flotante y encontrar un teléfono para poder volver a casa con él.

Erin creyó oír a alguien acercarse por la puerta del pasillo y se congeló por un segundo antes de arrimarse hacia un pequeño nicho. Después de unos segundos, nadie se acercó, y podrían haber sido solo los rechinos y ruidos del barco.

En el borde mismo de la gran habitación en la que se encontraba, encontró una puerta con la leyenda 'Salida de Emergencia'. Bien. Esta era una emergencia y necesitaba salir. Le preocupaba un poco que sonara una alarma, pero era un riesgo que debía correr. Con el tiempo, alguien se daría cuenta de que ya no estaba atada a esa silla.

Erin entró de golpe por la puerta abierta y maldijo cuando casi cae sobre una barandilla

precipitándose al océano.

Estaba en la parte inferior del barco, a unos seis metros sobre el agua.

Erin no se permitió pensar. Estaban en una especie de puerto. El agua tenía que ser lo suficientemente profunda para el barco. Podría nadar.

Se arrojó por el borde y se estrelló contra las agitadas y sucias aguas del puerto. El agua helada le quitó el aliento de los pulmones y todo su cuerpo amenazó con paralizarse. Pero Erin había sido entrenada para esto. Había pasado años en el ejército, aunque esto era un recordatorio de por qué se había alistado en el ejército en lugar de en la marina, y nadado en el gimnasio cada vez que tenía la oportunidad.

Dejó que su cuerpo se pusiera en movimiento, agitando los brazos constantemente y pateando. El frío sería un problema para más adelante. No podría contraer hipotermia si seguía moviéndose. Había algo raro en eso, pero perder el tiempo pensando solo la haría sentir más frío.

Lenta, agonizantemente lenta, se acercó a la orilla. Finalmente logró nadar entre dos barcos en un movimiento que sin duda fue increíblemente peligroso. Encontró una escalera que la sacó del agua sucia y asquerosa del puerto llevándola a tierra firme.

El sol estaba alto en el cielo, pero no había nadie alrededor. Erin se estremeció en el lugar por un momento, exprimiendo tanta agua de su cabello y su blusa como pudo.

Ahora que estaba quieta, la piel ensangrentada de sus muñecas le dolía aún más, pero esa era otra cosa por la que no perdería el tiempo preocupándose. El dolor sería un problema para más adelante.

Tenía que seguir moviéndose.

Hizo todo lo posible por mantenerse fuera de la vista. Estaba en una especie de puerto industrial, sin duda en una zona restringida. El mero hecho de que estuviera empapada llamaría la atención. Y que no tuviera identificación y no estuviera ansiosa por contar su historia podría causar problemas.

Logró pasar la puerta y llegar a un estacionamiento público. Detrás de ella, vio una señal que indicaba el puerto de Norfolk, Virginia.

Definitivamente muy lejos de casa.

No tenía teléfono. Estaba sin dinero. Y si su ropa no se secaba pronto, podría morir. Lo único que sabía era que Nueva York estaba al norte y vagamente al este de Virginia. Cambiar a su otra forma y correr cientos de kilómetros como lobo no era una opción. Un lobo no podría llevar un mapa.

Y cuatro ruedas eran mucho más rápidas que cuatro patas.

Los ojos de Erin recorrieron todos los autos en el estacionamiento, una idea ya se estaba formando. Descartó todo lo que parecía haber sido producido en los últimos diez años. Demasiada tecnología, demasiada oportunidad para funciones antirrobo.

Pero el destartado sedán de veinte años situado entre dos grandes SUV podría ser la solución.

Erin no era una ladrona. Se sintió un poco mal por lo que estaba a punto de hacer. Pero tenía que poner distancia entre ella y sus captores. Pronto descubrirían que ella se había ido. No iba a permitir que la volvieran a subir a ese barco.

Probó la manija de la puerta y pensó que era el destino cuando la puerta del vehículo se abrió.

¿Sin cerradura? Básicamente pidiendo ser robado.

Todavía temblaba con la ropa mojada y el asiento del conductor estaba cubierto por una tela muy manchada que olía levemente a cigarrillos viejos y marihuana.

La parte trasera del auto estaba llena de ropa, como si alguien regresara a casa después de un semestre en la universidad. El momento no era muy oportuno y Erin odiaba empeorar el día de esta persona, pero tenía necesidades.

Buscó entre la ropa rápidamente, agradecida de que oliera a limpio, y sacó un par de sudaderas y una camisa que servirían. No se molestó en robar un par de ropa interior y no había sujetadores. Un par de sandalias antiguas eran aproximadamente tres tallas más grandes, pero apretó las correas tanto como pudo y lo consideró útil.

Estaba bien. Por el momento.

Encender el auto tomó solo un minuto, y Erin salió a la carretera y eligió una dirección al azar.

Condujo durante unos quince minutos, en dirección a la ciudad, pero sin saber qué más hacer. Necesitaba ponerse en contacto con Gibson para hacerle saber que estaba bien. Pero el auto solo tenía un cuarto de tanque de gasolina y eventualmente alguien estaría buscándolo.

¿Esta persona tenía un teléfono celular en su auto? No era probable. Pero en un semáforo en rojo, Erin se acercó y abrió la guantera con esperanza. Un sobre blanco se cayó y unos cuantos billetes de veinte cayeron al suelo.

Erin sonrió y comenzó a creer que algún dios de la suerte le estaba sonriendo.

En el siguiente semáforo, contó el dinero. Podría ser suficiente para regresar a Nueva York entre gasolina y algo de comida, pero cuanto más se detuviera, más probabilidades había de que la atraparan.

Además, se sentía tan mal por haber robado el coche que no quería sacarlo del estado. Si lo abandonaba en la ciudad, había muchas posibilidades de que se lo devolvieran a su legítimo dueño, sin un poco de dinero en efectivo y algo de ropa.

Tomada la decisión, Erin encontró un estacionamiento diferente y se detuvo. Tuvo cuidado de limpiar la mayor cantidad posible del interior del vehículo y esperó no dejar demasiada evidencia de su ADN.

Con dinero en efectivo en la mano, caminó varias cuadras hasta que encontró un restaurante abierto las 24 horas que parecía atender a un público más rudo.

La mesera echó un vistazo a la ropa robada de Erin y a las sandalias que aleteaban contra las baldosas a pesar de apretar las correas hasta el punto de romperse. Erin mostró su dinero en

efectivo. No era mucho, pero lo suficiente para que la señora supiera que podía pagar una comida.

«¿Puedo usar tu teléfono?», Erin le preguntó a la mujer, dejando que algo de su cansancio se filtrara en su voz. «Tuve un día realmente malo».

La mesera se encogió de hombros, con los labios fruncidos y actitud distante. «Siempre que compres algo, después podrás hacerlo».

Las paredes del apartamento de Gibson comenzaban a cerrarse sobre él. Necesitaba correr, pero había pocos lugares en la ciudad lo suficientemente buenos como para resultar realmente satisfactorio. Y si regresaba a la oficina, sabía que se enfrentaría a un motín. Su manada le decía que necesitaba descansar.

Como si pudiera descansar antes de que Jackson volviera a estar a salvo con él.

Con todos ellos.

El molesto timbre de su teléfono celular fue suficiente para hacerlo gruñir, y no reconoció el número, pero con tantas antenas abiertas no podía ignorar una llamada, sin importar su estado de ánimo.

«¿Qué?», ladró, agarrando el teléfono con tanta fuerza que le preocupaba remotamente romperlo.

Alguien respiró al otro lado de la línea y se escuchó un leve sonido de tintineos y murmullos de voces de fondo. «¿Quién es?», preguntó.

La persona al otro lado de la línea respiró hondo. «Gibson. Soy yo».

Erin.

Jackson.

Un sonido salió de Gibson desde algún lugar que había enterrado profundamente, el creciente temor de que Jackson no regresara fue arrancado como si la preocupación nunca hubiera estado allí.

«¿Jackson? ¿Dónde diablos estás? ¿Cuál es tu estado?». Hubo una lucha por mantener su voz profesional, por ocultar la angustia que lo destrozaba. Ella era uno de los suyos y él tenía que ser fuerte. Tenía que ser exactamente el mismo líder para ella que para cualquier otra persona.

Su respiración se calmó y los sonidos de fondo se desvanecieron. Cuando habló, fue nítido y claro. «Norfolk, Virginia. Me tenían en un barco y acabo de escapar. Estoy en un restaurante al azar que encontré. Tomé un auto, pero ya lo dejé, aunque me llevé un poco de dinero en efectivo. No creo que deba conducirlo hasta Nueva York».

Las palabras salieron rápidamente y saltaron, pero Gibson siguió el ritmo. Ella se había escapado y robado un auto. Quizás ella era un poco culpable por eso. Le importaba un carajo el auto. No si eso significaba que Jackson estaba a salvo.

Su mente comenzó a agitarse, la pereza de los días sin dormir, desapareciendo ahora que Jackson estaba tan cerca, incluso si ella estaba a cuatro estados de distancia. «¿Cuánto dinero?».

Hizo una pausa por un momento y él escuchó el ruido del papel. «Alrededor de cien dólares».

«Espera», Gibson se quitó el teléfono de la oreja, con cuidado de no cortar la llamada, e hizo una búsqueda rápida del número de teléfono desde el que Erin estaba llamando. Estaba en un pequeño restaurante en el centro de Norfolk. Buscó más información y luego volvió a colocarse el teléfono en la oreja; su proceder estaba más claro de lo que había estado en días. «Voy a buscarte. Quiero que vayas al ‘Ocean View Sleep Inn’ y consigas una habitación». Le dio la dirección. «Estaré allí tan pronto como pueda llegar». Más palabras se posaron en la punta de su lengua, amenazando con salirse, pero no podía decirlas por teléfono.

O jamás.

Jackson dejó escapar un suspiro y casi pudo ver la leve sonrisa tirando de la comisura de su boca. «Entendido. Estaré esperando». Terminaron la llamada.

No se molestó en hacer la maleta. Llamó a un coche desde su teléfono y empezó a buscar vuelos. Había muchos que se dirigían a Virginia, pero el vuelo más rápido costaba más de mil dólares. Si estuviera dispuesto a esperar una hora más, ahorraría cientos.

Pero esa sería otra hora en la que Jackson estaría sola y sin amigos, con enemigos buscándola en cada rincón de la ciudad.

Gibson compró el costoso vuelo, pasó por seguridad y subió al avión con solo unos minutos de sobra.

Solo después del despegue se dio cuenta de que no le había contado a nadie más en la manada sobre la llamada de Jackson. Debería haberlo hecho, lo sabía. Vivían en un mundo de peligro, magia y muchos problemas, y él era el jefe de todo. No podía simplemente en cualquier momento salir corriendo para interpretar al héroe.

Pero con la voz de Jackson aún fresca en su mente, no podía importarle menos.

Una vez que estuvo en el aire, pagó los ocho dólares para comprar wifi y le envió un correo electrónico a Myers. Owen no podría mantener la boca cerrada e informaría a los demás que en tan solo unas horas, Gibson y Jackson regresarían a casa.

El resto del vuelo fue como una neblina.

En Virginia y en otro auto de alquiler, se dirigió al motel que le había dicho a Erin que reservara; Gibson se golpeaba la pierna con impaciencia. Habían pasado más de tres horas desde la llamada. Su mente imaginaba todos los escenarios horribles, una habitación salpicada de sangre, Jackson nuevamente en manos de su captor.

O lo peor.

Apretó los puños y frunció el ceño. Tenía que mantener la calma. Él sabía dónde se suponía que debía estar y ella había pasado muchos años cuidándose sola.

Tan pronto como estuviera con ella, la mantendría a salvo.

Pero cuando el auto entró en el motel, Gibson se dio cuenta de que no sabía el número de su

habitación. No tenía un teléfono consigo, por lo que no podía llamarla para dejarle un mensaje.

No importaba. Golpearía todas las puertas del motel hasta encontrarla, si eso fuera necesario. O preguntaría en recepción.

Nada de eso fue necesario. Pasó por la habitación en la esquina más alejada y vio una figura rubia familiar sentada en una silla y cambiando canales en el televisor.

Gibson se quedó congelado y se quedó mirando por un momento.

Allí estaba.

Estaba a salvo.

Con el corazón palpitando en su pecho, cruzó hasta su puerta y llamó. Sus dedos temblaron un poco, pero no le importó. Había una capa de sudor en su palma. No podía respirar lo suficientemente profundo.

La televisión se apagó. Y un momento después, abrió la puerta y entró.

Allí estaba Erin Jackson. Con mala apariencia por llevar una sudadera demasiado grande para ella, el cabello húmedo por la ducha, las muñecas vendadas, con piel enrojecida asomando y un desagradable hematoma debajo de uno de los ojos.

Pero estaba viva.

Y ella lo miraba con la misma silenciosa desesperación que él sabía que se reflejaba en su propio rostro.

Necesitaba decir algo. Era necesario dar un paso atrás. Necesitaba que subieran a un auto y regresaran a casa.

En cambio, Gibson dio un paso adelante y la besó.

CAPÍTULO CUATRO

LA MANO callosa de Gibson acunó la nuca de Erin y su pulgar recorrió la curva de su mandíbula. Esto no debería estar sucediendo, pero Erin no pudo apartarse. El beso la hizo temblar, pero no de frío. Estaba ardiendo de adentro hacia afuera, su cuerpo arqueándose contra el único hombre al que no podía tocar.

Pero su boca se movía sobre la de ella, cada movimiento de su lengua era una danza lenta y deliberada que la dejaba deseando más.

Gibson la acercó más y le rodeó la cintura con los brazos mientras ella pasaba los dedos por su pelo espeso y ondulado. Erin quería derretirse contra él, dejarse arrastrar en ese momento.

Después de los últimos días, la confusión y la fuga, se lo había ganado.

¿No era así?

«Más», respiró ella contra sus labios, cuando parecía que él se estaba alejando. Se suponía que uno de ellos sería el fuerte aquí.

«Erin...», gimió, y el sonido de su nombre en su lengua fue demasiado. Siempre habían sido muy cuidadosos.

Pero no ahora.

El mundo exterior podría haber terminado ya, Erin no podía decirlo, no cuando estaba demasiado absorta en el sabor de Gibson, la sensación de su cuerpo.

«Jericho», susurró contra sus labios, sintiendo el nombre prohibido. Él se sacudió contra ella, pero solo apretó más.

Todo su ser fue consumido por la tormenta que se desató entre ellos. Por una vez, se permitió ceder. Necesitaba esto. Lo necesitaba.

«Jericho», susurró de nuevo. Hablar más alto podría romper el hechizo que los tenía a ambos embelesados. Sus dedos encontraron el fondo de su camisa y comenzaron a levantarla.

La respiración de Erin se contuvo cuando vio el pecho desnudo de Gibson, su estructura musculosa era un testimonio de la fuerza y el poder que ejercía. Las cicatrices que adornaban su cuerpo contaban una historia de batallas libradas y sobrevividas, y solo hacían que ella lo deseara más.

No era joven, y se notaba en el tono gris del vello de su pecho y en parte de la piel roja y

áspera que nunca había visto en un hombre más joven. Pero esas marcas de la experiencia solo lo hacían más sexy.

Con un gruñido repentino, Gibson la tomó en brazos, acunándola contra su pecho y caminando hacia la cama.

Acostó a Erin y su corazón latió con fuerza. Gibson se elevaba sobre ella, de pie a sus pies como un héroe conquistador o un lobo devastador. Y ella quería que él la devastara, tanto que todo su cuerpo estaba resbaladizo por la necesidad. Todo eso solo por un beso, una mirada.

Ella estaba en muchos problemas.

Nunca antes se había sentido tan expuesta. Nadie más podía desnudarla hasta la nada con una sola mirada y aun así hacer que quisiera quitarle más. Sus emociones estaban expuestas para él y solo para él. No había forma de esconderse de esto. Ahora no.

Las manos de Gibson agarraron la cintura de su sudadera, sus ojos se fijaron en los de ella mientras lentamente la bajaba hasta sus piernas. La sensación de la tela deslizándose contra su piel le provocó escalofríos por la espalda. Podía sentir el roce de sus dedos incluso a través de la suave tela y no podía esperar hasta que él tocara su piel desnuda.

Mientras el sudor se acumulaba a sus pies, supo que no había vuelta atrás. No había habido ninguna posibilidad de que eso ocurriera, no desde el momento en que sus labios se tocaron.

La respiración de Erin se cortó cuando Gibson se arrodilló ante ella y sus fuertes manos separaron suavemente sus muslos. Nunca se había atrevido a imaginar esto, por mucho que lo deseara. Gibson tenía su alma en sus manos y podía aplastarla hasta convertirla en nada.

Pero él no lo haría. Estaba más segura de eso que de cualquier otra cosa.

Pareja.

La palabra prohibida susurraba en su mente mientras su cálido aliento rozaba su piel sensible, provocando que se le pusiera la piel de gallina por todo el cuerpo. Erin se mordió el labio, tratando de contener el gemido que amenazaba con escapar de su boca.

El primer toque de los labios de Gibson contra su sexo envió una onda de choque a través de ella. Sus dedos se aferraron a las sábanas y los nudillos se pusieron blancos por la intensidad de su agarre. Él la extendió como un hombre hambriento en un banquete, y ella no pudo rechazarlo.

«Jericho», susurró, su voz apenas audible y todavía deleitándose en este momento secreto en el que él podría ser suyo mientras la sensación amenazaba con consumirla.

Los ojos de Gibson se alzaron, oscuros por el deseo y algo más profundo, con esa conexión que ambos habían sentido durante años y aún no podían reconocer.

Mientras la lengua de Gibson bailaba a lo largo de sus pliegues, explorando y provocando, el cuerpo de Erin temblaba de anticipación. Su atención se centraba únicamente en su placer, como si no existiera nada más en ese momento.

El sabor de Erin Jackson iba a matarlo. Y Gibson podría morir como un hombre feliz. Pero no estaba satisfecho, no hasta que supiera cómo esta mujer, *su* mujer, se viera mientras se desmoronaba en éxtasis.

Mientras su boca continuaba acercando a Erin cada vez más a ese borde, ya no podía ignorar la necesidad palpitante entre sus piernas. Su polla se tensó contra sus jeans, un recordatorio palpitante de lo que necesitaba.

Con un último beso persistente en su sexo, Gibson volvió a ponerse de rodillas y rápidamente se quitó los pantalones. Su polla saltó libre, dura y goteando necesidad. La mirada de Erin estaba fija en la vista, su respiración se hacía cada vez más superficial.

«Tócate», susurró ella y las palabras enviaron una onda de choque a través de él.

Gibson agarró su polla, con los ojos pegados a ella mientras comenzaba a acariciarla, lentamente al principio, luego con creciente urgencia. Siempre se había enorgullecido de su moderación, de su control. Pero él estaba indefenso a los pies de Erin, su sabor en su lengua y sus ojos manteniéndolo paralizado.

Todo lo que ella quería era suyo. *Él* era suyo. Si tan solo ella lo pidiera.

Cada segundo, en todos los años que llevaban de conocerse, conducía a este momento, el aire crepitaba de deseo. Si Gibson tuviera algo de fuerza, se habría retirado antes de que cruzaran la línea final, algo que no se podía deshacer. Pero este lúgubre motel era un lugar fuera del tiempo, algo de lo que no podían alejarse.

Su pecho se apretó por la emoción. Quería decir algo, pero las palabras le fallaron.

Mientras Gibson se acariciaba, Erin se agachó y dejó que sus dedos jugaran con su sexo. «Por favor», susurró, «te necesito».

La cruda vulnerabilidad y el deseo en la voz de Erin lo hicieron sentir poderoso, pero dolorosamente tierno. No podía negarse... no a esto, no ahora. No cuando él tenía tanta urgencia como ella.

Dijo algo con voz ronca, tal vez su nombre, tal vez una oración, mientras se arrastraba hasta la cama y sobre su cuerpo, colocándose entre sus piernas. Sus ojos estaban cerrados por la excitación, observando cada uno de sus movimientos con un deseo manifiesto.

Ella extendió la mano para guiarlo más cerca y envolvió sus piernas alrededor de su cintura, acercándolo hasta que la punta de su polla presionó contra su entrada.

Buscó en sus ojos cualquier señal de duda, pero no había ni una pizca de vacilación, no en este momento robado fuera de la realidad donde podían unirse no como Gibson y Jackson, con todos los obstáculos que los mantenían separados en la vida real, pero como Jericho y Erin, sus verdaderos yo.

Gibson se deslizó dentro de ella, su calor húmedo lo envolvió. Gimió contra el ajuste perfecto, lo que había estado negando durante tanto tiempo tan estimulante como lo había imaginado.

Erin gritó mientras su clímax aumentaba, con sus dedos clavados en sus hombros. Su voz

estaba llena de pasión y algo aún más profundo, una conexión con la que él no podía permitirse soñar.

No pudo contenerse más mientras su cuerpo se agitaba a su alrededor. Enterró la cara en su cuello, respirando el aroma de su sudor y sexo.

Mientras temblaban en los brazos del otro, agotados y saciados, Gibson no pudo reprimir el pensamiento persistente que intentaba susurrar dudas en el fondo de su mente. Se sentía tan perfecto estar envuelto en los brazos de Erin, la tela de su camiseta raspándole la piel.

Sus pantalones todavía se pegaban a uno de sus tobillos. No se había quitado la camisa. Ambos habían estado tan absortos en la realidad de tocarse el uno al otro que no se habían tomado un segundo para apreciarlo por completo y deleitarse con su desnudez.

Lo que no podía ocultar era la desnudez de sus emociones. A su lado, Erin estaba sonrojada, con los ojos brillantes y saciados. Pero incluso ahora podía ver la cautela arrastrándose, los muros emocionales que siempre se mantenían altos entre ellos siendo reconstruidos ladrillo a ladrillo.

Quería atravesarlos, exigirle que reconociera lo que eran, una palabra que ni siquiera podía *pensar*, y mucho menos decir.

En lugar de decir nada, la acercó y aspiró su aroma hasta que algo se instaló en lo más profundo de él.

No sabía cómo retenerla, pero no podía obligarse a dejarla ir.

CAPÍTULO CINCO

LA REALIDAD se filtró en Erin junto con el calor del cuerpo de Gibson que se presionaba contra el de ella. Su blusa se había subido mientras dormían, dejando al descubierto la mitad de su espalda, y sin llevar ropa interior. Le dolía el cuerpo al recordar satisfactoriamente lo que había hecho.

¿Pero su mente? El dolor allí no era satisfactorio.

Acababa de tener relaciones sexuales con Jericho Gibson.

Su jefe. Un oficial. El líder de su manada.

Mierda.

¿Podrían descruzar la línea que habían superado con una mezcla de besos apasionados y caricias ardientes? La cruda emoción de todo esto la había desgarrado hasta que no quedaba nada. Saber que había sido un error era echar sal en la herida. La vida en Nueva York no tenía lugar para ellos como nada más que compañeros de trabajo. Agregar romance a la mezcla... o lo que fuera... solo perturbaría su cohesión.

Sabes lo que es esto, susurró alguna parte secreta enterrada en lo más profundo de su interior. Junto con esa palabra que no se atrevía a pensar.

Pareja.

Gibson se movió a su lado, sus ojos se abrieron lo suficiente para revelar los iris de un azul profundo que le recordaban las carreras a la luz de la luna a través de densos bosques. Él parpadeó por un segundo, el sueño nublando sus ojos, hasta que se dio cuenta de que todavía la estaba abrazando, su polla rozando su trasero.

Sin decir una palabra, Gibson se dio la vuelta y tiró las mantas a un lado para levantarse, dejándola expuesta. El aire acondicionado frío golpeó su piel y Erin levantó las sábanas para cubrirse, observando cómo Gibson caminaba hacia el baño.

El silencio dolía, aunque era para mejor. Y tampoco era como si ella estuviera diciendo nada. ¿Por dónde podría empezar?

Gibson se volvió a medias hacia ella. «Jackson...», se calló, como si no estuviera seguro de cómo continuar, antes de sacudir la cabeza y entrar al baño, cerrando la puerta detrás de él.

Jackson. No Erín.

«Claro», susurró, tragando el nudo en su garganta. «Entendido, jefe».

El sonido del agua chapoteando contra el lavabo resonaba más allá de la puerta, y Erin se obligó a levantarse, incluso si estaba temblando en la fría habitación. Cogió sus pantalones de chándal robados de donde habían caído al suelo y se los puso. El algodón era una armadura endeble contra lo que ella realmente quería, pero era todo lo que tenía en ese momento.

Gibson cerró el grifo y Erin respiró profundamente. Una vez que él saliera de ese baño, ella tenía que ser su soldado leal, no su... lo que sea que no pudiera ser. Solo necesitaba otro minuto.

U otra década en su cama.

Erin pasó una mano por su blusa arrugada mientras Gibson salía del baño, su rostro con la calma neutral que normalmente exudaba. Pero había una tensión en su mandíbula que normalmente no estaba ahí, y una tensión en sus hombros que le decía que su calma era poco más que una fachada.

«Todos se sentirán aliviados de que vuelvas», dijo, evitando mirarla mientras recogía su camisa de la silla. «Owen se estaba volviendo loco sin ti».

«¿Solo Owen?», se arrepintió de las palabras cuando salieron. Especialmente cuando Gibson apartó la mirada de ella, como si mirarla a los ojos fuera admitir demasiado.

Hizo una mueca mientras se frotaba un dedo contra su muñeca. Gibson se dio cuenta y se quedó mirando las heridas rojas que sanaban, un claro recordatorio de las esposas y cuerdas que le habían desgarrado la piel hasta dejarla sangrienta. Sus ojos se oscurecieron. «¿Cómo se están curando?». La misma pregunta que ella sabía que él le haría a cualquiera de sus compañeros de manada. Pero había una ira subyacente en la pregunta.

«Bien», respondió ella, obligándose a dejar de tocar sus heridas. «Nada que no pueda aguantar».

«Una vez que estemos de regreso en casa, quiero que Stasia te revise. De vuelta en Nueva York», aclaró, como si pensara que ella podría confundir lo que quería decir. Como si realmente pudieran regresar *a casa* juntos.

«A casa, claro. ¿Cómo vamos a regresar? No tengo exactamente una identificación para subir a un avión». No estaba segura de cuánto tiempo podría durar un viaje en auto y no le gustaba pasar horas en un vehículo pequeño solo con Gibson y las cosas que no se decían.

«Puedo subirme al avión, solo necesito llamar a un amigo de la TSA». Este era el Gibson que ella conocía y... respetaba. Parecía tener un amigo en cada agencia y distrito del país.

[Nota de la Trad.: *La TSA es la Administración de Seguridad en el Transporte, por sus siglas en inglés, encargada de garantizar la seguridad en el transporte, en especial en la aviación civil.*]

Gibson se dio unas palmaditas en los pantalones y metió la mano en el bolsillo antes de sacarla, luego miró hacia la mesa de noche. «¿Has visto mi teléfono? ¿O mi billetera?».

Erin miró alrededor de la habitación, pero todas las superficies estaban despejadas. «¿Quizá se cayeron?», Erin se agachó junto a la cama para mirar y esperó no ver ninguna de las

desagradables sorpresas que podrían estar esperándola debajo de la cama de una habitación de motel.

No había nada.

Ella se levantó. «¿Trajiste una chaqueta?», preguntó Erin, pero no recordaba haberle quitado una en su loca carrera por la cama.

Gibson empujó el colchón a un lado en una impresionante demostración de fuerza, pero lo único que reveló fueron algunas pelusas y una mancha en la que no quería pensar. Regresó al baño y luego salió con las manos vacías.

«Si alguien hubiera entrado aquí, nos habríamos enterado», dijo.

Erin estuvo de acuerdo.

«Sigue buscando», ordenó, como si Erin se hubiera detenido.

Pero no había señales de sus cosas.

Erin tenía la furtiva sospecha de que se trataba de algún tipo de tontería mágica. Las billeteras y los teléfonos no desaparecían simplemente. «Llamaré a la recepción y veré si alguien entregó tus cosas». Su mano se cernió sobre el auricular beige.

«Lo sabría si hubiera dejado caer mi teléfono afuera», espetó Gibson. Giró una pequeña silla hacia un lado para mirar debajo por segunda vez.

Erin lo fulminó con la mirada. Si él quisiera ser un idiota, ella le devolvería el golpe. «Claro, porque estabas prestando mucha atención cuando entraste en la habitación». Su temperamento coincidía con el de él, empeorando a cada segundo. Erin quería volver a *casa*. Quería acurrucarse en su propia cama y lamer sus heridas, endurecer su corazón hasta que no quedara ni la más mínima grieta por la que Jericho Gibson pudiera colarse.

Él se sonrojó. Realmente, se había sonrojado. Y Erin sintió que sus propias mejillas se calentaban en respuesta. Gibson volvió a buscar y Erin cogió el teléfono. Nada más que el silencio la recibió.

Extraño.

Presionó el botón en el soporte del teléfono un par de veces, pero no obtuvo tono de marcar.

«Extraño», dejó con cuidado el teléfono y lo miró fijamente durante un segundo.

«¿Qué es extraño?», Gibson abandonó su búsqueda y se cruzó de brazos.

«El teléfono no funciona. Ni siquiera para llamar a la recepción». Lo cogió de nuevo, como si mágicamente pudiera decidir funcionar.

«¿Intentaste presionar el interruptor varias veces?», preguntó, acercándose un paso como si fuera a arrancarle el teléfono de las manos. «No es como un teléfono celular».

«Tengo veintisiete años, mayor. Sé cómo usar un teléfono. ¿O quiere que lo intente de nuevo y ver si podemos poner a la operadora en la línea, como cuando era niño?», Erin podría haberse mordido la lengua antes, pero una semana entera de cautiverio y luego las consecuencias de todo eso la estaban afectando.

«Nací en los años ochenta», dijo Gibson, extrañamente a la defensiva.

«¿Los años ochenta?».

«¿Cambiaste de cuerpo con Owen en los últimos diez minutos? Normalmente no hablas así, Jackson». Pero hubo un atisbo de sonrisa en su imagen.

Erin probó el teléfono por última vez y lo golpeó con más fuerza de la necesaria cuando no funcionó. Se aseguró de que el cable estuviera enchufado a la pared y frunció el ceño cuando vio que sí estaba.

«¿Y si es magia?», preguntó, mientras la bilis subía a su garganta. Recordó el dispositivo que su captor había usado con ella, la forma en que ni siquiera podía empezar a luchar contra él. Y si...

«Es un motel barato», le recordó Gibson, como si no fuera ella la que estaba de rodillas respirando aire desagradable. «El teléfono probablemente esté descompuesto».

Erin se levantó y se sacudió todo el polvo que pudo. «Sí, eso espero». Le picaba el hombro y lo giró para tratar de aliviar la sensación. Se desvaneció.

Gibson se dio cuenta. «¿Qué pasa?».

¿Qué no pasaba?

No quería pensar en el tiempo que había pasado en el barco, pero Gibson necesitaba la información. «Vi al menos a cuatro personas que me sujetaban. Uno de ellos tenía este dispositivo mágico. Lo sostuvo frente a mí y me dijo que durmiera y me desmayé. No había nada a cual resistirme, fue solo ‘pum’ y quedé fuera. Algo así como lo que Vega describió cuando recuperamos a Owen». Ella no había pensado en eso en ese momento, pero su compañero de manada, Owen, había sido capturado recientemente por fuerzas hostiles, y se habían enterado sobre ese pequeño y desagradable truco de magia mientras lo rescataban.

Gibson no dijo nada, pero su expresión era tormentosa.

Erin se permitió pensarlo. «Tiene que haber algún tipo de limitación. De lo contrario, podrían haberme dicho simplemente que no escapara».

«Así parece». Su tono era cauteloso.

«Realmente me estoy cansando de estas cosas mágicas». Una cosa era ser un cambiaformas y Erin podía prescindir del resto.

«Yo también».

«Tal vez me estoy volviendo loca, pero siento que algo extraño está pasando. Echemos otro vistazo a la habitación, busquemos cualquier cosa mágica que pueda estar jodiéndonos». La idea la molestaba. «Todo lo que traje conmigo fue la ropa que llevaba puesta y esas sandalias, y todo eso lo saqué del auto que robé. Pero he visto algunas de las cosas que Vi puede hacer y no creo que esté fuera de lo posible que una bruja pudiera, no sé, transportar algo aquí». Vi era la bruja residente de la manada y la compañera de Rowe. Sus poderes podían dar miedo a veces, y Erin estaba feliz de era una de las buenas.

Si Gibson pensaba que estaba loca, no lo dijo. Se giró y empezó a buscar.

Erin no estaba segura de qué estaba buscando exactamente, pero empezó debajo de la cama.

Y un minuto después, sus dedos recorrieron un desgarro en la alfombra que lindaba con la pared. Luego sintió algo extraño. Erin lo extrajo con cuidado y miró fijamente el delgado dispositivo con forma de varita.

Parecía un palo, pero se sentía demasiado suave para ser madera real. Había surcos profundos y oscuros en el material y un extraño color violáceo en una punta. Incluso parecía brillar a la luz. ¿Pero era mágico?

«Creo que encontré algo». Afortunadamente, su voz no tembló cuando lo dijo. No quería que Gibson supiera cuánto la asustaba todo esto.

Gibson extendió la mano y tomó el objeto de la mano de Erin, estudiándolo cuidadosamente. Su ceño se arrugó. Entonces un atisbo de reconocimiento brilló en sus ojos, seguido de una sonrisa que hizo que a Erin se le revolviera el estómago.

«Esto no es mágico», dijo Gibson. «No, a menos que la Alta Hechicera Serafina De Fantasía fuera real. A mi sobrina le encanta ese espectáculo y tiene el juguete que viene con él. Está adherido a Serafina y se cae muy fácilmente. Es solo plástico».

«¿Tu sobrina?». Fue un shock, pero ella no sabía por qué. «No sabía que tenías una sobrina». Gibson era el tipo de persona que parecía haber surgido de la piedra. Ella no pensaba que él tuviera una familia.

Se pasó una mano por el pelo y se encogió de hombros. «Sí», admitió, aclarándose la garganta. «Tengo una hermana menor. Su hija, Bee, tiene seis años. La hechicera Serafina fue la invitada de honor en nuestra última fiesta de té».

Erin intentó imaginarse al serio y reservado Jericho Gibson jugando con una niña que se reía tontamente, y no pudo hacerlo hasta que de repente pudo. Y eso dolió aún más.

¿Cómo sería él con sus propios hijos?

Ella no iría por ese camino.

«Preguntemos en la oficina sobre tu billetera y tu teléfono. Tal vez realmente los dejaste caer». Pero de algún modo ella lo dudaba.

A Erin le quedaba algo de dinero, siempre que no se lo hubieran quitado mágicamente, pero no tenía idea de cómo ella y Gibson iban a llegar a casa.

CAPÍTULO SEIS

ESTABA OFENSIVAMENTE SOLEADO Y BRILLANTE. Una neblina fresca provenía del océano, haciendo que el día fuera aún más placentero. A Gibson no le gustaba. Y casi sonrió cuando miró el pavimento agrietado de la acera que conducía desde su habitación a la oficina del motel y notó envoltorios de comida rápida arrugados y abandonados y latas de refresco aplastadas.

El motel estaba justo en la playa, pero dado el costo por noche de una habitación, la limpieza no era la máxima prioridad.

Un hombre, posiblemente otro huésped, se apoyaba en una vieja camioneta destartalada y fumaba un cigarrillo. Sus ojos siguieron a Jackson y sus labios formaron una sonrisa desagradable cuando ella pasó junto a él.

Los celos surgieron, su lobo gruñó profundamente dentro de él, y Gibson estuvo tentado de avanzar y tomar al hombre por el cuello, dejando que sus dedos se curvaran con fuerza hasta dejar moretones en la piel pálida.

Jackson iba unos pasos delante de él y Gibson se maldijo a sí mismo. No tenía derecho a esos pensamientos. Ella no era suya. Y el hombre solo estaba mirando, aunque fuera un asqueroso. No dijo nada.

La puerta crujió siniestramente cuando Jackson la abrió y entró en la oficina del motel. Gibson la siguió inmediatamente después, forzando su rostro en la misma expresión neutral que había aprendido a usar cuando los oficiales superiores decían cosas increíblemente estúpidas.

Un joven, de no más de veinticinco años, estaba sentado detrás del mostrador y sonrió cuando vio a Jackson.

El lobo de Gibson intentó hacer algo de nuevo. Enseñar los dientes y mostrar las garras. Eso era inmaduro. Él era mejor que esto. Y si no lograba controlarse, Jackson le patearía el trasero.

Se lo merecería.

«¿Qué pasa?», preguntó el empleado. «¿Estuvo todo bien en su habitación?».

Jackson apoyó un codo contra el viejo escritorio destartalado, con una extraña sonrisa en su rostro.

Gibson no pudo soportarlo. Dio un paso adelante y terminó demasiado cerca de ella, pero no se movió. Francamente, fue un milagro que no le pasara un brazo por encima de los hombros y le

gruñera al dependiente marcando que Jackson era suya.

«Estoy buscando mi teléfono y mi billetera», dijo Gibson, tratando de mantener su voz neutral. «Esta mañana buscamos en la habitación, pero no pudimos encontrarlos. Pensamos que tal vez alguien podría haberlos entregado».

El empleado les dirigió a ambos una mirada dudosa. «¿Eran caros? Porque dudo que alguien los entregue».

«¿Tienen un área de cosas perdidas y encontradas?» preguntó Gibson, con los dientes apretados en un rictus de sonrisa.

El empleado se encogió de hombros. «Voy a revisar».

Regresó un segundo después con una billetera verde neón que tenía una imagen ilustrada de una tortuga. «¿Es esta?», preguntó, con sarcasmo goteando de su voz. «Hay un cupón para la pizzería de la calle y un certificado de la escuela primaria Shady Hill por asistencia perfecta en cuarto grado. ¿Es esa tu billetera?».

Esta vez, Gibson sí gruñó. Y Jackson intervino. «No lo creo», dijo, colocando una mano en su brazo para evitar que hiciera nada. «Gracias por revisar», hizo una pausa. «¿Es posible usar tu teléfono?». Su voz era bruscamente profesional.

Debería haber hecho sentir mejor a Gibson. Ella no estaba alentando al chico. Era una mujer hermosa. La gente iba a mirarla. No podía decir una mierda sobre eso.

El empleado les dio una mirada de legítima disculpa y luego señaló el antiguo escritorio frente a él. «Usamos esta cosa como computadora y teléfono», dijo, luchando por explicarlo. «No hay un teléfono que puedas simplemente marcar. No puedo prestártelo. Lo siento. Pero hay un restaurante justo al otro lado de la calle. Hacen un desayuno barato y apuesto a que te dejarían usar el teléfono».

La frustración estalló, Gibson giró sobre sus talones y salió furioso de la oficina, con Jackson pisándole los talones.

«¿Qué fue eso?», Jackson exigió mientras cruzaban el pavimento agrietado del estacionamiento. El tipo que estaba junto al camión fumando un cigarrillo ya no estaba, pero el olor de su humo permanecía.

«No fue nada». Estaba bien. Gibson era un profesional, Erin era su empleada. No, *Jackson* era su empleada. Podría ser Erin en sus horas libres. Erin con otras personas.

Nunca Erin con él.

Mentiroso.

El pensamiento surgió de lo más profundo de él, esa parte egoísta de su alma que insistía en que sabía exactamente quién era Erin Jackson para él. Lo que ella era para él. Susurró una palabra que se negó a nombrar, incluso cuando su necesidad de reconocerla se hizo más y más fuerte a cada segundo.

Nunca debieron haber dormido juntos. Era algo que mantendría en sus recuerdos por el resto de su vida, pero no podía volver a suceder. Especialmente si ya estaba arruinando las cosas.

Comportarse como adulto sería hablar de ello.

Gibson realmente no se sentía adulto en ese momento.

«Me alegro de que hayas vuelto, Jackson», dijo, acomodándose en lo que debería haber sido su antiguo y cómodo papel de líder y jefe. «Ha sido una semana espantosa».

Ella le dirigió una mirada desconfiada, pero finalmente asintió. «Sin duda es mejor que estar de prisionera».

El restaurante al que entraron podría haber estado en cualquier parte del país. Olía a almíbar y a tocino grasiento, todo cubierto de huevos quemados. El estómago de Gibson rugió. Los dirigieron a una mesa en la esquina trasera y su mesera les sirvió café con la velocidad de un piloto de carreras.

Con el primer sorbo, el humor de Gibson comenzó a calmarse un poco, y una vez que tuvieron comida frente a ellos, su temperamento se enfrió. Se comió el tocino y los huevos, sin apenas tomarse el tiempo para saborearlos.

A juzgar por la sonrisa que Jackson le lanzó, ella también se sentía un poco más ella misma.

«¿Cómo llegaste a Virginia tan rápido?», preguntó ella una vez que dejó el tenedor a un lado. «Ayer, quiero decir. No pudieron haber pasado más de tres horas desde que te llamé. Eso parece..., quiero decir, ¿Vi te hizo magia o algo así?».

«Tomé el primer vuelo disponible», respondió. Podría arrepentirse una vez que llegara la factura de su tarjeta de crédito, pero no había ningún gasto que no haría para rescatar a Jackson. ¿Qué eran mil dólares comparados con su seguridad?

«¿El primer vuelo? Debe haber sido caro», ella lo dejó en el aire, no era una pregunta, pero sí curiosidad.

Él se encogió de hombros. «Eras tú».

Debería haber dicho que lo habría hecho por cualquiera del equipo. Debería haber reafirmado el límite entre ellos. Pero en el fondo sabía que, si hubiera sido cualquier otra persona, podría haber esperado esa hora por el vuelo menos costoso. Al menos habría tenido que pensar en ello.

Cuando se trataba de Jackson, le entregaría su tarjeta de crédito sin pensarlo dos veces.

Y a juzgar por la forma en que Jackson no lo miró a los ojos, ella sabía tan bien como él que había algo especial en ella.

Tuvo que dejarlo todo a un lado. Erin Jackson no era suya. Tendría que recordar su única noche gloriosa juntos y mantenerla cerca por el resto de su vida. Eso era todo lo que podría ser.

Erin tuvo que alejarse de la mesa. Si Gibson empezaba a hablar de nuevo, podría hacer alguna locura, como lanzarse hacia él, empezar a besarlo y no dejarlo ir nunca más.

No le gustó su acto posesivo en el estacionamiento con el tipo asqueroso o con el chico detrás del mostrador del motel. Al menos a ella no le gustó *mucho*. Nunca antes nadie se había

mostrado celoso o posesivo con ella. Ella *podía* arreglárselas sola. Se había manejado sola durante años y años y le gustaba hacerlo.

Pero ver a un chico gruñir un poco por ella... no, ver a Jericho Gibson gruñir un poco por ella le hizo sentir un hormigueo en lugares en los que definitivamente se suponía que no debía estar pensando.

Erin se acercó al frente del restaurante, donde la mesera estaba limpiando el mostrador. «Disculpe», interrumpió Erin con una sonrisa. «¿Puedo tomar prestado el teléfono del restaurante? Tengo un pequeño problema con el teléfono celular». No era mentira. Técnicamente. El problema era que no tenía un teléfono celular en el momento.

La mesera señaló el teléfono que estaba sobre el mostrador. «Adelante. ¿Tu novio no te prestó su teléfono? Un poco idiota».

Erin se atragantó y tuvo que toser dos veces para aclararse la garganta. «No es mi novio. Ese es mi jefe». Algo que había estado recordándose todo el día, incluso si su estúpido corazón y su cuerpo no querían escuchar.

La mesera miró a Gibson y sonrió con picardía.

El lobo de Erin retumbó profundamente dentro de ella. No le gustaba que ninguna mujer mirara a su hombre.

No su hombre.

Pero seguía sin gustarle. Erin cogió el teléfono. No había tono de marcar. Se apartó el auricular de la oreja y lo miró fijamente, como si una mirada pudiera hacer aparecer mágicamente el tono de marcar. Volvió a acercar el teléfono a su oreja. Nada. Lo colgó y lo volvió a levantar y todavía nada.

La mesera la miraba con una expresión inquisitiva en su rostro. Eso le dio a Erin una idea.

«Tengo una condición», dijo, recuperándose en el acto. «Un implante de metal en mi muñeca. A veces interfiere con las señales telefónicas. ¿Te importaría marcar por mí?».

La mesera se mostró escéptica, eso estaba claro. Pero el lugar no estaba ocupado y ella tomó el teléfono encogiéndose de hombros en lugar de perder el tiempo discutiendo.

Erin le dio el número de Owen y sintió los primeros indicios de emoción cuando escuchó que el teléfono comenzaba a sonar. Estaban tan cerca. Tan, tan cerca. Antes de que alguien contestara el teléfono, la mesera le entregó el auricular a Erin. Se lo acercó a la oreja.

Y la llamada se cortó.

«¿Qué carajo?», sonó mucho más fuerte de lo que Erin pretendía, y los pocos clientes en el restaurante miraron en su dirección. Erin colgó el teléfono de golpe y agradeció distantemente que no se hubiera roto. Quería cogerlo y aplastarlo hasta que se hiciera añicos en un millón de pedazos. Se lo merecía.

Solo quería hacer una maldita llamada telefónica. ¿Por qué era tan difícil? Levantó la mano y apenas se dio cuenta de que todavía estaba agarrando el auricular.

Dedos cálidos rodearon su muñeca. Dedos familiares. Dedos que la habían tocado en un

lugar mucho más íntimo.

«Déjalo, Erin», Gibson sopló contra su oreja.

Su cuerpo estaba presionado contra el de ella, sus músculos cálidos y duros y tan tentadores que ella quiso recostarse y dejar que él se llevara todos sus problemas.

Pero no estaban haciendo eso. Y tampoco hablaban de eso.

Erin dejó el teléfono con cuidado y le dedicó a la mesera una sonrisa tímida. Esta no parecía feliz.

Gibson se tomó un momento para pagar la cuenta con el menguante montón de dinero en efectivo que afortunadamente no había desaparecido, y luego abandonaron el restaurante, sin haber podido todavía ponerse en contacto con nadie en casa.

Una vez que estuvieron afuera, la frustración de Erin brotó, e inclinó su cabeza hacia atrás y gritó antes de atacar, pateando una lata de refresco aplastada a través del estacionamiento, donde se deslizó y giró hasta que rodó hacia la carretera donde un auto pasaba y la aplastó.

Erin apretó los dedos con tanta fuerza que le dolió. Quería clavarse las uñas en la palma de la mano hasta sacarles sangre, pero sus uñas no eran lo suficientemente largas para hacerlo. Quería aullar, pero su garganta no podía acomodarse al sonido.

Ella quería volver a casa.

No, quería retroceder tres años atrás, cuando era solo una soldado normal, no alguien mezclada con hombres lobo, magia, secuestros y tonterías.

Y quería volver veinte minutos atrás, antes de que Gibson la viera comportarse así. Ese pensamiento la detuvo en seco.

Ella siempre estaba tranquila. Siempre fresca. Siempre controlada. Cuando alguien necesitaba a alguien con quien pudiera contar, llamaba a Erin Jackson. No hacía berrinches en los estacionamientos junto a la playa mientras su jefe la miraba con una expresión tormentosa en el rostro.

Erin respiró hondo unas cuantas veces y sintió que su ritmo cardíaco comenzaba a calmarse. Estaba bien. Ella estaba bien. Tenía que estarlo.

La vergüenza se apoderó de ella por el hecho de que Gibson había sido testigo de su rabieta. Pero tuvo que dejar eso de lado. Les quedaban siete dólares y tenían que cruzar la mitad de la costa este para llegar a casa.

En caso de duda, vuelve al problema en cuestión. Erin se obligó a concentrarse. «Es una maldición. Tiene que serlo. Algo que nos impida hacer llamadas telefónicas y tomar nuestro dinero».

«Pudiste llamarme ayer», señaló Gibson. «Y tu dinero en efectivo no desapareció».

Tenía que pensar en eso. Erin no era una experta en magia. Ni siquiera era una novata. Pero escuchó cuando Vi, la bruja residente de la manada, habló y trató de pensar en algo que pudiera tener sentido.

«Tuve que nadar en agua salada para bajar del barco», dijo, pensando en voz alta. «Creo que

Vi dijo algo acerca de que el agua salada interrumpía la magia. O tal vez no me lanzaron una maldición hasta que alguien se dio cuenta de que me había ido. Puede que haya tomado un tiempo. En cierto modo me escabullí. En cuanto al dinero, tenía eso escondido en una bolsa de plástico en el tanque del inodoro. Tal vez algo en eso también interrumpió la magia. ¿O tal vez es porque no estaba en mi posesión cuando se lanzó la maldición?». No estaba segura de si tenía sentido o si Vi se habría reído en su cara ante las sugerencias.

«Eso no explica la desaparición de mis cosas», dijo Gibson.

Es porque eres mío.

Erin tuvo que reprimir esas palabras, pero algo en lo profundo de su alma le decía que eran ciertas. Por mucho que se resistiera, por imposible que fuera, Gibson era suyo. Siempre sería suyo. Y la magia lo sabía.

En cambio, ella se encogió de hombros. «No estoy segura. Pero claramente algo pasó. ¿Alguna idea sobre cómo vamos a llegar a casa?».

CAPÍTULO SIETE

HACÍA calor y el sol de Virginia caía implacablemente sobre el estacionamiento. Erin deseaba tener un sombrero. O un abanico. La anterior brisa del océano se había calmado y ahora el único movimiento de aire procedía de los coches que pasaban demasiado rápido, intentando entrar en la autopista cercana.

Gibson estaba justo detrás de ella, una presencia firme y sólida en la que no estaba dispuesta a apoyarse, por mucho que quisiera hacerlo. Ella no podía hacer eso. Tenía que volver a poner su cerebro en marcha. Jericho Gibson era su jefe. Él era el mayor. Nada más.

Pareja.

No. Su cerebro necesitaba callarse sobre eso. No podía tenerlo como su Pareja. No podían. Y cuanto antes llegaran a casa, antes todo volvería a la normalidad.

«Podríamos cambiar», sugirió Erin, incluso sabiendo que era una idea terrible. «Cubriríamos más terreno a cuatro patas». Y si estuviera en su otra forma, tal vez Gibson no sería una tentación.

Gibson tarareó. «Es un largo camino por recorrer», dijo. «Y no tendríamos ropa si por alguna razón tuviéramos que volver a cambiar de forma».

«Y probablemente haya cazadores de lobos en Virginia ansiosos por nuestras pieles». Era medio broma, pero Erin se dio cuenta de que en realidad podría haber descubierto algo. Si caminaban por el bosque, no se sabía qué peligros podrían encontrar.

Eso ni siquiera empezaba a considerar las complicaciones mágicas.

«¿Alguna otra idea? Porque una parte de mí tiene la tentación de sumergirse en el océano y nadar tan lejos como pueda». Si se quedaban aquí mucho más tiempo, las quemaduras solares podrían empezar a cocinarla.

«Hammond», dijo él.

«¿Dónde está eso?». Todo lo que Erin sabía sobre la zona era que estaban vagamente cerca de la Base Expedicionaria Conjunta de Little Creek, aunque su carrera nunca la había llevado allí.

«Es un coronel con el que serví hace un tiempo. Vive en Virginia Beach. Y me debe uno o tres favores. Nos ayudará». Gibson habló con la confianza de un hombre que ejerce favores

como espadas.

«¿Y él sabe acerca de...?», dejó de hablar, pero Gibson lo sabía.

Sacudió la cabeza. «No. Pero él es nuestra única esperanza en este momento. Y no hay ninguna razón por la que necesite saberlo».

Erin quería discutir, pero no estaba segura de si lo hacía por reflejo o si había algo en Hammond que la hacía dudar. Ella no conocía al hombre y no quería involucrar a un extraño, especialmente cuando no sabía a qué enemigos se enfrentaban.

Pero Gibson tenía razón. No tenían otras opciones.

Gibson sabía su dirección y hacía allá se dirigieron, aunque tuvieron que meterse en una gasolinera para encontrar un mapa que pudiera guiarles los doce kilómetros hasta la casa de Hammond. Eso redujo sus siete dólares a cinco.

Sería mejor que ese tal Hammond estuviera en casa.

Pero cuando la acera bajo sus pies terminó y tuvieron que caminar sobre el pasto irregular que bordeaba la calle de una zona industrial, las dudas comenzaron a crecer. Erin no quería llevarle nada de su desorden a una persona normal. Su vida había sido puesta patas arriba por los cambiaformas, la magia y toda la basura que la acompañaba.

El coronel Hammond no se merecía eso.

Ella mantuvo la boca cerrada. No podía ofrecer otra solución y Gibson conocía a Hammond. Si respondía por él, el hombre podría arreglárselas solo.

Puso un pie delante del otro, ignorando el dolor de las sandalias golpeando sus talones. Estuvo tentada de quitarse los zapatos, pero había suficientes piedras y pedazos de vidrio rotos en el suelo como para destrozarse los pies.

El dolor de sus sandalias tuvo un extraño efecto tranquilizador. Y cada vez que su mirada se desviaba hacia Gibson y su mente comenzaba a divagar, sentía un pellizco entre los dedos de sus pies y se recordaba a sí misma que debía dejar de mirar.

O lo encontraría mirándola y los latidos de su corazón amenazarían con acelerarse.

No era una caminata difícil, pero sí monótona. Y aproximadamente cada quince minutos, Gibson los hacía detenerse para poder confirmar que iban en la dirección correcta.

Tenía la boca seca y cuando pasaron por un parque local con una fuente de agua exterior, hizo que Gibson se detuviera para que ambos pudieran beber hasta saciarse. No sugirió que usaran lo que les quedaba de dinero en una botella de agua, no cuando podrían necesitarla para cualquier comida que pudieran conseguir si Hammond no estaba en casa.

Pero él iba a estar en casa. Ella y Gibson iban a regresar a Nueva York. Y luego patearían el trasero de cada imbécil que hubiera intentado lastimar a su manada.

Un olor desagradable le hizo cosquillas en la nariz y Erin rodeó un charco misterioso en lugar de descubrir qué había en él. Otras dos cuadras los llevaron a una zona más concurrida con algunos peatones y tiendas que estaban en la parte destartada, pero con clientes entrando y saliendo.

El repentino rugido de un motor dejó a Erin congelada en la esquina de una de las calles. Un coche se dirigió hacia ella y ella levantó la mano, como si eso pudiera protegerse.

Los fuertes brazos de Gibson la rodearon y tiraron de ella hacia atrás mientras el auto patinaba sobre la acera, justo donde ella había estado parada. El coche siguió adelante, volvió a la carretera y se alejó a toda velocidad.

Alguien gritó después, pero no había nada más que hacer.

El agarre de Gibson era fuerte y se apretó aún más. Erin puso su mano sobre su antebrazo. Sabía que debería soltarse, alejarse con un cuidadoso agradecimiento y fingir que el abrazo no era más que una necesidad.

«¿Estás bien?», las palabras de Gibson resonaron en su oído.

Tuvo que reprimir un escalofrío. Erin logró asentir, pero no confiaba en su voz.

Su cuerpo estaba caliente detrás de ella, una pared de músculos lista para interponerse entre ella y el mundo. Quería acercarse y rodearlo con un brazo, incluso si sería incómodo. Ella quería abrazarlo y hacerlo para siempre.

Pero no podía hacer eso.

Con más desgana de la que debería, Erin se apartó. Estaba vagamente satisfecha ante la resistencia en el agarre de Gibson. Fuera lo que fuera lo que los unía, ella no estaba sola en ese sentimiento.

Sabes exactamente qué es esto.

Erin ignoró ese pensamiento.

Caminaron al menos una hora más, tal vez dos. Pero ningún coche intentó atropellarla y no tenía excusa para saltar a los brazos de Gibson. Lo cual fue lo mejor.

Tenía que seguir diciéndose eso.

Terminaron en una calle residencial bordeada de casas construidas en los años setenta, ranchos bajos con grandes patios.

Gibson llamó a la puerta y ambos esperaron con tensión silenciosa mientras transcurría casi un minuto. Gibson volvió a llamar.

Un sonido ahogado vino del otro lado de la puerta, y después de un momento se abrió para revelar a un hombre de unos sesenta años con cabello gris irregular, líneas profundas alrededor de sus ojos azules y piel pálida y enrojecida por el sol, que antes podría haber medido un metro ochenta de estatura. Sus hombros comenzaban a encorvarse.

«¿Gibson?», preguntó, en voz baja y llena de la orden de un oficial. Podría haberlo parecido, pero no parecía viejo.

Gibson se enderezó y le hizo un gesto con la cabeza al hombre. «Buenas tardes, coronel. Lamento interrumpirlo, pero necesitamos su ayuda».

Hammond había envejecido desde que se jubiló. A Gibson le golpeó en el pecho que este hombre que había sido una presencia tan vital hace una década hubiera tomado más años de los que se había ganado. Gibson hizo a un lado esos pensamientos. A Hammond no le gustaría el comentario. Y Gibson necesitaba demasiada ayuda para decir una palabra.

«Coronel», dijo, y una parte de él regresó a tres años atrás, cuando la vida tenía sentido. «Esta es mi colega, Erin Jackson. Estamos...». Ni siquiera estaba seguro de por dónde empezar con la explicación.

«¿Por qué no entran usted y su sargento?», Hammond les hizo un gesto para que entraran.

A Gibson le sorprendió que pudiera identificar el rango de Jackson a partir de nada más que una suposición, pero el coronel era así de perspicaz. O malditamente espeluznante, como solía decir un teniente que Gibson conocía.

Una vez dentro, vio a Jackson hacer una mueca de dolor mientras se quitaba las sandalias. Tenía los pies llenos de ampollas y sangre, y Gibson estuvo tentado de levantarla y llevarla a algún lugar con un botiquín de primeros auxilios para atender sus heridas.

«El baño está ahí, si quieres limpiarte», le dijo Hammond. «Debería haber algunas vendas y material para el cuidado de heridas en el armario».

«Gracias, señor».

Mientras Erin iba a hacerse cargo de ella misma, Hammond llevó a Gibson a la cocina y le ofreció agua, que Gibson bebió agradecido.

«¿Esto tiene algo que ver con ese disfraz que llevas?», preguntó Hammond. «¿Contratación privada?», se burló.

«Seguridad privada», corrigió Gibson. Hace tres años, su única idea era mantener unido de alguna manera a su dispar equipo de cambiaformas accidentales. Ahora estaban más unidos que una familia.

No se esforzó por escuchar a Jackson. Se negó a permitirlo.

Hammond esperó una explicación. Gibson creó una. «No puedo entrar en detalles, por confidencialidad del cliente. Jackson y yo terminamos en la ciudad y nos robaron. Todo lo que tenemos es la ropa que llevamos puesta y cinco dólares entre los dos».

Hammond emitió un sonido de interés en el fondo de su garganta. «¿No llamaste a la policía por el robo?».

«No siempre es la mejor jugada en este trabajo», respondió. Era cierto, pero estaba lejos de ser relevante en este momento. «Podemos dejar de molestarte por la mañana, pero necesitamos un lugar donde dormir».

«¿Tu gente vendrá a buscarte?». Por supuesto, Hammond se centraría en la fuente más obvia de sus problemas.

«¿Has oído hablar de ese negocio en Alemania hace unos años?», Gibson no estaba dispuesto a contarle toda la historia, pero se corrió la voz, incluso entre los oficiales retirados.

Asintió. «Algunas cosas raras sucedieron».

«Y sigue bajando, pero no quieres ser parte de eso. Y parte de esa mierda rara significa que Er... Jackson y yo estamos teniendo problemas con los teléfonos en este momento». El teléfono inalámbrico del coronel estaba sobre el mostrador. Gibson lo cogió y presionó el botón del altavoz.

Sin señal.

Esperaba que fuera suficiente para evitar que Hammond se diera cuenta del error de Gibson.

«¿Rompiste mi maldito teléfono, soldado?», Hammond frunció el ceño y la voz se elevó lo suficiente como para hacer sonrojar a un sargento instructor.

«Funcionará mañana. Y si no es así, puedes enviarme el cobro a través de Venmo».

«¿Qué diablos es Venmo?», Hammond sacudió la cabeza y frunció el ceño. «No importa. Voy a pedir pizza. ¿Qué tipo quieres?».

Una hora más tarde, Gibson, Jackson y Hammond estaban sentados alrededor de la mesa de la cocina devorando suficiente pizza de pepperoni para alimentar a un batallón.

Comieron con la clase de concentración de los hambrientos, incluso si Hammond les había ofrecido bocadillos tan pronto como se instalaron. Y antes de que Gibson se diera cuenta, la pizza se había acabado y un bostezo lo tomó por sorpresa.

Erin se disculpó primero, dejando a Gibson y Hammond solos otra vez. Si el coronel había estado pensando en maneras de conseguir más información de Gibson, no mencionó el tema. En cambio, se lanzó a contar una historia sobre su estancia en el Golfo que involucraba un lagarto, una botella de whisky y una contorsión que Gibson estaba absolutamente seguro que era imposible.

Estaba a punto de contar su propia historia cuando otro bostezo lo atormentó.

«Parece que has tenido un día muy ocupado», dijo Hammond. «Y estoy agotado, de todos modos. Hablaremos por la mañana».

Era una advertencia para que no se escapara sin despedirse, y Gibson le prestaría atención. «Buenas noches».

Arriba, Jackson no estaba en su habitación.

Su habitación con una sola cama.

Mierda.

Abajo había un sofá. Gibson pudo escabullirse, pero tenía los pies de plomo. Además, si se les presentaba algún encantamiento mágico, necesitaba estar con Jackson. Él no la dejaría pelear sus batallas sola.

La puerta se abrió y Jackson entró, con el pelo mojado y una toalla envuelta alrededor de su cuerpo. Unos zarcillos húmedos se adhirieron a su cuello y una gota de agua se deslizó por su clavícula.

Necesitaba detener su progreso con su lengua.

En lugar de eso, apartó la mirada.

Jackson hizo una pausa antes de alcanzar una pila de ropa doblada en la cómoda. «Lo siento.

Olvidé llevarme esto. Hammond me prestó algunas de las cosas de su hija».

Gibson asintió sin decir una palabra. Recogió la ropa y retrocedió. Tuvo un minuto para calmarse, para controlar su cuerpo y actuar como el maldito adulto que era.

No iba a mirar la cama.

Unos minutos más tarde, Jackson regresó con un pijama limpio. Gibson tomó su propia pila de ropa prestada de Hammond, no de su hija, y regresó igual de rápido.

Jackson tenía una almohada en sus manos y la arrojó al suelo. «Puedo quedarme en el piso», ofreció.

«De ninguna manera». No le importaba la caballerosidad ni nada de esa mierda, pero tenía algunos putos estándares. «Yo puedo dormir en el suelo».

«No vas a dormir en el suelo», respondió ella. «Supongo que la cama es lo suficientemente grande para los dos».

Su mente volvió a la noche anterior, a sus miembros enredados y sus corazones magullados. Gibson no tenía exactamente ninguna duda de hacia dónde llevarían las cosas si se dejaba tumbar junto a Erin Jackson. «Te tomaré la palabra», repitió.

«Eso te va a matar la espalda», el rostro de Jackson era tan terco como el suyo.

La necesidad de besarla era casi abrumadora.

«Tengo cuarenta, Jackson, no ochenta. Puedo soportar una noche en la alfombra. Ahora tírame la maldita manta». Él no estaba retrocediendo.

Después de un segundo, Jackson puso los ojos en blanco y le arrojó una manta. Gibson se acostó y no dejó escapar un pequeño gemido cuando su espalda protestó. Estaba bien. Y él no era viejo.

En sus días de servicio activo, podía dormir en cualquier momento y en cualquier lugar. Pero en los últimos tres años había perdido esa habilidad. Al final se quedó dormido, pero pudo haber sido una hora o más después. Esperaba tener sueños placenteros o posiblemente frustrantes con Erin Gibson.

Se despertó sobresaltado cuando la escuchó gritar.

CAPÍTULO OCHO

ERIN NO PODÍA VER NADA. Cuando intentó abrir los ojos, se dio cuenta de que ya estaban abiertos. Y fue entonces cuando empezó el pánico. Respiró hondo y extendió la mano, tratando de descubrir dónde estaba y qué estaba pasando. Apenas podía extender los brazos antes de que golpearan la superficie dura como una piedra que la rodeaba.

Sus miembros pesaban como plomo, pero intentó moverse, encajarse contra las estrechas paredes y trepar. Pero antes de que pudiera agarrarse, la pared que la rodeaba perdió toda su firmeza y ella volvió a caer, apenas logrando ponerse de pie antes de que se solidificara.

«¡Ayuda!», gritó, su voz resonó en el vacío. El pánico surgió cuando la pared rozó sus dedos, la circunferencia a su alrededor se apretó. Erin intentó moverse, pero ahora la pared presionaba ambos brazos y en unos segundos no podría respirar.

«¡Gibson!», ¿Dónde estaba él? ¿Ya había sido aplastado en un agujero como este? «¡Jericho!». Se arrancó de la raíz de su alma cuando el peso aplastante final del agujero se cerró.

Y luego ya no estaba en ningún agujero. Parpadeó y abrió los ojos y pudo ver, pero no mejoró. Una figura enmascarada se cernía sobre ella, con una mano sosteniendo un dispositivo extraño, casi familiar.

La figura se burló de ella. «Arrodíllate», era la voz de una mujer.

La orden la golpeó en el estómago y Erin cayó de rodillas, el dolor impactó sus muslos y sus caderas. No hubo ni una pizca de resistencia. La palabra de la mujer era su acción. El miedo ardía profundamente. ¿Cómo podría luchar si no podía resistirse?

¿Qué le iba a hacer la mujer?

«¿Dónde estás?», preguntó la figura enmascarada, su voz cortando su piel, lo suficientemente aguda como para hacerla sangrar.

Erin se atragantó mientras luchaba por pronunciar las palabras, todas luchando por ser pronunciadas a la vez, siguiendo su orden. «Estoy aquí».

La figura levantó una mano hacia atrás, no la que sostenía el dispositivo. Pero ella no golpeó a Erin. «¿Dónde está tu *cuerpo*?». Hizo hincapié en la última palabra, como si Erin y su cuerpo no estuvieran conectados.

¿Qué se suponía que debía decir? Ella estaba *aquí*. La mujer tenía el control. Pero no era la

respuesta correcta y ella lo sabía. ¿Dónde *estaba* su cuerpo? Ese conocimiento estaba en lo más profundo de su ser, y casi podía decirlo, casi revelar la verdad.

Tenía que hablar. Su lengua ardía. Entonces algo tiró de su nuca y la sacudió por los hombros. Los ojos de Erin se abrieron de nuevo, su pecho palpitaba mientras regresaba a su cuerpo, a sí misma.

Una pesadilla. Solo un sueño.

Una figura oscura se cernía sobre ella y el pánico amenazó con surgir una vez más antes de que escuchara la voz que siempre podría llamarla a casa.

«Erin, despierta. Estás soñando». Su voz tenía una extraña calma en el campo de batalla, como si pudiera derribar a cualquier enemigo sin lugar a dudas. Sus manos estaban a ambos lados de su cabeza, encerrándola. Pero ella no se sentía atrapada. Gibson no la estaba atrapando, la estaba protegiendo del resto del mundo.

«Jericho», susurró, sabiendo que su voz temblorosa revelaba demasiado, pero demasiado conmovida para que le importara. «Se sintió tan real».

Sus ojos recorrieron su rostro, la preocupación estaba grabada en las líneas de su frente. «Estabas gritando. Sonó como...», dudó, y después de un segundo dejó la frase en suspenso.

Erin sabía que debía decir algo, debía asegurarle que estaba bien y que ambos podían volver a dormir como si nada hubiera pasado. Pero temía que, si él se alejaba siquiera un centímetro más de ella, comenzaría a temblar y nunca pararía.

«Te tengo», susurró Gibson, acercándola y moviendo su cuerpo para quedar apretado contra ella. La rodeó con sus brazos con fuerza, anclándola en el momento presente. Su sólida presencia la volvió a la realidad y se concentró en el ritmo constante de los latidos de su corazón contra su oreja.

Con Gibson como escudo, el recuerdo de la pesadilla comenzó a desvanecerse. ¿Pero dormir? Sí, eso no iba a suceder pronto. La idea de cerrar los ojos y saltar de nuevo a ese agujero o enfrentar ese... monstruo... le revolvió el estómago.

Y ella no quería estar sola.

Se acurrucó más cerca del pecho de Gibson, sus emociones eran crudas y estaban a flor de piel. Su miedo se volvió un poco vago, algo que podía ignorar y alejar como si no fuera nada. Se suponía que Gibson estaba fuera de los límites. Erin sabía que no debía aferrarse a él, pero no podía hacer que sus dedos se soltaran de donde estaban envueltos en la tela de su camisa.

Él la dejó aguantar hasta que su respiración perdió el ritmo agitado y los latidos de su corazón se estabilizaron. Erin no podría pedir más. Lo sabía. Sabía que tenía que dejarlo volver a dormir. Tenían mucho que afrontar por la mañana y uno de ellos necesitaba estar plenamente consciente.

Pero cuando Gibson hizo un movimiento para alejarse rodando, Erin apretó con más fuerza. Sus ojos se encontraron, miradas fijas por un segundo congelado. Y entre un latido y el siguiente, el momento cambió de uno de consuelo a algo completamente diferente.

Algo acalorado y necesitado.

Erin no se movió rápido. La urgencia que los había impulsado al motel había desaparecido. Esta noche se sintió diferente. La habitación estaba oscura a su alrededor, la luz de la luna que entraba por la ventana prometía guardar sus secretos.

Le dio a Gibson suficiente tiempo para retroceder. En lugar de eso, sus labios encontraron los de ella, en un beso que su secreto compartió en la oscuridad.

Ella le rodeó el cuello con los brazos y abrió la boca cuando su lengua se enredó con la de ella. Miedo, necesidad, anhelo, todo estaba ahí y se vertió en el beso como una poción mágica desesperada que esperaba poder darle lo único que se suponía que no debía tener.

Su lengua tejió su hechizo sobre ella, la intensidad era lo suficientemente fuerte como para hacerla temblar. Y luego estaba la sensación de su polla endureciéndose contra ella, el recordatorio de exactamente lo que podía hacerle, haciendo que su propio cuerpo se calentara y anhelara todo lo que él podía darle.

El jadeo de Erin pareció encender algo dentro de Gibson, y él gimió durante el beso, presionándola contra la cama hasta que quedó atrapada por la sensación. Su toque fue seguro y ansioso, su mano recorrió su costado hasta encontrar el dobladillo de su camisa, pero no la levantó. Permanecieron en ese beso por lo que pareció una eternidad, perdidos en el momento, en la intensidad de aquello que ambos se negaban a nombrar.

Erin finalmente tuvo que levantarse para tomar aire, jadeando como si hubiera olvidado cómo respirar. La cruda necesidad que la desgarró se reflejó en sus ojos, con la promesa de que esta noche sería un momento fuera del tiempo, solo para ellos. Eso la hizo sonreír y la hizo un poco valiente, como si de repente estuviera segura de que no había ninguna petición que pudiera hacer esta noche que Gibson no se la concediera.

Ella alcanzó el dobladillo de su camisa y se la pasó por la cabeza, dejando que sus manos recorrieran su duro pecho mientras sus labios volvían a juntarse. El pelo oscuro que cubría su pecho estaba salpicado de más canas que el pelo de su cabeza, pero lo único que hacía era recordarle a Erin que Gibson había vivido su vida, y que la vida lo había traído hasta aquí.

Hacia ella.

«Erin», susurró contra sus labios. Ella daría casi cualquier cosa por que él siguiera llamándola así, por decirlo de *esa* manera, como si fuera algo valioso.

Como si ella fuera suya.

Mientras ella estaba perdida en el beso, él logró quitarle la blusa casi por completo y ella lo ayudó a conseguirla el resto del camino. Gibson se echó hacia atrás y la miró fijamente, y sus ojos parecieron brillar a la luz de la luna. Tenía que ser un truco, pero a Erin no le importaba. No cuando se inclinó y tomó uno de sus pezones con su boca, lamiendo y chupando hasta que ella se retorció. Su lengua trazó patrones alrededor de su pezón, los dientes provocando solo lo suficiente para hacerla arquearse contra él.

Era una tortura, pero del tipo que la hacía rogar por más.

«Por favor», ella no pudo detener la súplica, su voz apenas era un susurro. «Jericho». El calor entre ellos era un infierno, uno que tenía que arder por sí solo. Nada podría detenerlos ahora, no por la forma en que su cuerpo anhelaba el de él. No por la forma en que su rígida polla la rozaba, provocándola.

Los labios de Gibson se deslizaron por su cuerpo, dejando un rastro de besos húmedos y calor persistente. La respiración de Erin se entrecortó por la anticipación, su corazón latía con fuerza en sus oídos. Necesitaba todo lo que él quería darle y no pudo evitar separar aún más las piernas a modo de invitación.

Cuando Gibson finalmente alcanzó sus resbaladizos pliegues, su cálido aliento avivó su sensible carne, haciéndola temblar de necesidad. Sin dudar, su boca se cerró sobre ella, succionando suavemente mientras su lengua se movía de un lado a otro. Erin dejó escapar un gemido profundo, sus dedos se curvaron en las sábanas ya arrugadas debajo de ella, incapaz de controlar las sensaciones abrumadoras que la recorrían.

«Jericho», jadeó, su voz cargada de deseo. Él respondió deslizando dos dedos dentro de su calor húmedo, bombeándolos lentamente hacia adentro y hacia afuera mientras su lengua continuaba su implacable asalto a su sexo hinchado. Dios, el hombre sabía lo que estaba haciendo. Eso la llevó al límite, su cuerpo se tensó mientras se aferraba al precipicio de una creciente ola de necesidad.

«Por favor... más», jadeó Erin, sus caderas moviéndose contra la cara de Gibson. Él solo aumentó la intensidad de sus acciones, llevándola al límite con un gemido gutural. Su orgasmo se estrelló sobre ella, todo su cuerpo tembló mientras lo aguantaba.

Cuando los temblores disminuyeron, Erin miró a Gibson, con los ojos brillantes por su propia necesidad. Él trepó por su cuerpo y capturó sus labios en un beso apasionado que no pudo negar. La intimidad primordial del acto envió otra sacudida de placer a través de ella, y envolvió su mano alrededor de su palpitante polla.

Su gemido masculino fue su propia recompensa mientras ella lo acariciaba con firmeza. Los ojos de Gibson se cerraron con fuerza, su cabeza echada hacia atrás mientras se entregaba a la sensación. Se sentía poderosa con él así, a su merced y rogando sin palabras por más.

«Te tengo», ella lo acarició más rápido, su agarre fue suficiente para llevarlo al límite. Con un gemido profundo y gutural, el cuerpo de Gibson se tensó cuando encontró su liberación, su semilla se derramó sobre su mano y su estómago.

Erin sonrió, más que un poco satisfecha, mientras sentía a Gibson relajarse en el colchón debajo de ellos, con sus cuerpos todavía entrelazados. Él parpadeó y abrió los ojos lentamente, como si volviera a sí mismo, y la miró con una expresión que ella no pudo descifrar del todo. Eso la dejó sin aliento.

Ella se inclinó para besarlo tiernamente, temiendo que, si no lo hacía, alguno de ellos pudiera hablar. Y con su cuerpo todavía cantando de sensaciones, no podía permitir que eso sucediera.

Se giró para quedar acostada boca abajo y tarareó con satisfacción mientras Jericho recorría

con sus dedos su columna, formando una especie de patrón que solo él podía ver. Podría quedarse dormida así y olvidar todos sus problemas, especialmente la pesadilla.

«¿Cuándo te hiciste este tatuaje?», preguntó él, con los labios revoloteando sobre la imagen.

«¿Qué?», se apoyó sobre el codo y se contorsionó, tratando de ver su espalda. «No tengo un tatuaje».

El resplandor se evaporó en un instante, Erin saltó de la cama y corrió por el pasillo hacia el baño, sin importarle que estuviera desnuda. Jericho la siguió inmediatamente.

Encendió el interruptor de la luz y entrecerró los ojos ante el repentino brillo. Una búsqueda apresurada en los cajones encontró un espejo de mano y le dio la espalda al espejo principal, mirando su reflejo.

Justo en su omóplato izquierdo había un remolino de tinta negra que podría haber sido un tatuaje tribal, pero ese nunca había sido el estilo de Erin.

«Ellos me hicieron esto». Estaba tratando de no entrar en pánico y esforzándose aún más por no gritar. No necesitaba que Hammond apareciera. Ya le estaban pidiendo demasiado. «Esos bastardos mágicos. Quítamelo».

Gibson estaba detrás de ella. «¿Cómo? Es un tatuaje».

«No me importa si tienes que cortármelo, no saldré de este baño hasta que desaparezca».

CAPÍTULO NUEVE

EL HOMBRO de Erin se estremeció bajo los dedos de Gibson. O tal vez le temblaba la mano. La marca oscura sobre su escápula parecía volverse más siniestra cuanto más la miraba, las líneas extrañamente desiguales emanaban algún tipo de maldad que no podía comprender del todo.

«Quítame esto de encima, Gibson. Hazlo ahora». Un toque de pánico tiñó su voz. Esta era la atrevida Erin Jackson. Podía mirar fijamente a cualquier enemigo sin revelar nada. Y aun, ahora estaba temblando.

«Lo quitaremos», prometió él, con la mente dando vueltas. «Tal vez podamos hacer que Hammond llame a Vi, ella sabrá cómo hacerlo». No quería involucrar al coronel en esto más de lo necesario, pero lo haría si eso significaba mantener a Jackson a salvo.

«Quiero que desaparezca ahora». Su voz se volvió inquietantemente tranquila. «Córtalo si es necesario, no me importa».

«Sí». Su mano se flexionó sobre su hombro, incapaz de soltarse. «No lo cortaré, no antes de que exploremos nuestras opciones». Intentó poner el peso del mando en su voz; en cambio, sabía que sonaba como el amante preocupado que era. No podía soportar ver a su pareja sufrir.

«No es tu puto cuerpo», espetó Erin, entrecerrando los ojos y mirándolo a través del espejo, «podré soportarlo. Y quién sabe qué mierda mágica me está haciendo esta cosa a mí y a nosotros. Apuesto a que es por eso que no podemos usar teléfonos, porque tus cosas desaparecieron. ¿O tienes otra explicación para una mierda de tatuaje que aparece mágicamente?».

Él pensó que se veía algo elegante, excepto por la magia maligna. Pero ahora no era el momento para las opiniones sobre moda y estilo de vestir de Gibson. «Sé que podrías soportarlo, puedes soportar cualquier cosa. Pero dejarte sangrando y gritando solo empeorará las cosas». Se aferró a esa lógica. Si Jackson no podía reducir el ritmo, tal vez tuviera que abordarlo de otra manera.

Ella hizo una pausa. Respiró. Luego, respiró profundo otra vez. «Bien, si quieres probar algo primero, inténtalo. Pero cuando eso no funcione, consigue un cuchillo, una vela, no me importa. Cueste lo que cueste, Gibson. Necesitamos deshacernos de esta cosa esta noche».

«Está bien», dijo, aunque todavía se negó a hacer algo que pudiera lastimarla. Solo necesitaba descubrir cómo quitarle un tatuaje mágico a la mujer que él... a su compañera de

manada, sin lastimarla, usando solo lo que podía encontrar en los gabinetes del baño del coronel.
Fácil.

O lo sería, si tuviera alguna razón para pensar que unas suaves toallas blancas podrían hacer algo con un tatuaje mágico. Cada segundo que dudaba, Jackson se ponía más tenso. Gibson iba a exigir lecciones de magia de recuperación tan pronto como llegaran a casa. Quizá nunca lanzaría un hechizo, pero le gustaría conocer estrategias para contrarrestarlos.

«¿No dijiste algo sobre la sal?», preguntó él.

«Pensé que tal vez el agua del mar interrumpió el hechizo o lo que sea. ¿Qué piensas? ¿Pegar una venda llena de sal de mar sobre la cosa y esperar que algo pase?», ella se dio la vuelta y le lanzó una mirada desafiante.

Gibson no estaba dispuesto a admitir que su idea era incluso mejor de lo que había estado imaginando.

Ella se quedó sin aliento y él se dio cuenta de que ella estaba mirando sus labios. Gibson estaba cerca de ella, prácticamente atrapándola contra el mostrador, le tomaría menos de un paso cerrar la distancia entre ellos y dejar que sus cuerpos se rozaran.

No debería. Lo sabía en una parte distante de su mente.

Pero aun así se inclinó hacia adelante.

Sus labios se tocaron y la electricidad corrió por sus venas. Los brazos de Erin rodearon su cuello, acercándolo a medida que la intensidad del beso crecía. Sus emociones se derramaron una sobre la otra: miedo, desesperación y un anhelo que ambos sabían que debían ignorar.

Y aún así...

Gibson extendió su mano sobre su espalda, cubriendo la marca como si eso por sí solo fuera suficiente para desaparecerla. La atrajo hacia él mientras sus lenguas bailaban, saboreando el sabor y la sensación del otro. No pudo evitar dejar escapar un gruñido de aprobación cuando Erin se arqueó contra él y su cuerpo volvió a la vida.

Quería tomarla allí mismo, levantar sus caderas sobre el mostrador y deslizarse dentro de ella hasta que ella gritara de éxtasis. La atracción entre ellos era demasiado real, demasiado intensa, como para luchar por mucho tiempo.

Pero tenía que hacerlo.

Gibson se apartó y ambos jadearon en busca de aire. No podía dejar de mirar el rostro sonrojado y los labios hinchados de Erin. Quería más de ella, hasta el último centímetro, pero si lo único que tuviera fueran fragmentos y restos, mantendría los recuerdos cercanos.

Nunca habría otra Erin Jackson para él. Ella lo era todo.

La enormidad de esa comprensión lo presionó y las palabras se perdieron en su garganta. Quería confesar... algo. ¿Devoción? ¿Amor? Todo era demasiado grande y ninguna palabra parecía adecuada.

Pero todo eso desapareció cuando él movió su mano y vio la marca en su hombro en el espejo una vez más.

Una marca *borrosa* en su hombro.

Sin previo aviso, Gibson giró a Jackson para que pudiera mirarle la espalda. Y allí lo notó, una huella del pulgar justo en el borde de donde había estado la marca, manchada como un marcador.

Gibson se lamió el pulgar y lo presionó contra la marca, frotándola. Su pulgar quedó oscuro por la tinta. «Mira», levantó el pulgar para que ella lo viera. «Se está borrando».

«¿En serio?». El rostro de Jackson se arrugó. «¿Acabas de lamerte el pulgar? ¿Qué diablos?».

«¿Eso es lo que te preocupa?». Podría haber dicho algo sobre lamerla por completo, pero incluso con el sabor de su beso todavía en su lengua, se contuvo. Volvió a colocar el pulgar sobre la marca y trató de borrar más.

«¡Detente!», Jackson empujó su hombro hacia adelante. «No te pongas la tinta mágica sobre la piel. Busca un quitaesmalte o algo así. O un desmaquillante. Demonios, solo consigue una toallita y jabón».

Era poco probable que tanto el quitaesmalte como el desmaquillador estuvieran en el baño de visitas del coronel retirado, pero ambos buscaron en los gabinetes. Y Gibson tuvo suerte, agarrando una pequeña botella que estaba junto a un frasco de esmalte de uñas azul. Recordatorio de la hija adulta del coronel.

No pudo encontrar bolas de algodón, así que vertió el líquido en una toallita y comenzó a frotar suavemente la piel de Jackson, con cuidado de no rasparla.

«Más fuerte», exigió de una manera que hizo que su polla se sacudiera.

Sus ojos se encontraron en el espejo, el calor ardió por solo un segundo antes de que ambos esbozaran una sonrisa.

«Te lo mostraré duro». Presionó la tela con más fuerza hasta que ella tuvo que presionarse contra él para evitar inclinarse.

Tomó tiempo. Después de unos minutos, Gibson tuvo que enjuagar el paño y aplicar más removedor. Y todavía podía ver el tenue contorno de la marca. No sabía si la magia era buena hasta la última gota y no iba a arriesgarse.

Esperaba que quitarlo fuera suficiente.

La piel de Jackson estaba roja y amenazaba con sangrar en algunos lugares cuando cambió del quitaesmalte al jabón. Pero casi una hora después de haber comenzado, estaba satisfecho de que la marca había desaparecido, su hombro estaba desnudo y tan desprovisto de magia como podían.

«¿Crees que eso será suficiente?», preguntó ella, mientras su mano serpenteaba sobre su hombro y sus dedos rozaban el borde de donde había estado la marca.

Gibson dejó que su mano cubriera la de ella y se dijo a sí mismo que la estaba consolando como compañera de manada, de la misma manera que lo haría con cualquier otra persona. «Sí». No se permitió dudar. No tenía sentido.

Ella se recostó en él y él se permitió disfrutar de la sensación. Pero no se permitió tomarla en

sus brazos y abrazarla con fuerza. Habían cruzado tantas líneas que tenía que empezar a retroceder. Tenía que arreglar esto entre ellos.

Pero cuando regresaron a la habitación de invitados, él se metió en la cama junto a ella. Y cuando ella se acurrucó contra él, él la rodeó con un brazo.

Los límites podrían esperar hasta la mañana.

CAPÍTULO DIEZ

GIBSON NO ERA un gran cocinero. Claro, podría producir raciones lo suficientemente bien como para sobrevivir, pero nunca sería chef. Pero lo menos que podía hacer era prepararle el desayuno a Hammond. Usando los ingredientes de Hammond, por supuesto, pero tocino y huevos sería bastante fácil. Y cuanto más miraba el tocino, menos tenía que pensar en el coronel retirado mirándolo con las cejas levantadas en señal de interrogación.

Gibson pinchó los huevos. Era un hombre adulto. Podía mantener una maldita conversación. Pero realmente deseaba que Jackson no estuviera en la ducha en ese momento. Le vendría bien una barrera entre él y las miradas indiscretas del coronel.

«Es una gran soldado la que tienes ahí», dijo Hammond a la ligera.

Gibson apretó con más fuerza la espátula, pero no se permitió reaccionar. «Lo es», estuvo de acuerdo.

Sabía adónde iba esto. Adónde tenía que llegar. Después de décadas en el ejército, Hammond siempre sería más soldado que civil, más oficial que hombre. Y si Gibson pensaba que *él* se tomaba en serio la cadena de mando, Hammond lo avergonzaría.

«¿Ustedes dos sirvieron juntos?», preguntó Hammond. Gibson se volvió para jugar con la cafetera, como si eso pudiera suavizar el impacto de las implicaciones de sus palabras.

«Estuvimos en Alemania al mismo tiempo, pero en unidades diferentes». No conoció a Erin Jackson hasta después del secuestro.

Gibson no tenía idea de cómo se habría sentido si se hubieran conocido antes, si lo que había entre ellos hubiera cobrado vida cuando realmente iba en contra de las reglas y no simplemente como algo que no debían hacer.

Hammond hizo un ruido extraño que llamó la atención de Gibson.

«¿Qué?», preguntó.

Hammond se volvió hacia su refrigerador. «Tengo un montón de crema con sabor. ¿Quieres de avellana?», preguntó, agarrando el recipiente y agitándolo.

Bueno. Así que no estaban hablando de Alemania o lo que fuera que había hecho que Hammond cambiara de tema con toda la delicadeza de un levantador de pesas que intenta batir un récord mundial.

«Jackson trabaja para mí», dijo Gibson con firmeza. Era verdad. Ella trabajaba para él. Y, además, era suya... sin que pudiera sacar la palabra.

Si los últimos dos días le habían enseñado algo era que sus sentimientos por ella eran reales. Eran algo que no podía ignorarse. Pero había que dejarlos a un lado, al menos hasta que estuvieran a salvo en casa.

«Entonces, ¿estuvieron teniendo una conferencia telefónica anoche?», preguntó Hammond, su sonrisa se volvió astuta.

Un gruñido amenazó con salir burbujeante del fondo de la garganta de Gibson. Anoche. Alegría. Terror. Placer. Todo daba vueltas en su cabeza. Lo más probable era que Hammond los hubiera escuchado mientras estaban en el baño, pero no había nada sexy allí, excepto ese beso. Gibson se negó a morder el anzuelo.

«Sé lo que estoy haciendo», dijo.

«Ojalá». El tono de Hammond dejaba claro que había terminado con la conversación. Pero entonces el coronel se movió y miró a Gibson con los brazos cruzados. «Lo entiendo. Escabullirse, la emoción de que posiblemente te atrapen. Una mujer que es lo suficientemente fuerte como para responder. Pero a veces, piensas con tu pene y terminas divorciado tres veces, sentado en tu porche trasero haciendo Sudokus y recordando los buenos viejos tiempos».

Gibson podía decir mucho al respecto. Podría haber argumentado que su corazón no era el problema y que su mente, su cuerpo y su pene estaban todos alineados. Podría haberle dicho a Hammond que Erin Jackson era la única mujer en todo el planeta para él, y que lo sabía desde hacía mucho tiempo. Pero Hammond era un viejo compañero del ejército, no el tipo de persona con el que Gibson mantenía conversaciones sinceras.

«Ese no es el problema», respondió Gibson.

«Nunca lo es», dijo Hammond, con la confianza de alguien que no tenía idea de cuán profundamente se estaba sumergiendo en las aguas de su conversación. No podía sentir las corrientes subyacentes ni comprender el contexto. Gibson no tenía intención de explicárselo.

Hammond abrió la boca para volver a hablar, pero Gibson lo fulminó con la mirada. El viejo coronel se rió.

«No te preocupes, no se trata de ti y la joven», aseguró a Gibson. «Bueno, tal vez un poco. Pero no sobre sexo».

Si se tratara solo de sexo, la vida de Gibson sería mucho más sencilla.

«Tengo este auto viejo y oxidado», dijo Hammond. «Ha estado acumulando polvo en mi garaje desde hace un par de años. Sigo jugueteando con él, pero ya sabes cómo esto».

Gibson no lo sabía, pero no dijo nada.

«Quiero que Jackson y tú se lo lleven. Creo que los llevará hasta Nueva York. Y esto también», Hammond abrió el cajón debajo de la cafetera y le entregó un grueso sobre a Gibson.

«No puedo tomarlo», protestó Gibson. No contó los billetes, pero dentro debía haber más de mil dólares. «De verdad, ya nos has ayudado bastante».

«¿De qué otra manera planeas llegar a casa? ¿Sin dinero, sin teléfono y sin coche?», lo desafió Hammond.

«No, necesito el coche. Francamente, ya me has hecho un gran favor. Y en cuanto al dinero, ven a visitarme alguna vez y déjame ganártelo en una partida de póquer. ¿Qué te parece?».

Necesitaban demasiado el dinero como para que Gibson volviera a rechazarlo. Y siempre podría devolverle el dinero a Hammond, ya sea en un juego de cartas o enviándole un cheque. Gibson se embolsó el dinero.

«Existe la posibilidad de que el coche no llegue íntegro», advirtió Gibson, aunque no quiso entrar en detalles sobre lo que podría pasar. ¿Cómo podría una persona empezar a explicar el daño mágico a un tasador de seguros?

Hammond se encogió de hombros. «Como dije, es un montón de chatarra. Debería funcionar. Pero si no lo recupero, no lo recupero y ya. Y mi hija estará feliz de estacionar en el garaje la próxima vez que me visite».

«Gracias», dijo Gibson, sinceramente agradecido.

La piel de Erin estaba limpia y su cabello todavía estaba un poco húmedo, pero había logrado encontrar un lazo para el cabello y peinarlo hacia atrás. La ropa que le había prestado de la hija de Hammond era un poco grande y le colgaba, pero estaba limpia. Todo en este día estaba mejorando, incluso si su hombro todavía estaba un poco en carne viva por frotarlo tan bruscamente la noche anterior para quitarse la marca.

Pero la marca había desaparecido, y eso probablemente significaba que ella y Gibson ya no estaban siendo perseguidos por brujas malvadas. Le había dado a su cuerpo una mirada completa en la ducha, usando juiciosamente su espejo de mano.

Una mujer no estaba destinada a verse a sí misma desde tantos ángulos, pero Erin no vio ningún otro tatuaje sospechoso y estaba satisfecha de estar a salvo, por ahora. Al menos a salvo de las brujas.

¿Su corazón, por otro lado?

Oyó a Gibson y Hammond hablando en la cocina, pero fue el olor a tocino lo que realmente la atrajo. Gibson estaba parado junto a la estufa, con una espátula en una mano, y hurgó en la carne frita. Le sirvió un plato que ella tomó agradecida, tratando de no disfrutar el aspecto de Jericho Gibson en la cocina. Nunca antes lo había visto cocinar. Era casi desconcertantemente doméstico.

«Hammond tiene un auto para nosotros», dijo Gibson. «Con un día de conducción, deberíamos estar en casa».

Eso era bueno. Eso era genial, incluso. Simplemente iba a ignorar la pequeña parte de ella que estaba decepcionada de que su tiempo a solas con Gibson estuviera llegando a su fin.

Erin se concentró en su desayuno, concentrándose más en su comida que en la conversación que sostenían Gibson y Hammond. Claramente, habían estado hablando durante algún tiempo, pero en este punto, a ella no le importaba. No dijo nada. Estaba demasiado agradecida por la noche de indulto. Hammond había dado un paso adelante donde mucha gente no lo haría. No había hecho preguntas. Si él quería chismorrear o hablar de ella a sus espaldas, no había mucho que ella pudiera hacer al respecto. Y no estaba segura de que le importara.

«¿Dijiste que ustedes dos sirvieron juntos en Alemania?», preguntó Hammond.

«No juntos», dijo Gibson, de una manera que sonaba como si lo estuviera repitiendo. «Sí, ambos estuvimos en Alemania. Hace unos tres años».

Hammond dejó su taza de café con más fuerza de lo necesario y eso hizo que Erin levantara la vista. Ahora Hammond los miraba con ojos ilegibles. Pero esta vez no eran chismes. «Escuché que algo sucedió allí. No me gustó la forma en que pasó. Tenías una carrera por delante». Se lo dijo a Gibson, pero también se aplicaba a Erin. No estaba preparada para jubilarse cuando la obligaron a marcharse. Su contrato ni siquiera había terminado. Pero el ejército estadounidense tenía una manera de hacer que los problemas internos desaparecieran.

«¿Qué escuchaste sobre eso?», preguntó Gibson.

Erin también quería saber. Había habido abogados y amenazas. Fuertes implicaciones de que, si hablaban, sus jubilaciones fáciles desaparecerían y el papeleo podría cambiar, incluso si eso no fuera exactamente legal. ¿Qué se suponía que debía decir Erin? ¿Que había sido secuestrada? ¿Que algún extraño y malvado mago la había convertido en un hombre lobo? Ella no tenía con quién hablar. Y no era como si pudiera decírselo a su familia. Pero estaba claro que la historia había circulado. Al menos partes de ello.

«Acabo de enterarme de un asunto curioso», dijo Hammond encogiéndose de hombros.

«Mejor no lo compartas», advirtió Gibson. «Todos sabemos que es mejor dejar algunas cosas en el pasado».

El silencio permaneció entre ellos durante un largo momento antes de que Hammond asintiera. «¿Qué tal si te muestro el auto?», él ofreció.

«Claro», estuvo de acuerdo Gibson.

Erin terminó su comida rápidamente y tomó el resto de los platos, colocando los suyos en el lavavajillas junto con los de Gibson y Hammond. Se quedó mirando el teléfono inalámbrico sobre la encimera durante varios segundos antes de reunir el coraje para intentarlo.

Hubo un tono de marcar. Dejó escapar un sollozo de alegría y se alegró de que no hubiera nadie allí para escucharlo. La marca había desaparecido. Ella tenía razón. Las cosas estaban mejorando.

Rápidamente marcó el primer número de teléfono que se le ocurrió, el de Owen. El teléfono sonó y sonó, pero no hubo respuesta. El maldito bastardo no contestó. Ella le iba a dar mucha mierda por esto tan pronto como llegara a casa.

Había tanto que decir que era difícil expresarlo en un solo mensaje, pero lo logró. Le dijo a

Owen que estaba a salvo, que Gibson estaba con ella y que se dirigían en automóvil desde Virginia a Nueva York. Luego colgó. Le haría saber a Hammond que Owen podría devolverle la llamada. Con suerte, al coronel no le importaría actuar como contestador automático durante el día.

A la dura luz de la mañana, Erin vio a Gibson y Hammond parados junto a una camioneta que parecía haber sobrevivido a duras penas a la guerra, posiblemente la Guerra Revolucionaria. Las llantas de las ruedas estaban cubiertas de óxido, una de las ventanillas traseras permanecía tenazmente entreabierta y al mirar a través de las ventanillas se veían asientos de tela que parecían como si un lobo los hubiera mordido. La duda de Erin era evidente en su rostro.

Hammond se rió entre dientes. «Sí arranca», prometió. «Lo probé la semana pasada».

No era como si Erin tuviera espacio para discutir. Y el coche era mejor que caminar. La mano de Gibson se cernía sobre el techo, como si fuera a acariciarlo, pero pensó mejor cuando se dio cuenta de cuánto estaba hecho de óxido. Bajó la mano suavemente. «Vámonos».

«Vamos».

CAPÍTULO ONCE

MIENTRAS CONDUCCIÓN por la antigua carretera, el cuero agrietado del volante pellizcaba las manos de Gibson. Los imponentes árboles se acercaban cada vez más al coche. A su lado, Jackson apoyó la cabeza contra la ventana y observó el paisaje pasar volando como si se tratara de una especie de viaje de vacaciones.

El motor chirriaba y chisporroteaba cada vez que tenían que cambiar de marcha, pero habían pasado kilómetros y kilómetros desde la última vez que habían visto un semáforo. Si no miraba demasiado de cerca el interior del auto, o respiraba demasiado profundamente el olor incrustado a humo de cigarrillo y edad, era casi placentero.

«¿Alguna actualización sobre nuestra ruta?», preguntó Gibson, su voz un poco ronca por el desuso y la sed. Buscó una botella de agua en la consola central antes de recordar que habían terminado las bebidas de su breve almuerzo hacía un rato y las habían tirado en la última gasolinera.

Jackson se movió en su asiento para pasar el dedo por el viejo mapa de papel que tenía en el regazo. «Vamos por buen camino. Más de la mitad del camino desde que salimos de Baltimore. Creo que pronto estaremos en Pensilvania».

«¿Tan pronto como en quince kilómetros o tan pronto como en tres horas?». No se había dado cuenta de cuánto duraría su viaje sin el uso de las autopistas. Pero querían evitar los problemas que surgían con mucha gente en el camino, en caso de que las brujas los alcanzaran.

«Supongo que ya lo veremos». Una pequeña sonrisa asomó por los labios de Erin.

Gibson quiso extender su mano y tomar la de ella. Si *estuviera* conduciendo con su Pareja, lo haría. Ahora, conducía con su compañera, pero no podía. Habían tenido un día de camino para que él pudiera decir algo sobre sus noches juntos, pero él no había pronunciado una palabra.

Se dijo a sí mismo que era porque estaban atrapados en el auto. Sí, cuando tuvieran esta conversación, tenía que ser en algún lugar del que ambos pudieran alejarse, no en una camioneta sofocante que fuera tan vieja como él.

El sol estaba bajo en el cielo, proyectando largas sombras cuando Gibson entró en una gasolinera. El tanque no estaba vacío, pero ambos podrían estirar las piernas y tomarse un minuto para sí mismos.

Jackson abrió la puerta y se paró junto a la bomba de gasolina, estirando las manos en alto e inclinándose de un lado a otro, dejando escapar un profundo sonido de satisfacción que Gibson hizo todo lo posible por ignorar.

El movimiento de su polla le dijo lo mal que le estaba yendo.

Ella le lanzó una sonrisa. «Voy a entrar. ¿Quieres un bocadillo o algo así?».

«Solo algo de beber, pararemos a cenar en una o dos horas», respondió. Ella asintió rápidamente y corrió hacia la tienda. Gibson la observó hasta que desapareció dentro, el anhelo de caminar a su lado era casi lo suficientemente fuerte como para hacer que la persiguiera.

En cambio, Gibson respiró hondo e inhaló el aire fresco teñido con olor a gasolina. La estación estaba entre dos pequeños pueblos de Maryland y había una cantidad decente de tráfico que pasaba por la antigua carretera estatal.

La gasolinera se encontraba en medio de densos bosques, y el lobo de Gibson tuvo el deseo de correr hacia ellos, con tanta fuerza que dio un paso y casi tropezó con la manguera de gasolina.

Sacudió la cabeza y se obligó a mirar hacia otro lado. Buscó a Jackson más allá de las ventanas de la gasolinera, pero con todos los anuncios pegados en el cristal, no pudo distinguirla.

Estaba bien. Podrían separarse por unos minutos. Ella podría cuidar de sí misma.

Seguía esperando que sucediera algo malo. Todavía no era del todo real en su mente que había recuperado a Jackson y que ella estaba a salvo, que podía extender la mano y tocarla. O, bueno, podría hacerlo cuando ella regresara de su búsqueda de comprar los bocadillos.

La bomba de gasolina se apagó, indicando que el tanque estaba lleno. Gibson rápidamente reemplazó la boquilla y volvió a atornillar la tapa en el auto, y rezó rápidamente para que no hubiera fugas en el tanque de gasolina. El coche se había resistido bastante bien hasta el momento y era aproximadamente del tamaño de un tanque, por lo que a Gibson no le preocupaba su preparación para la batalla. Pero todavía medio esperaba que el motor se apagara en el peor momento posible y que un aquelarre de brujas descendiera para atacar.

El viento soplaba a su alrededor y le golpeaba el pelo contra los ojos. Lo peinó hacia atrás y miró al cielo, como si eso pudiera hacer algo.

¿Dónde estaba Jackson?

Se miró la muñeca solo para darse cuenta de que no llevaba reloj. Ella había estado ausente por varios minutos. Ya debería haber regresado. O posiblemente se estaba volviendo loco. No tenían prisa. No tenía que apresurarse en el proceso de elección de refrigerios con la esperanza de regresar a casa antes de la medianoche.

Algo andaba mal.

Sus instintos se lo gritaron, sus músculos se tensaron profundamente e intentaron alejarlo del auto. Esta vez no había ninguna manguera de combustible que le hiciera tropezar, y ya estaba pasando las bombas, en el borde del bosque, cuando se dio cuenta.

Mientras Gibson permanecía allí, el eco distante de un ruido extraño le hizo cosquillas en los

oídos y tuvo que esforzarse para oír más. ¿Qué era? ¿Un aullido? ¿Un rugido?

No. Era un grito, uno sacado de la oscuridad más profunda del alma de alguien, afectando profundamente dentro de Gibson, un gancho alrededor de la parte de él que era llamada para ayudar.

Salió corriendo hacia el bosque, incapaz de mirar hacia la gasolinera o detenerse a pensar las cosas. Una parte distante de él sabía que esto estaba mal, sabía que no debería estar vagando solo por el bosque, incluso si era en parte una criatura del bosque.

El sonido se dejó de escuchar y Gibson se quedó helado.

Estaba más oscuro en el bosque, el sol poniente ya no alcanzaba las sombras oscuras bajo los árboles. El viento silbaba entre las ramas, pero no había pájaros piando ni animales salvajes haciendo cabriolas.

Era como si la oscuridad estuviera devorando el lugar desde dentro.

Y alguien había gritado.

Ahora se movía más lento, tomándose su tiempo y eligiendo sus pasos con cuidado. Después de uno o dos minutos, Gibson miró hacia atrás, pero no podía ver la gasolinera, como si de alguna manera el bosque hubiera logrado aislarlo del resto del mundo.

Un pensamiento fantasioso.

O lo sería. Si no hubiera aterrizado justo en medio de una vorágine de mierda mágica.

Tuvo que dar marcha atrás. El grito se había calmado y no vio señales de vida. Lo inteligente ahora sería ir a la gasolinera y llamar a la policía. Podrían peinar el bosque en busca de problemas y lo harían mejor que él.

«A...ayuda...», fue un grito susurrante que flotó a su lado, de alguna manera viniendo de todas direcciones a la vez.

Gibson se esforzó por oír más, por decidir qué camino tomar. No podía darse la vuelta si alguien resultaba herido allí mismo.

Debería haber traído a Jackson con él, le vendría bien el respaldo. Sacudió la cabeza, ya no importaba.

«Ayu...», se escuchó ese sonido otra vez. Esta vez Gibson pudo identificarlo viniendo de detrás de un árbol un poco alejado del camino. Dio un paso hacia allí.

Y la oscuridad lo invadió. Una sombra luchó contra él, garras imposibles hechas de oscuridad y humo golpeándolo y abriendo un agujero en su camisa, fallando su piel por solo un susurro.

Tropezó hacia atrás, con los ojos muy abiertos por la sorpresa y la confusión. ¿Qué demonios estaba pasando? En lo profundo de su mente sabía acerca de algo como esto, una bestia hecha de sombras a la que solo se podía combatir con luz. Su compañero de manada, Andre, había luchado contra uno antes.

Pero ¿dónde iba a encontrar Gibson luz en la oscuridad que lo invadía?

La bola oscura volvió a atacarlo y, aun sabiendo que sería imposible, Gibson devolvió el golpe. Y golpeó algo. No era oscuridad y no parecía carne. En cambio, su mano rozó un manajo

de palos y hojas, como si la sombra fuera una capa alrededor de una criatura arbórea.

No tuvo tiempo de estudiarlo. Sin importar lo fuerte que golpeó, la criatura se defendió y Gibson estaba en un terreno desconocido y en la forma equivocada. Si estuviera en su piel de lobo, esto no sería nada. Pero luchar desarmado como hombre era un recordatorio de lo débil que podía ser.

Dio otro paso atrás y tropezó con un tronco invisible, se arrodilló e hizo una mueca cuando el impacto resonó en su pierna.

El monstruo del bosque se alzaba, acechando cerca, una luz impía brillaba de manera imposible desde la oscuridad en su centro.

Un aullido atravesó el aire a su alrededor, cien veces más real que el sonido que lo había atraído, y Erin Jackson se abalanzó sobre la criatura, hundiendo los dientes y temblando hasta que no fue más que un montón de palos volando por el aire mientras la fuerza de su furia los desalojó.

Gibson luchó por ponerse de pie. El dolor en su pierna no era bueno, una promesa de que caminar no sería un placer, pero no dejaría que Jackson enfrentara a la bestia solo.

Enseñó los dientes ante los restos del monstruo ramita y Gibson medio esperó que comenzara a reformarse. Ambos esperaron, respirando pesadamente y temiendo una manta sobre ambos. Pero nada más atacó.

Aunque Gibson no bajó la guardia, ni siquiera cuando se permitió pasar una mano por el brillante pelaje de Jackson.

La magia los había encontrado una vez más.

CAPÍTULO DOCE

EL PESO de Gibson pesaba sobre los hombros de Erin mientras regresaban tambaleándose al coche. Afortunadamente, había podido quitarse la ropa antes de cambiar de forma, de lo contrario estaría tropezándose desnuda por el bosque, y eso no era divertido en forma humana.

Él gimió y se apoyó más fuerte contra ella, y eso hizo que Erin se preocupara más que nada. Gibson era un viejo lobo duro. Una vez lo había visto recuperarse de una herida de arma blanca. Lo que fuera que hubiera hecho ese monstruo mágico, no podía ser bueno.

¿Y si él...?

No. Ella se negó a pensarlo.

Los llevó de regreso a la camioneta y nunca se había sentido más feliz de ver un montón de chatarra. Gibson cambió su peso y caminó por sus propios medios hacia la puerta del lado del conductor.

«Yo conduciré», dijo ella antes de que su mano tocara la manija.

«Yo puedo manejar». Sonaba más enojado que dolido, un atisbo de brusquedad y gruñido que realmente habría sido suficiente para ella en otras circunstancias.

Bueno, se estaba engañando a sí misma. Todavía lo hacía. Pero estaba sentada en su propio pozo de ira y cuanto más notaba el tinte pálido de la piel de Gibson y las líneas apretadas alrededor de su boca, más enojada se ponía.

Podría haber muerto. Había caminado solo hacia ese bosque, sabiendo que había magia maligna tras ellos, y no la había llamado pidiendo refuerzos.

¿Qué diablos?

Estuvo tentada de decir algo al respecto. Preguntarle si pensaba que de repente ella era incompetente porque había tenido su polla en la boca. Pero Erin mantuvo la boca cerrada. Ese no era el problema entre ellos, y mencionarlo solo perjudicaría a Gibson.

«Déjame conducir, Jericho», su nombre colgaba entre ellos, la promesa de todo lo que podrían ser, si podían encontrar una manera de superar sus propias vacilaciones.

Caminó hasta el otro lado y se deslizó en el asiento del pasajero. El asiento trasero era más grande, lo suficientemente espacioso como para que él pudiera descansar, y ella casi sugirió eso. Pero podía caminar solo y eso significaba que estaba lo suficientemente bien como para decidir

dónde sentarse.

Recogió la bolsa de bocadillos que había soltado afuera del auto una vez que se dio cuenta de que Gibson se había ido, con una atracción innegable que le exigía seguirlo al bosque.

«Tenían una vitrina para teléfonos desechables», dijo mientras se abrochaba el cinturón de seguridad, aferrándose a la normalidad. «Lamentablemente se habían agotado».

«Estaremos en casa pronto», Gibson respiró hondo antes de estirar la mano por encima del hombro para agarrar el cinturón de seguridad y abrocharlo.

Erin no dijo nada, en lugar de eso puso el auto en marcha y salió a la carretera. Podría fingir que todo estaba bien durante unos minutos. Su preocupación por Gibson no disminuyó.

Un bache repentino hizo que Gibson maldijera y doblara la mano sobre el alféizar de la ventana, como si eso pudiera darle alguna ventaja.

Con el corazón en el pecho, Erin condujo el auto por un pequeño camino marcado como Ruta Histórica y estacionó en un estacionamiento sin iluminación que probablemente era para un marcador histórico que no podía ver.

«Estoy bien», protestó Gibson.

Ella se acercó a su lado del auto y le desabrochó el cinturón cuando él no pudo hacerlo. Su aroma masculino mezclado con el olor a madera que los rodeaba la afectaba, pero se negó a reaccionar.

«Vamos, levántate», dijo ella, tratando de sonar profesional, como si estuviera preocupada por cualquier otra persona. «Déjame echarle un vistazo. Ojalá ese monstruo no haya logrado marcarte como lo hizo conmigo». Ella se estremeció ante el pensamiento, la preocupación se transformó de la simple preocupación por las lesiones a algo aún más terrible.

Gibson se puso de pie, con expresión clara de que estaba haciéndole caso. «Estoy bien», prometió. Se giró de un lado a otro, mostrando su rango de movimiento. «¿Quieres que haga saltos?».

Sí. Tal vez. No es que ella fuera a decir eso en voz alta.

«Levanta los brazos otra vez», dijo en su lugar, catalogando mentalmente las partes del cuerpo que él había estado favoreciendo.

Gibson obedeció, haciendo una leve mueca de dolor mientras levantaba el brazo por encima de la cabeza.

«Date la vuelta», le ordenó, mirándolo fijamente.

«Ya lo hice», protestó.

«Por mí». Y si había algo más, algo de lo que definitivamente no estaban hablando en su voz, bueno, Gibson no dijo nada.

Mientras se retorció, su camisa se subió y Erin no pudo evitar estirar la mano y pasar los dedos por la piel expuesta. Gibson dejó de moverse, pero Erin no pudo apartar la mano.

Dejó que sus dedos recorrieran debajo de su camisa y subieran por sus músculos, su piel caliente y viva bajo su mano.

«Erin», susurró Gibson, su voz áspera por la necesidad. Se suponía que uno de ellos era fuerte, debían aguantar.

Ambos seguían fracasando.

Erin se levantó y capturó sus labios con los de ella. Fue un beso hambriento, urgente, sus bocas se fusionaron, desesperadas por compensar todo el tiempo que habían perdido ignorando esta atracción apasionada. Las manos de Erin recorrieron el pecho de Gibson, sintiendo los poderosos músculos tensarse bajo su toque mientras sus manos se enredaban en su cabello, abrazándola.

El corazón de Erin se aceleró, la sangre bombeaba fuerte y rápido bajo su piel, un ritmo salvaje que coincidía con el latido de su deseo, y podía sentir el de Gibson correr igual de rápido bajo su toque.

Tropezaron hacia atrás, un rápido movimiento en la puerta trasera del auto fue suficiente antes de que quedaran extendidos sobre el asiento trasero, con los labios cerrados junto con Erin encima de Jericho, su cuerpo como una cama sólida.

Los dedos de Jericho estaban por todas partes, en su cabello, en la parte baja de su espalda, contra su costado, hasta debajo de su camisa. Erin se retorció debajo de él y pasó las manos por sus costados, sintiendo cada centímetro de su espalda y hombros, sus brazos, su pecho. Piel sobre piel, boca sobre boca, manos moviéndose por todas partes, necesitaba acercarse más.

Las manos de Jericho estaban en su cintura, pero Erin colocó sus propios dedos sobre los de él, deteniéndolo. Había algo más que quería, algo que necesitaba, incluso en los estrechos confines del coche.

Ella se deslizó hacia abajo, su dedo abrió el botón de sus jeans y tiró de su cremallera antes de bajar ligeramente sus bóxers.

Dios, su polla era algo hermoso, larga y dura, la punta coronada con una humedad brillante que hablaba de su excitación. Las venas corrían a lo largo y la piel se sentía suave y sedosa cuando pasaba los dedos por ella. Ella sabía exactamente lo que quería y lo tomó, chupándolo, sus labios alrededor de su eje, su lengua trabajando al ritmo de sus movimientos.

Jericho gimió, su cuerpo arqueándose hacia ella mientras presionaba más profundamente en su boca. Erin lo soltó el tiempo suficiente para tomar aire antes de regresar por más, lamiendo y provocando su sensible cabeza. Sus caderas se sacudieron en respuesta a cada movimiento, presionando su ya dura polla aún más en su boca hasta que no quedó nada más que placer pulsando a través de ambos. Él se tensó, sus manos fueron hacia su cabello y tiraron ligeramente. Estaba cerca y ambos necesitaban más.

Pero Jericho se apartó, dejándola a sus pies, con los labios hinchados y el cuerpo ardiendo.

«Quítate los pantalones y sube aquí», exigió, las palabras casi demasiado ásperas para entenderlo.

Esta no era la primera vez que Gibson estaba en el asiento trasero de una vieja camioneta, pero todos sus recuerdos se esfumaron hasta tal punto que lo único que existía para él era Erin.

Nada nuevo realmente.

Y con su polla goteando y exigiendo más, sería muy fácil ponerla encima de él y entrar en su apretado calor hasta que nada los separara.

Pero necesitaba probarlo.

Los ojos de Erin se abrieron con emoción cuando él emitió su orden, y Gibson saboreó el momento. Observó con anticipación cómo ella se bajaba los pantalones y las bragas, exponiéndose a su mirada hambrienta. Su propia polla se movió en respuesta y un gruñido bajo salió de él. Se contuvo, presionando las manos contra la puerta del auto y tratando de mantener la calma.

Entonces, Erin estaba encima de él, sus ojos ardían de deseo. Sus manos se movieron hacia la parte posterior de su cabeza, empujando ligeramente, haciéndole saber lo que quería, lo que ambos necesitaban.

Él se deleitó.

Las manos de Gibson se movieron hacia sus caderas, luego la acercaron a su boca, su lengua presionó contra su sexo, su sabor explotó contra él.

Este era el verdadero propósito de Gibson, lamer y chupar a Erin hasta que ella gimiera sobre él, su cuerpo retorciéndose y presionándose contra él, tratando de obtener todo el placer que pudiera. Su propio deseo estaba a punto de desbordarse, pero lo contuvo, queriendo darle todo antes de tomar algo para sí mismo.

Ella jadeó cuando su lengua rodeó su clítoris y él gimió dentro de ella cuando el sonido lo atravesó. Sus dedos se clavaron en sus caderas mientras continuaba adorando su cuerpo con el suyo, provocando cada sensación hasta que ella temblara de maravilloso placer.

Podía sentir cómo la tensión en ella crecía y sabía que en cualquier momento ella caería al borde del éxtasis.

Gibson cambió ligeramente de posición y metió dos dedos profundamente en su centro. Esto envió a Erin al límite y gritó su nombre.

Aun así, no fue suficiente. Necesitaba sentir su calor apretado envolviéndolo, necesitaba que ella entendiera que nadie más podría compararse con esto. Su pulgar encontró su clítoris y lo frotó mientras ella gemía contra él.

Tuvo que alejarse, lo suficiente para darle un segundo para respirar, sin importar cuánto quisiera seguir tocándola. Tenía los ojos cerrados y estaba tratando de recuperar el aliento.

Pero no habían terminado, ni mucho menos.

«Erin», dijo, con voz ronca y profunda. Saboreó las sílabas, la forma en que ella era suya en ese momento, que él era suyo en formas que no podía comprender y se negó a darse por vencido.

Ella abrió los ojos y se encontró con su mirada.

«Necesito follarte». No estaba rogando, todavía no, pero su mano estaba alrededor de su

polla y la ansiaba.

«Dios, sí», ella se arrastró encima de él y capturó sus labios con los suyos.

Entonces sus caderas estuvieron allí y él guió su polla hasta su entrada, gimiendo mientras se deslizaba dentro de ella.

Cerró los ojos, saboreando el momento, saboreando la sensación de estar finalmente en casa. De tenerla una vez más. Ella encajaba perfectamente contra él y Gibson no sabía cómo podría renunciar a esto, no después de conocer finalmente su gusto, su tacto. No después de la forma en que había escrito su nombre en su alma.

Ella lo montó, sus cuerpos hambrientos el uno del otro. Y en poco tiempo, Erin estaba jadeando de nuevo, su cuerpo se agitaba alrededor de él mientras se corría, el orgasmo la desgarraba.

Gibson no pudo hacer nada más que seguirla, su cuerpo surgió dentro de ella y se vació.

Podría haber muerto feliz allí, con Erin en sus brazos en su pequeño tramo de carretera, lejos de los demás. Él se aferró a ella, sin querer soltarla, incluso sabiendo que tenían que continuar su viaje.

Fue algo lento volver a ponerse la ropa y limpiar sus cuerpos lo mejor que pudieron. Gibson no pudo obligarse a salir del asiento trasero, como si esa fuera la confesión final, el último momento que realmente podrían tener.

Con la blusa y los pantalones en orden, Erin se sentó a su lado. Ella lo miró por un momento antes de apartar la mirada. Pero luego ella extendió la mano y tomó la de él, entrelazando sus dedos.

Uno de ellos tenía que decir algo y él era el oficial. «Esto es...».

«No», Erin lo interrumpió. «Pronto estaremos en Nueva York. Podremos...», interrumpió la frase en lugar de completarla.

La vida los estaba esperando allí. Tenían el tanque lleno de gasolina y estarían en casa a medianoche si salían ahora mismo. En lugar de eso, Gibson tiró del brazo de Erin y la acercó, hasta que estuvo a horcajadas sobre él, completamente vestida, pero todavía cerca, todavía perfecta.

La besó de nuevo, poniendo su corazón en ello y confesándole todas las palabras que no podía decir. Se perdió en eso, su corazón latía con fuerza cuando Erin gimió y le devolvió el beso, sus dedos se enroscaron en su cabello y lo sujetaron con fuerza.

Quería mantenerla allí toda la noche, pero al poco tiempo el aullido de un camión que pasaba los sobresaltó a ambos, y miraron hacia la carretera, apenas visible en el camino oscuro que conducía al estacionamiento.

«Deberíamos irnos», dijo Erin, aunque no intentó moverse.

Él pasó su mano por su columna una vez más, memorizando la sensación de ella, temiendo que esta pudiera ser su última vez de probarla. Así que la besó de nuevo, por si acaso.

«Yo conduciré», dijo él, poniendo tanto alfa en las palabras como pudo.

Ella se rió y se deslizó, besándolo en la frente. «Ya quisieras».

Ella ocupó el asiento del conductor y Gibson no discutió. Y mientras el auto atravesaba la oscura noche, las preocupaciones en las que no había estado pensando comenzaron a surgir.

¿Cómo lo había encontrado la magia si le habían quitado la marca de la espalda a Erin?

Estuvo a punto de decir algo, pero decidió guardar silencio. Mientras estuvieran atentos, estaría bien. No había necesidad de agobiar a Erin con más preocupaciones.

Pero se le revolvió el estómago a medida que pasaban los kilómetros.

CAPÍTULO TRECE

UN BOSTEZO SALIÓ de la boca de Erin mientras conducía hacia la oscuridad, el auto desviándose ligeramente hacia la derecha. Ella no tiró del volante. Con el tamaño del vehículo, temía que eso pudiera enviarlos a una zanja en el lado opuesto de la carretera. No habían adelantado a ningún coche desde hacía al menos veinte minutos. Pero ahora estaban en Pensilvania, cada vez más cerca de la ciudad de Nueva York.

Sus faros atravesaban la oscuridad, los árboles a ambos lados de la carretera se cernían sobre ellos como extraños centinelas. El único ruido era el de una emisora de radio con estática, además del hipo del motor. Gibson estaba en silencio en el asiento del pasajero.

Y tenía que ser Gibson. No Jericho. Cuanto más se acercaban a casa, más segura estaba de que debía dejar ese nombre atrás.

Ella bostezó de nuevo.

«Creo que estamos bastante cerca de la granja», dijo, rompiendo el silencio entre ellos. Gibson poseía una propiedad en la zona rural de Pensilvania que era perfecta para que la manada corriera en su forma de lobos. Iban allí varias veces al mes. Y, quizás lo más importante, es que allí había camas. Ella y Gibson podrían dormir, reagruparse y luego terminar su viaje por la mañana.

Gibson gruñó y por un segundo pensó que esa sería la única respuesta que obtendría. Pero luego asintió. «Suena bien. Me vendría bien dormir».

Gibson miró las direcciones en su mapa y Erin tenía razón en su estimación. Unos treinta minutos más tarde estaban entrando en el pequeño pueblo que era poco más que una gasolinera, una pizzería y un montón de grandes granjas. Si tuvieran un teléfono celular, Erin habría llamado con anticipación para hacer el pedido. En cambio, se detuvo en el estacionamiento de la pizzería y envió a Gibson adentro para ordenar en el mostrador.

La separación era necesaria. Erin necesitaba poner espacio entre ellos, recordarse a sí misma que ella era su propia persona y que era perfectamente capaz de sentarse en un auto durante quince minutos sin nadie más a su lado.

Pero afuera estaba oscuro, incluso con la brillante luz de la luna. En las sombras, se sentía muy nerviosa. ¿Había magos oscuros por ahí? ¿Vendrían por ella? Sus temores habían ido

creciendo con cada kilómetro de su viaje. Todavía estaba conmocionada por el ataque a Gibson y estaba tratando de no demostrarlo. Si él podía ser fuerte, ella también.

Cuando él regresó al auto, ella desterró esos pensamientos a lo más profundo de su mente. No tenían lugar aquí.

La pizza olía bien y rugió su estómago. Cuando llegaron a la granja, ni se molestaron en sacar los platos. En lugar de eso, colocaron la caja sobre el mostrador y en cuestión de minutos acabaron con ella, devorándola como personas muy hambrientas.

La comida la hizo sentir un poco más humana, o un poco más... ¿cambiaformas? A Erin no le gustaba perder mucho tiempo considerando las implicaciones de que su forma de lobo tenía en su humanidad. Fuera lo que fuese, ella seguía siendo una persona.

«Me vendría bien una ducha», dijo, tomando una servilleta y limpiándose un poco de grasa de los dedos.

Gibson cerró la caja vacía. «Voy a intentar llamar a alguien en la ciudad para informarles lo que está pasando».

En la ducha, Erin dejó que el agua caliente corriera por su cuerpo hasta que estuvo rosada y casi quemada. Se sentía bien, tal vez demasiado bien. La presión del agua en la granja era excelente y sin el resto de la manada allí, no se iba a quedar sin agua caliente.

Pero mientras el agua caía en cascada por su cuerpo, era muy fácil recordar la sensación de las manos de Gibson sobre su piel, sus labios presionados contra los de ella. Sus dedos recorrieron su cuerpo, provocando sus partes más sensibles hasta que apartó su mano.

No. Ella no estaba haciendo eso aquí.

El viaje casi había terminado. Ella y Gibson tenían que volver a ser... lo que se suponía que debían ser. Él no podía ser su Pareja. No importaba cuánto insistiera su lobo interior, eso era exactamente lo que él era para ella.

Bajó la temperatura, tal vez como un poco de autocastigo, y rápidamente terminó de ducharse.

Como la manada venía aquí con frecuencia, todos dejaban algo de ropa en las habitaciones de invitados, y Erin pudo ponerse un par de sudaderas que le quedaban bien y una blusa vieja que pensaba que había perdido en la lavandería.

Estuvo tentada de meterse en la cama y esconderse hasta la mañana. Si no salía a hablar con Gibson, no había forma de ceder a la tentación.

Pero ella nunca había sido una cobarde.

Cuando salió de la habitación de invitados, encontró a Gibson de pie con un par de pantalones chándal bajos y nada más. Tuvo que morderse la lengua para evitar emitir un sonido y mirar intencionalmente a la pared por encima de su hombro para evitar comérselo con los ojos.

Era un monstruo. Un demonio. Tal vez un íncubo, presente para tentarla. Pero fuera lo que fuera, realmente no era justo que él pudiera quedarse ahí y verse así, y se suponía que ella no debía tocarlo.

«Pensé que podríamos salir a correr», sugirió. «La luna brilla esta noche».

Una carrera. Sí. Eso era exactamente lo que ella necesitaba.

Había algo de rutina en bajar las escaleras hacia donde la puerta corrediza de vidrio daba al patio trasero con el bosque más allá. Gibson lo había configurado con un sensor, para que pudieran cerrar la puerta detrás de ellos y volver a abrirla incluso cuando estuvieran en sus formas de lobo. Ella decidió moverse mientras todavía estaba dentro, usando la privacidad de una de las habitaciones de invitados de la planta baja para evitar que él la viera desnuda. Por supuesto, ya había visto el programa antes. Pero en ese momento, Erin tenía que hacer todo lo posible para proteger su corazón.

Se encontró con Gibson afuera y se tomó un momento para admirar la gracia de su forma de lobo. Eran un poco más grandes que los lobos naturales, pero esa era la única diferencia. Gibson se puso de pie como si hubiera nacido lobo, la forma era tan natural en él como cualquier otra cosa.

Salieron corriendo y Erin conocía este juego. Había un arroyo a través del bosque, a aproximadamente un par de kilómetros de distancia, y a ella y a sus compañeros de manada les encantaba correr por ahí. Las piernas de Gibson eran más largas que las de ella y podía devorar la distancia como si nada, pero ella era rápida y estaba justo detrás de él. Ella lo alcanzó y dejó escapar un ladrido de placer cuando el arroyo apareció a la vista.

Luego, un cuerpo pesado la abordó y ella rodó hacia un lado, golpeando un trozo de barro y gruñendo a Gibson que se alejaba cuando llegó primero al arroyo y ganó la carrera. Erin volvió a ponerse en pie y se sacudió, dejando volar el barro.

Le gruñó a Gibson y dio un paso amenazador hacia adelante. Él era más grande que ella y más fuerte también, y eso era tan cierto en sus formas de lobo como en sus formas humanas.

A ella le importaba un carajo. No podía hacer trampa y ganar.

Erin se abalanzó sobre él, chasqueando los dientes juguetonamente y burlándose de él hasta que la vio.

No era una pelea, en realidad no. Pero eran lobos. Y la línea entre jugar y pelear siempre era muy delgada. Podía sentir sus dientes en su pelaje y eso le dio ganas de reír, incluso si no tenía la estructura física para eso en ese momento.

Podrían haberse quedado así toda la noche, luchando por el dominio en un juego que realmente no contaba. Gibson era el alfa, ambos lo sabían. Pero por el momento eran iguales.

Un olor flotó a través del bosque y ambos se congelaron, mirando hacia el camino donde la luz de la luna iluminaba a un orgulloso ciervo, con sus astas brillando a la luz de la luna.

No había necesidad de hablar. Gibson se fue, Erin pisándole los talones. Corrieron por el bosque y el macho se dio cuenta al poco tiempo. Podían derribar a la bestia, sus instintos lobunos les pedían a gritos que lo hicieran.

Pero el ciervo tuvo suerte. O él conocía algún truco del bosque, o posiblemente ella y Gibson simplemente no habían sido lo suficientemente dedicados, porque en poco tiempo el animal

desapareció, y solo estaban ellos dos demorándose en el borde de la granja.

Erin no podía sentirse decepcionada. Todavía estaba saciada por la pizza y no había necesidad de traer muerte y destrucción a una familia de ciervos esa noche.

Lentamente, ella y Gibson regresaron a la entrada de la granja y entraron, pasando de lobo a humano lo más rápido posible y cada uno de ellos se puso las batas de baño que guardaban justo al lado de la puerta dentro de la casa para no permanecer desnudos por mucho tiempo.

Erin sabía que no debía mirar a Gibson. Incluso en bata de baño, sería la tentación personificada.

El aire estaba cargado entre ellos, como si un velo de deseo colgara en el espacio que separaba sus cuerpos. Inexorablemente, la mirada de Erin se dirigió a Gibson, su corazón latía como tambores de guerra en su pecho.

No haría falta nada para acortar la distancia entre ellos y capturar su boca con la de ella. Todavía podía sentir la huella de sus dedos en sus muslos, recordaba la forma en que su boca se había movido mientras ella se sentaba sobre él.

«Buena carrera», se obligó a decir ella las palabras prácticamente impersonales. «Me voy a la cama». No añadió que iría sola, pero eso era bastante obvio.

Había muchas habitaciones de invitados en la casa, pero Erin eligió la de arriba y trató de no pensar demasiado en ello. Gibson era el único miembro de la manada con una habitación permanente, y Erin fácilmente podría poner más distancia entre ellos tomando una de las habitaciones de invitados de la planta baja.

Pero no lo hizo.

Se puso el pijama y se metió debajo de las sábanas, envolviéndola con más fuerza, incluso si hacía demasiado calor. Sin Gibson a su lado, la cama vacía se sentía casi intolerable, como si no hubiera estado durmiendo sola en una cama durante mucho tiempo. Se agarró con más fuerza a la manta y trató de fingir que era el brazo de Gibson.

No había forma de fingir. Él era un muro sólido estando con ella, el tipo de presencia que no podía ser ignorada. O replicada.

Erin cerró los ojos con fuerza, tratando de obligar a su cuerpo a dormir.

Estaba en una cama cómoda, por lo que básicamente estaba a salvo. Y, sin embargo, le resultaba más fácil dormir cuando estaba atada y prisionera que cuando estaba a tres metros de distancia de su Pareja.

En la oscuridad de su dormitorio, no podía ignorar quién era él para ella. No podía ignorar la forma en que su cuerpo gritaba por él y el casi imposible de ignorar el tirón que la quería para cruzar la casa e ir a su dormitorio donde podría dormir en sus brazos. Eso era todo lo que necesitaba, dormir. Nada más.

Erin se quitó las mantas y se sentó, juntando sus rodillas y agarrándolas mientras se apoyaba contra la pared y apretaba los dientes ante la necesidad de ir con Gibson. Ella estaba bien. Era una adulta. Podría dormir sola. Y si no podía dormir, podía quedarse sentada en la habitación

hasta la mañana y sufrir en silencio.

El plan no le atraía. Realmente no quería hacerlo. Deseaba tanto a Gibson que tuvo que luchar contra las lágrimas mientras su cuerpo intentaba obligarla a salir de la cama. Su mente tenía que ser más fuerte. Uno de ellos tenía que ser fuerte. Uno de ellos tenía que poner el límite y negarse a cruzarlo.

Necesitaban hablar de esto. Al amanecer, regresarían a la manada, a su antigua vida. Y tenían que descubrir cómo harían eso después de todo lo que había pasado entre ellos.

Un sonido le hizo cosquillas en los oídos y los latidos de su corazón se aceleraron, pensando que Gibson vendría a buscarla. Pero era solo el sonido de la televisión en la otra habitación, en la sala.

«A la mierda», Erin se levantó de la cama y se dirigió a la sala de estar, donde vio a Gibson sentado en el sofá, con el control remoto en la mano y el televisor sintonizado en algún reality show de competencia.

«¿No podías dormir?», ella preguntó.

Él se encogió de hombros. «Algo como eso».

Erin vaciló por un momento. Todavía podía volver a su habitación. Podría tomar una copa en la cocina y fingir que por eso había salido. O quizás pedirle a Gibson que bajara el volumen. Eso no era lo que ella quería. No podía tener lo que realmente quería. Pero podría tener una pequeña imitación, el refresco dietético del anhelo emocional.

Se sentó en el sofá, con cuidado de dejar un cojín entero entre ellos. Intentando concentrarse en el programa de TV, juzgando los ingredientes que uno de los chefs estaba usando como si tuviera algún tipo de habilidad en la cocina, pero era una batalla perdida. La atracción magnética entre ella y Gibson era algo con lo que tenía que luchar físicamente, incluso cuando encontró que su cuerpo se inclinaba cada vez más cerca hasta que rozó su brazo.

«Erin...», él murmuró suavemente, su aliento rozando su oreja.

Erin dejó escapar un suspiro tembloroso. «Por favor, no lo hagas». Ella no sabía qué más decir.

Pero Gibson se recostó en el sofá y no hizo ningún otro movimiento. Después de un momento, él extendió la mano y tomó la de ella, apretándola suavemente, ofreciéndole el contacto que ella no podía evitar necesitar incluso cuando sabía que debía luchar contra él.

El cansancio pesaba sobre ella y se encontró relajándose en Gibson, su cabeza lentamente encontrando su camino hacia su regazo, donde él rozó ligeramente sus dedos contra su cabello. Sus párpados se volvieron pesados y se quedó dormida, arrullada por la constante presencia de Gibson.

Si soñó, no supo de qué se trató.

Lentamente recuperó la conciencia, su cuerpo un poco demasiado caliente y en una posición extraña, pero con la reconfortante presencia de Gibson justo a su lado.

Sabía que debía alejarse, levantarse y poner el mayor espacio posible entre ellos, físico y

emocional. Pero Erin estaba cómoda, incluso si sentía un ligero dolor en el cuello y quería volver a quedarse dormida.

Podría haberlo hecho, excepto que Owen Myers irrumpió por la puerta principal y, cuando los vio, comenzó a maldecir a cántaros.

CAPÍTULO CATORCE

GIBSON NO PODÍA ESCONDERSE en su habitación toda la mañana. Podía oler el café recién hecho y escuchar el murmullo de voces que se convertía en un rugido y menguaba cada pocos momentos. Si fuera propenso a imaginar cosas, podría pensar que estaba en un restaurante en lugar de en su granja.

Pero no, no era así. Toda la manada había llegado.

Owen era su vanguardia, despertando a Gibson y Jackson con sus alegres maldiciones. Y Gibson estaba tratando de no pensar en la sonrisa de complicidad que Owen le había lanzado antes de que Gibson se retirara para vestirse.

La compañera de Owen, Stasia, había venido con él, al igual que su hermana, Em, y Andre, la pareja de Em. Y unos minutos más tarde, todos los demás se habían agrupado. Vi y Rowe, Vega y Kerry, y finalmente, Hunter, el único lobo soltero de la manada.

No. Gibson negó con la cabeza. No estaba emparejado. Jackson no estaba emparejada. Hunter no era el único.

Mentiroso.

Se apoyó en su cómoda y agarró el borde con tanta fuerza que temió romperlo. Gibson no estaba emparejado. Erin, es decir, Jackson no era suya. Y ahora toda la manada estaba nuevamente reunida y tenían que volver a ser como siempre.

Amigos. Compañeros de trabajo. Profesionales.

Lo odiaba.

Quería dejar su marca en ella para que todos la vieran, proclamar al mundo que Erin Jackson era suya y él era suyo y que nadie podía separarlos. El instinto era tan fuerte que tuvo que reprimir un gruñido. Podría haber preguntado a los demás de la manada si lo que habían sentido era algo parecido a esto, pero no podía.

Tenía que liderar.

Y ya no había más escondites.

Jackson salió de la habitación de invitados al lado de su dormitorio en el mismo momento que lo hizo él y sus miradas se encontraron. Compartieron una sonrisa irónica antes de que ella asintiera por el corto pasillo hacia la cocina.

Se habían terminado las vacaciones. Si una misión de rescate que implicaba ser perseguido por brujas malvadas contara como vacaciones.

Ahora que Jackson estaba de regreso y oficialmente a salvo, era como si se hubiera quitado un gran peso de encima. Todos sonreían, la pesada nube de tensión se había disipado y ya no existía la sensación de fatalidad de que pudieran llegar malas noticias y destrozarlos en cualquier momento.

Mientras Jackson se dirigía a la cocina, Gibson casi extendió la mano. Quería pasar los dedos por su espalda, recordarse a sí mismo que ella estaba allí, que era suya y que todo estaría bien.

Pero ella no era suya y Gibson mantuvo las manos quietas.

El ruido se calmó hasta convertirse en un rugido sordo cuando se unieron, y Owen le lanzó a Jackson una sonrisa, moviendo las cejas. Esa necesidad de gruñir volvió, pero Gibson la reprimió. Tomar a Owen por el cuello y exigirle que mostrara un poco de respeto solo empeoraría las cosas.

Y confirmaría lo que todos pretendían no saber.

«Si querías unas vacaciones, Jackson, simplemente podrías haberlo dicho», dijo Owen, ignorando las dagas mentales que Gibson le lanzaba. «No había necesidad de ser tan dramática».

«Supongo que no podemos ser tan molestos como para que las brujas malvadas se nieguen a mantenernos cautivos», respondió Jackson mientras tomaba una taza de café y le servía una taza a Gibson antes de prepararse una para ella.

Eso hizo reír a Owen, Andre y Rowe. Kerry era el miembro más nuevo de su manada y había estado estrechamente involucrada en la operación en la que secuestraron a Owen. Y fue el propio secuestro de Kerry lo que condujo al de Jackson. Su rostro estaba cuidadosamente educado para la neutralidad.

Vi no estaba sonriendo, no del todo, pero le puso los ojos en blanco a su compañero cuando dijo algo en voz baja.

Gibson se alegró de que estuvieran todos allí. No importaba su frustración anterior, no importaba que quisiera pasar tanto tiempo como fuera posible a solas con Jackson. Estas personas eran su familia, personas que él no había elegido del todo pero que se habían mantenido unidos a través de una mierda sumamente extraña y lograron salir adelante.

Si iba a la guerra, no podía esperar un ejército mejor.

Hunter le dedicó una sonrisa tensa y se puso de pie. «Si vamos a pasar el rato aquí, necesitamos algo de comida», dijo. «Puedo hacer una carrera». Normalmente era su responsabilidad recoger la pizza, y Gibson sabía que Hunter se ponía un poco irritable entre la gran multitud.

«Iremos contigo», se ofreció Kerry, agarrando la mano de Vega.

Bryan Vega se encogió de hombros.

Bien. Gibson no quería que nadie de su manada estuviera solo en ese momento, no hasta que la amenaza contra ellos fuera neutralizada. Pero su estómago gruñó y Hunter tenía razón.

Hubo gritos afables del resto de la manada pidiendo comida que todos sabían que la pequeña tienda de comestibles de la ciudad no tenía en absoluto. ¿Dónde podrías conseguir cecina de cocodrilo en la zona rural de Pensilvania?

Jackson tomó el asiento que dejó Hunter y Gibson tomó el de Vega, dejando una silla vacía entre ellos. Era lo mejor, necesitaban espacio.

«Danos un resumen de lo que pasó cuando te llevaron», le dijo Gibson a Jackson, siendo la orden un poco más concisa de lo necesario. Pero no podía modular su voz, no si no quería poner todo su corazón en ello.

«Sí, ¿dónde encontraste esa vieja camioneta?», Owen preguntó, «Estoy bastante seguro de que es mayor que yo. Demonios, podría ser mayor que Gibson».

Gibson no le hizo caso. «Empieza por el principio». Él y Jackson habían estado tan concentrados en llegar a casa... y otras cosas... que ella no le había dado mucha información. Ahora, con la mayor parte de la manada reunida, había llegado el momento de hacerlo.

Jackson agarró con fuerza su taza de café y miró fijamente la superficie de la bebida. Gibson tuvo que cerrar el puño debajo de la mesa para evitar extender la mano y ofrecerle consuelo.

Su lengua salió disparada para lamer sus labios y comenzó. «Estábamos en la misión de recuperar a Kerry. Me golpearon con algo que me dejó inconsciente. No lo sentí como un arma. ¿Quizás un hechizo?», miró a Vi, quien asintió ante la posibilidad. «Entonces me desperté en un barco. Intenté escapar una vez, pero había al menos cuatro hombres que me mantenían cautiva. Uno de ellos tenía este dispositivo y podía controlarme con él».

Owen hizo un ruido bajo con la garganta y todos lo miraron. «Vimos algo así con el hermano de Stasia. Tenía una cosa que le permitía controlar a los cambiaformas. Controlarnos a nosotros».

Jackson asintió. Su rostro estaba en blanco, su tono era uniforme, pero Gibson podía sentir la tensión que emanaba de ella y no había manera de aliviar el dolor.

«La siguiente vez que me desperté, estaba sola. Logré escabullirme del barco y nadar hasta la orilla. Robé un auto y llamé a Gibson. Él vino a buscarme».

«¿Y a nadie se le ocurrió llamarnos?». Sorprendentemente, eso venía de Andre, quien normalmente mantenía la calma.

Jackson no respondió a eso.

«Aquí es donde necesitamos la ayuda de Vi», dijo Jackson, explicando sobre la marca en su espalda y sus dificultades con los teléfonos. «Creo que pude llamar a Gibson porque todavía estaba cubierta de agua salada. Recuerdo que dijiste algo sobre esa magia disruptiva. ¿Te suena?».

Vi frunció los labios y pensó por un momento. «Podría ser. O necesitaban hacer algo para activar el hechizo y aún no se habían dado cuenta de que te habías ido. Un hechizo como ese requiere una buena dosis de poder para mantener la conexión o restablecerla si se rompe. Nunca escuché a nadie tan audaz para usarla. Por lo general, usarías henna, o tal vez carbón si no fuera

necesario que durara mucho».

«Nos encontraron nuevamente después de que quitamos la marca». Gibson todavía podía sentir la sombra opresiva de esa cosa presionándolo. Odiaba la maldita magia. «¿Algunas ideas?».

«¿Te importa si te reviso?», le preguntó Vi a Jackson. «Puede que haya algo que te perdiste».

Jackson se levantó y Vi la siguió hacia la habitación de invitados. Gibson duró cinco segundos antes de seguir las, dejando a Owen, Andre, Rowe, Stasia y Em en la mesa para compartir miradas de complicidad.

Gibson tuvo que ignorar eso. Haría esto por cualquiera en su manada.

Se deslizó hacia la habitación de invitados detrás de Vi y cerró la puerta mientras Jackson le quitaba la blusa y el sujetador, mostrándole la espalda a Vi. Allí no había nada más que piel suave, ni siquiera un atisbo de la marca que los había perseguido.

Vi levantó una mano y ésta brilló débilmente. «Voy a tocarlo», advirtió a Jackson.

Gibson reprimió un gruñido. Vi era su bruja. Ella era la Pareja de Rowe. Se podía confiar en ella.

Pero la magia ya había dañado a Jackson una vez.

Vi colocó sus dedos sobre el hombro de Jackson y esta se estremeció. El gruñido se escapó y Gibson dio un paso adelante. Pero en lugar de perturbar a Vi, todo lo que hizo fue tomar la mano de Erin. Ella le lanzó una pequeña sonrisa, y eso hizo algo para calmar a su lobo.

Vi no dijo nada, pero la bruja lo vio todo. Por el momento, a Gibson no le importaba.

La bruja emitió un zumbido y pasó los dedos por el área donde había estado la marca. No podía estar segura, pero ella parecía delinearla exactamente.

No es una gran señal.

«Hay algo aquí», murmuró Vi. «Es débil, pero hay un susurro de una conexión. Voy a necesitar hacer un hechizo para rastrearlo hasta su origen y cortarlo».

«Sí, hazlo». La voz de Erin tenía un toque de desesperación. «Ahora, por favor».

Vi hizo un sonido de disculpa. «Primero necesito conseguir algunos suministros. Puede que sean caros». Eso era dirigido para él.

Gibson asintió. «Cualquier cosa que necesites».

Ella le dio unas palmaditas en el hombro a Jackson. «Necesitamos hacerlo pronto, antes de que la conexión se fortalezca nuevamente». Soltó a Jackson y salió de la habitación.

Gibson enseñó los dientes. Ninguna bruja malvada iba a tocar a Erin. Los destrozaría antes de que se acercaran a ella.

CAPÍTULO QUINCE

¿CUÁNDO SE HABÍA VUELTO TAN pequeña la habitación? Erin estaba bastante segura de que las paredes se estaban cerrando. Incluso el algodón de su camisa elástica amenazaba con apretarla hasta que no pudiera moverse. El aire a su alrededor era demasiado pesado, como si estuviera respirando a través de una espesa capa de smog que se había extendido sobre la habitación.

Gibson puso una mano sobre su hombro y el calor de su toque irradió hasta lo más profundo en su piel, donde los dedos mágicos de Vi habían dejado una huella invisible sobre la marca mágica descolorida. «Ella arreglará esto», dijo Gibson, con voz llena de tranquilidad. «No hay ninguna bruja en la que confiaría más».

Erin se volvió hacia él y su mano se apartó. «Porque conocemos a tantas brujas». Todas las brujas que conocían eran por Vi, no es que fuera algo malo. Erin confiaba en ella. Vi era tan parte de la manada como cualquiera.

Pero los nervios la estaban afectando.

«Puedo cazar a Glinda la Buena, si quieres. Nadie más te pondrá las manos encima». Hubo una pausa después de que él lo dijo.

Erin dejó pasar un momento. «Y si quisiera eso...», no era una gran pregunta. Ella no era lo suficientemente valiente como para pedirlo realmente.

«Entonces supongo que iremos a Oz». Sus ojos se encontraron. Miradas cruzadas. Los ojos azules de Gibson ardieron en la penumbra de la habitación.

Respiró hondo, su piel hormigueaba levemente, tanto por la magia como por la intensidad de Gibson. «Eso no es lo que quise decir».

Gibson extendió la mano y le levantó la barbilla. Le pasó el pulgar por los labios y eran tan sensibles que la hizo temblar. Erin cerró los ojos, saboreando la sensación. Ella se inclinó hacia él, la tensión entre ellos era tan espesa que apenas se podía respirar.

Podía sentir el calor de su cuerpo, oler el leve aroma del jabón mezclándose con su aroma natural. Abrió la boca para hablar, pero no encontró las palabras para decir más.

Quería besarlo más que su próximo amanecer. El deseo corrió por sus venas, impulsándola a acercarse a él. No haría falta nada para inclinarse y capturar sus labios con los de ella. Recordó su sabor, la forma en que su lengua se sintió cuando se enredó con la de ella, la forma en que

podía iluminar su cuerpo hasta convertirla en un infierno de felicidad.

Pero ya no se besarían más. Ella no necesitaba una conversación para saber eso.

Erin dio un paso atrás.

Si empezaba a besar a Gibson, no pararía. Especialmente no con una cama convenientemente a medio metro de ellos. No haría falta nada para rodearlo con sus brazos y volver a caer en el colchón, dejando que su ropa cayera en el camino. Le dolían los brazos por rodear su cuello y caer en la cama y dejar que las preocupaciones y los arrepentimientos quedaran en el camino, al menos hasta la mañana.

Su cuerpo se tensó de deseo, y por la respiración entrecortada de Gibson, él también lo supo.

Si la manada no estuviera justo afuera, Erin dejaría de lado la precaución.

Solo si.

«Quiero que vayas con Vi a buscar los suministros», dijo Gibson, muy serio, como si no estuvieran a un paso de chocar entre sí.

«Estoy más segura aquí». *Contigo.* Esa parte no fue lo suficientemente valiente para decirla. Pero la granja de Gibson tenía su propio tipo de magia, aunque no era sobrenatural. Era del tipo que surgía de la absoluta certeza de que nadie los molestaría mientras este lugar perteneciera a Gibson.

Pero incluso eso era una fachada.

«Estás más segura con una bruja», la voz de Gibson se volvió firme. «Tu presencia aquí podría poner al resto de la manada en peligro si nos descubren. Vi puede protegerte».

«Yo puedo protegerme», la ira estalló ante la idea de que necesitaba protección.

«¿Es eso así?». Un desafío subyacía en sus palabras.

«Yo misma bajé de ese barco, ¿no? No hubo ayuda en eso. Ni siquiera cuando...», ella reprimió los recuerdos que amenazaban con inundarla, cosas que preferiría no considerar. «Yo sola me encargué de eso».

«Ve con Vi», ordenó Gibson, con voz firme como el acero. No había más remedio. No era necesario que lo hubiera.

Salió pisando fuerte de la habitación y Erin se quedó, solo por unos segundos más. Necesitaba orientarse. Pero por mucho que quisiera esconderse, no lo permitiría. Ella no se escondía, ni de Gibson, ni de nadie.

Vi estaba esperando en la parte delantera de la casa, frunciendo el ceño ante la camioneta oxidada. «No estoy segura de cómo esa cosa llegó hasta aquí sin desmoronarse».

Erin pasó un dedo por el capó. «Es más fuerte de lo que parece. Nos sobrevivirá a todos».

Vi se rió. «Ahora estoy segura de que te has vuelto loca. ¿Necesitas algo más?».

«Gibson quiere que vaya contigo». No miró hacia la casa y trató de mantener el tono sereno. Todo estaría bien.

Vi se encogió de hombros y asintió hacia su sedán negro. «Entonces vámonos. Es temprano, pero el lugar deberá estar abierto. A su clientela realmente le gusta madrugar».

«¿Entonces esto no es una guarida de vampiros o algo así?», las sorpresas del mundo mágico eran interminables y, en cierto momento, Erin había decidido seguir adelante.

Eso provocó otra risa en la bruja. «¿Vampiros? No. Básicamente, todo lo contrario, en realidad».

Erin reflexionó sobre lo que eso podría significar mientras se deslizaba en el asiento del pasajero del auto de Vi. La música de una estación local fue su banda sonora durante el viaje. Era diferente que con Gibson, principalmente la falta de atracción hirviendo que amenazaba con salir a la superficie en cualquier momento. Pero Vi sabía compartir un silencio y Erin lo agradeció.

Después de aproximadamente media hora, llegaron a un estacionamiento. «¿Es aquí?», Erin miró fijamente el edificio, preguntándose si se estaba perdiendo algo. «¿Una tienda de antigüedades? ¿Cómo es esto lo opuesto a los vampiros? ¿Son reales los vampiros?».

Vi le lanzó una mirada como si Erin estuviera loca por preguntar eso, y puso los ojos en blanco cuando quedó claro que Erin lo decía en serio. «Sí, por supuesto. Y a las personas mayores les encantan estas cosas. Son lo opuesto a los vampiros».

Erin no estaba segura de que eso tuviera sentido, pero ¿quién era ella para discutir? «Entonces, ¿hay una tienda de magia secreta en la parte de atrás? ¿Un portal? ¿Por qué aquí?».

Vi la condujo al interior de la tienda y caminó con determinación hasta una mesa llena de lámparas viejas. «No hay tienda especial. Los hechizos no son realmente recetas en las que necesitamos ojo de tritón o lo que sea... al menos, no todos. Estoy creando resonancia para este trabajo, y las antigüedades están absolutamente cargadas de magia latente. Es ese extra un poco de empuje que realmente no se puede obtener de una lámpara comprada en un supermercado». Cogió una lámpara vieja con una pantalla roja rodeada de flecos amarillos y se la pasó a Erin.

«¡Estoy absolutamente de acuerdo!». Un hombre mayor aplaudió, llamando la atención de Erin y Vi. Llevaba una camisa a cuadros abotonada con tirantes de color verde brillante y pantalones de color morado oscuro. Su cabello era del negro mate que provenía del tinte, pero el tinte no podía ocultar las líneas profundas alrededor de sus ojos que lo acercaban más a los sesenta en lugar de a los cincuenta. «Soy Gregory y esta es mi tienda. Es una pieza maravillosa».

¿Los había oído hablar de magia? Erin no sabía qué era peor, si confirmarle a este hombre que la magia era real o aceptar que el crimen de guerra de una lámpara que ella sostenía era maravilloso.

«Se me conoce por tomar un pedazo aquí y allá para mi aquelarre. Acabamos de hacer el ritual de cosecha más sorprendente». Cogió un plato con forma de mazorca de maíz y se lo entregó a Vi. «¿Qué opinas?».

«¿No debería realizarse un ritual de cosecha antes de la cosecha?», Erin no era una gran granjera, pero ya era tarde en el otoño.

Gregory le dedicó una sonrisa tensa y se volvió hacia Vi. «¿Qué prácticas? ¿Brujería gardneriana? ¿Alejandrina? Mi aquelarre es un poco más ecléctico. Y he estado investigando Reiki. ¡Es tan agradable conocer a una compañera practicante!».

Vi le lanzó a Erin una mirada desesperada, pero Erin se limitó a negar con la cabeza. La bruja estaba sola en eso. Si Erin abría la boca, se echaría a reír.

«En realidad estoy buscando solo unas cuantas cosas, ¿podrías ayudarme?». La voz de Vi era tensa, pero logró distraer a Gregory el tiempo suficiente para que recuperaran un collar de plata deslustrado con una gema de cristal azul. Erin no tocó nada. A la piel cambiaformas no le gustaba la plata. Y Vi lo remató con una vieja lata de café de una marca que Erin no reconoció. La mascota era un hombre vagamente aterrador con una sonrisa rictus y una mano llena de lo que parecían ser piedras. ¿Quizás granos de café?

Gregory intentó invitar a Erin a su próxima reunión del aquelarre, pero Erin tuvo que rechazarlo, y una vez que estuvieron de regreso en el auto y a salvo en la carretera, ambas se echaron a reír.

«¿Debería contárselo a Rowe?», Erin preguntó entre risas ahogadas. «¿Se pondrá celoso?».

«¡No puedes decírselo!».

Sus manos agarraron con fuerza el volante y su voz subió una octava. «¡Tengo que decírselo yo primero! Oh Dios». Ella jadeó de nuevo y finalmente su respiración se estabilizó.

«¿Encuentras mucha gente así?», Erin había pasado la mayor parte de los últimos tres años intentando desesperadamente ocultar lo que era. El hecho de que una persona que se describe a sí misma como brujo pudiera conocer a una bruja de la vida real y ni siquiera detenerse a considerar la magia real, la dejó atónita.

«Más de lo que piensas». Vi ajustó la configuración de la radio para bajar el sonido. «Asegúrate de mantener todas esas cosas en tu regazo. Las necesito para absorber parte de tu energía».

Erin agarró la lámpara, la lata de café y el collar, con el brazo un poco tenso, pero no demasiado. «¿En serio? Creo que te lo estás inventando».

«La mitad de la magia es inventar cosas».

Erin no soltó las cosas. El camino avanzaba lentamente y misteriosamente parecía tardar más de lo que había sido para llegar a la tienda de antigüedades. Y la ansiedad le pisaba los talones. Vi no había dicho nada sobre Gibson, pero tenía que darse cuenta de que algo estaba pasando. Todos lo hicieron.

A estas alturas Owen probablemente ya había tergiversado la historia de encontrarlos durmiendo en el sofá y los había encontrado infraganti. Y no era como si estuviera tan alejado.

«¿Estás...?», Erin se tragó las palabras, pero no antes de que un par escapara de su boca traidora.

Vi arqueó una ceja, pero solo dedicó una mirada rápida, demasiado concentrada en la carretera.

Erin se dejó caer hacia atrás, dejando que su cabeza golpeará contra el reposacabezas. «Gibson y yo».

La bruja tarareó desde el fondo de su garganta, en señal de reconocimiento más que de

acuerdo.

Erin esperó varios segundos más, pero Vi claramente no iba a mostrar piedad. «¿Estás juzgándome? Sé que no debería haber sucedido». Su lobo interior gruñó ante esas palabras. Ella y su bestia no estaban de acuerdo en esa parte.

«¿Por qué no?», preguntó Vi.

«Él es un oficial y mi jefe, y sé que le importa la edad, pero eso no es gran cosa». Decirlo ahora se sentía... ligero. Insubstancial. Como si ella y Gibson hubieran estado tratando de rodear una montaña solo para descubrir que todo había estado hecho de algodón de azúcar todo el tiempo.

Vi la miró antes de volver a mirar rápidamente hacia la carretera. «Ya no es un oficial. Lo del jefe es tan complicado como tú lo permitas, y él es tu Pareja. ¿Qué hay que cuestionar?».

Pareja. Su mente había estado dando vueltas en torno a esa palabra durante días. Durante mucho más tiempo que eso, si era honesta. «No puedes saber eso». ¿Cómo podía Vi estar segura cuando Erin misma no lo estaba?

La bruja se burló. «Es una conexión mágica, ¿no? No dije nada antes porque no era mi lugar. Pero es tan fuerte como nunca lo he visto antes. Ese vínculo no se desvanecerá pronto. No, a menos que se tomen medidas drásticas».

El lobo interior de Erin gruñó antes de que pudiera preguntar de qué tipo de medidas drásticas estaba hablando Vi. Se movió en su asiento y las antigüedades en su regazo chocaron entre sí. No importaban las medidas drásticas. Ya era demasiado tarde para echarse para atrás.

CAPÍTULO DIECISÉIS

GIBSON SE SINTIÓ COMO si estuviera en un puto cuento de hadas. A su alrededor brotaban plantas verdes, abejas zumbaban entre las flores, mariposas bailando en el aire y garrapatas sin duda listas para excavar cualquier trozo de piel desprotegida.

Miró fijamente a una mariposa que se había posado en la hoja de una pequeña flor amarilla y trató de convencerse a sí mismo de que su mal humor no tenía nada que ver con la distancia entre él y Jackson.

Ella se encontraba bien. Estaba con una bruja y más que protegida. La amenaza contra ella estaba a cientos de kilómetros de distancia. Todo estaba bien.

Y, aun así, el lobo que vivía dentro de él refunfuñaba.

Gibson se sacudió parte de la preocupación. Lo que él y el resto de la manada estaban haciendo ahora ayudaría a Jackson más que quedarse sentado cavilando. Vi necesitaba hierbas y flores para su hechizo. Gibson podría ayudar a conseguirlas.

¿Pero cómo demonios se veía el jengibre salvaje?

Podía imaginarlo como flores silvestres de color púrpura. Ya tenía un montón en la mano y estuvo tentado de saltar por el bosque como si estuviera camino a la casa de su abuela. Lástima que él fuera el lobo feroz.

«¿Todo está bien?», Rowe se acercó a él, llevando una pequeña bolsa de plástico que ya estaba llena de plantas. Gibson arrojó allí sus propias flores.

«Parece que ya tenemos mucho».

Rowe sonrió. «Uno pensaría eso. Pero Vi utiliza suficiente de esta basura, que podría ser más barato simplemente abrir una tienda de flores para mantenerla abastecida. Creo que ahora estamos bien con las flores silvestres, pero nos vendría bien más del jengibre».

«El único jengibre que conozco está en la cocina. Dime qué es lo que estoy buscando». Intentó no gruñir, intentó ser razonable. Pero no tenía mucha determinación.

La ira de Gibson no tenía ningún efecto en Rowe. No entendía cómo la bruja podía soportar ser la Pareja de este chico.

Rowe se agachó junto a un montón de hojas verdes que se parecían mucho a todo lo que Gibson había estado mirando. «¿Ves estas hojas puntiagudas? Algo así como un triángulo

circular».

«¿Un triángulo circular? ¿En serio?», pero cuando Gibson miró hacia dónde estaba señalando, desafortunadamente entendió de qué hablaba el chico. «Sí, ya veo».

«Aquí también hay algunas flores. Son de un color púrpura rojizo. Está bien si no llevamos una tonelada, pero Vi querrá algunas». Arrancó una de las flores y se la mostró a Gibson.

Gibson asintió. «Extrañas flores rojas, en camino».

Durante unos minutos, arrancaron jengibre y lo añadieron a la bolsa de Rowe. Esto calmó a Gibson con una falsa sensación de seguridad, y no sintió el ataque hasta que Rowe habló.

«¿Cómo estuvo el viaje? Tú y Erin se veían sanos». Su tono era completamente uniforme. Casi cortés, en realidad.

Pero Gibson conocía al hombre lo suficiente como para escuchar el trasfondo. Miró a su compañero de manada y arrancó más jengibre del suelo.

«¡Oye! ¡Cuidado con las raíces! No vamos a desyerbar el bosque».

«Toma tus hojas y aléjate», dijo Gibson. No iba a pasar la tarde hablando de sus sentimientos con un grupo de soldados entrometidos. Chismeaban como si no fuera asunto de nadie y su vida privada no fuera tema de conversación.

Rowe se alejó y Gibson tomó un camino diferente en el bosque, en busca de más jengibre. Unos minutos más tarde, Andre se le acercó y se agachó a su lado, arrancando hojas.

«¿No deberías estar trabajando con tu Pareja?», preguntó. Todos estaban distribuidos en abanico en el bosque: Owen y Stasia, Rowe, Kerry y Vega, Hunter y Em, a quienes Andre aparentemente había dejado solos.

«Ella está ayudando a Stasia», dijo. «Me echaron del club. Al parecer es hora de hermanas».

«Oh, oh». Las Parejas de Andre y Owen eran medias hermanas y ya eran cercanas antes de descubrir la existencia de los hombres lobo. Ahora eran inseparables. No le sorprendería que un día Stasia y Em obligaran a sus Parejas a mudarse a una casa gigante para poder pasar aún más tiempo juntas.

Andre tiró de algo que Gibson estaba casi seguro de que no era jengibre, antes de mirarlo con picardía. «Owen me estaba diciendo...».

«Piensa muy bien si quieres terminar esa frase». Las bromas formaban parte de su vida, de su mundo, pero Gibson aún tenía que hacerse a la idea de... todo. Podía vencerlo con los mejores, pero primero tenía que encontrar un terreno estable.

Owen se acercó, masticando cada hoja del bosque y probablemente ahuyentando a los animales salvajes. Gibson nunca sabría cómo aquel hombre podía llamarse lobo. «Oye...».

«No». Fuera lo que fuese, Gibson metería todo el jengibre salvaje que pudiera encontrar en la boca de Owen antes de que le permitiera hacer siquiera una pregunta.

Owen se rió.

Algo retumbó en la distancia y Gibson ladeó la cabeza, tratando de oír mejor. ¿Un tren? Pero estaban a unos cuantos kilómetros de las vías más cercanas. Lo suficientemente cerca como para

oír el sonido de las bocinas, pero rara vez el estruendo de los carros del ferrocarril.

Lo que fuera, provenía de la casa.

Y cada vez se escuchaba más fuerte.

Gibson dejó caer su jengibre y corrió hacia la casa. Acababa de atravesar el claro cuando una bola de fuego se encendió y lo envió volando.

Lo último que vio fueron los restos de la camioneta.

CAPÍTULO DIECISIETE

LA ESCENA ERA un caos cuando Vi detuvo el auto en el camino de entrada de la propiedad de Gibson. Un humo acre picaba la nariz de Erin y sus ojos se llenaron de lágrimas, incluso con las ventanillas abiertas. Agarró con fuerza los objetos en su regazo, como si fueran a explotar espontáneamente, antes de dejarlos con cuidado cerca de sus pies.

Correr hacia el peligro sin evaluar la situación era una forma rápida de acabar muerto.

Tuvo cuidado al salir del auto y observar las cosas. Vi tenía una mano levantada frente a ella, el aire brillaba levemente mientras la bruja hacía algún tipo de magia. Kerry estaba al lado de los restos de la camioneta, con el extintor en la mano mientras su cabello rojo azotaba su rostro, sacudido por un viento que Erin no podía sentir.

Vega estaba a su lado, usando una gran manta para intentar sofocar el resto de las llamas. Toda la manada parecía estar allí, trabajando juntos para apagar el fuego... excepto...

Al costado de la casa, casi oculta a la vista, Stasia estaba inclinada sobre alguien, su expresión era feroz, la misma que Erin estaba segura que habría visto si alguna vez se hubiera encontrado con Stasia cuando la mujer trabajaba en la sala de emergencias.

Y aunque ella estaba muy lejos, y él estaba tendido en el suelo y casi fuera de la vista, Erin sabía exactamente sobre quién estaba inclinada Stasia.

Erin salió corriendo, sin importarle nada más que Gibson tirado en el suelo, inmóvil, con una médica sombríamente cerniéndose sobre él.

«¡Jericho!». Su nombre salió de ella, en algo entre una maldición y una oración. Su nombre podría haber llamado la atención. A Erin no le importaba. Se detuvo, se arrodilló y lo miró fijamente, deseando que estuviera bien.

Su rostro estaba contorsionado por el dolor, pero tenía los ojos abiertos y miraba algo que ella no podía ver.

«Es solo un tobillo torcido», le estaba diciendo Stasia. «Parece que tropezaste cuando el auto explotó. Solo mantente tranquilo por un momento. Todo estará bien». Stasia asintió con la cabeza a Erin y luego se puso de pie y se dirigió hacia el resto de la manada para comprobar si había heridos.

Erin rodeó a Gibson con sus brazos y lo abrazó con fuerza, respirando profundamente su

aroma, como si fuera lo único lo suficientemente fuerte como para demostrarle que él estaba bien, que estaba allí con ella.

«¿Qué ocurrió?», ella preguntó. Era algo obvio. Un vehículo había quedado hecho añicos. Pero su mente se sentía un poco lenta, como si todo se moviera a través de melaza, sus pensamientos no eran capaces de fusionarse en algo que tuviera sentido.

Los brazos de Gibson la rodeaban sólidamente, su propio rostro enterrado en su cuello, sus labios frotándose contra los de ella, no exactamente un beso, pero sí algo igual de intenso. «¿Crees que el seguro de Hammond cubre explosiones mágicas?».

Eso hizo que Erin se riera. Sus dedos rozaron el cabello de la nuca y deslizó la mano hacia arriba hasta acunar la nuca. Gibson se apartó lo suficiente para mirarla con ojos intensos.

Todos estaban a su alrededor. Probablemente, observándolos. A Erin le importaba un carajo.

Ella lo besó allí mismo, a plena luz del día, como si a ninguno de los dos le importara nada en el mundo. Era algo sencillo, de labios y solo el más mínimo atisbo de lengua.

Pero su lobo interior ronroneaba de satisfacción.

Pareja.

Sí. Bueno. Tal vez. A ella no le importaba lo que él fuera, siempre y cuando fuera suyo.

Le tomó unos minutos convencerse de soltarlo para que pudiera ponerse de pie. Gibson tenía una expresión ligeramente aturdida que ella no creía que tuviera nada que ver con la explosión.

Una vez de pie, Erin le ofreció una mano, que él tomó. Y no la soltó una vez que estuvo estable.

Nadie dijo nada cuando se unieron a Vi, quien se inclinó sobre la mayor parte de los restos de la explosión, con sus manos brillando con magia lavanda. Hizo que a Erin se le erizara el vello de los antebrazos y casi podía oír algo estático en sus oídos, como cuando el televisor estaba encendido pero la pantalla permanecía en blanco.

Vi apretó los puños y el brillo lavanda desapareció. Tropezó, pero Rowe estaba allí para atraparla, con un brazo alrededor de sus hombros mientras se apoyaba contra el costado de su Pareja.

Erin apretó los dedos de Gibson. Él le devolvió el apretón.

Vi asintió a su Pareja y recuperó el equilibrio. «La magia hizo esto. Una parte del hechizo que estaba adherido a Erin se enganchó al auto. Tomó un tiempo acumular suficiente poder para provocar esto, pero cuando lo hizo... pum».

Haciendo cálculos mentales, Erin intentó averiguar si todavía habrían estado conduciendo esa cosa si hubieran continuado hacia Nueva York. O, si lo hubieran estacionado en el garaje de Brooklyn, podría haberlos matado a todos y arrasado con una buena parte del vecindario.

«¿Fue una advertencia?», preguntó Gibson. «¿Por qué activarlo cuando no había nadie lo suficientemente cerca como para resultar herido?».

Los latidos de su corazón apenas se habían calmado al verlo tirado en el suelo. La bilis subió a la garganta de Erin mientras consideraba lo que podría haber pasado si él hubiera estado a un

metro más cerca cuando explotó.

«Creo que fue solo suerte», respondió Vi, entre gruñidos y quejas de la manada. «Lo que sospecho que le hicieron al auto es peligroso porque no se puede controlar. Una bruja puso su intención en este hechizo y simplemente lo soltó».

«¿Se extendió la magia cuando el auto explotó?», preguntó Owen, y todos miraron en su dirección. «¿Qué?». Su pecho se hinchó un poco. «¿No puedo hacer preguntas mágicas?».

«No es malo preguntar», dijo Vi, antes de que alguien pudiera empezar a bromear. Había estado con ellos el tiempo suficiente para saber cómo cortar las cosas de tajo. «Pero no. El hechizo quemó toda la magia en el auto. Estamos a salvo de eso. Pero voy a instalar barreras alrededor de la casa, en caso de que me haya perdido algo. Hay una pequeña posibilidad de que alguien haya podido vincular un hechizo de rastreo a la magia en el auto. Sería un poco complejo, por lo que no es probable, pero no quiero correr el riesgo».

«¿Quieres que nos confinemos en casa?», preguntó Gibson.

Toda la manada, Parejas y todo, lograrían acomodarse perfectamente, pero se las arreglarían. No podría ser peor que el cuartel.

«Estableceré el hechizo para abarcar el patio delantero y el patio trasero hasta la línea de árboles. Pero nadie puede salir a correr. No puedo cubrir toda la propiedad si voy a mantener mi poder para más tarde». Vi le dedicó a Erin una sonrisa burlona. «Esto tomará algunas horas, pero creo que debemos hacerlo antes de que revise la magia en tu espalda».

Erin asintió. «Es tu decisión. Tú eres la experta en magia». Intentó que no se notara ninguna decepción. Cada vez que pensaba en la marca en su espalda, sentía su piel como si hubiera hormigas arrastrándose ahí, pero la protección de la manada tenía que anteponerse a su comodidad.

«Iré a buscar mis cosas», dijo Vi, girándose y dirigiéndose hacia la casa. Rowe la siguió.

«Vega, Kerry, Hunter», dijo Gibson, tomando el control de la situación, «quiero que ustedes tres revisen el exterior de la casa. Busquen cualquier daño. El resto de nosotros vamos a revisar tanto como podamos entre los escombros. No quiero que nadie se corte una pata con el metal retorcido durante una carrera, así que arreglemos esto ahora».

Se dividieron en los grupos asignados. Aunque los restos habían volado bastante lejos, Erin no podía alejarse demasiado de Gibson. Terminaron arrojando piezas retorcidas del auto viejo justo encima de los restos de la carrocería, y Gibson dijo que llamaría a alguien para que se lo llevara una vez que se hubieran ocupado de todo lo demás.

«¿Estás bien?», preguntó él entre jaloneos, cuando se colaron dentro para tomar un trago rápido de agua.

«Podría estarlo sin la magia maligna», admitió ella.

Gibson puso una mirada contemplativa en su rostro.

«¿Qué estás pensando?». Extendió la mano y pasó el pulgar por el surco entre sus ojos. Gibson atrapó su muñeca y tiró de ella hasta que su mano terminó acunando su mejilla, las

cerdas de su barba ásperas sobre su piel.

«Creo que los últimos días no han sido del todo malos». Él inclinó su barbilla hacia un lado para rozar sus labios contra su palma.

Ella se inclinó y lo besó rápidamente, alejándose antes de que pudiera convertirse en algo aún más intenso. «No», ella estuvo de acuerdo. «Nada mal».

Alguien se aclaró la garganta detrás de ellos y ambos se sobresaltaron, pero no se separaron. Erin miró por encima del hombro y vio a Rowe con una amplia sonrisa en el rostro. «Vi está lista para ti».

CAPÍTULO DIECIOCHO

«PENSÉ que habías dicho que las barreras solo se extenderían hasta los árboles», dijo Gibson mientras la seguía a ella, a Vi y a Rowe más allá del borde del bosque y hacia un tramo del sendero, junto con velas, la lámpara, el collar y el café colocados equidistantes entre sí alrededor del círculo. Cada artículo tenía tres piezas de cuarzo rosa en bruto frente a ellos y se encontraban sobre un lecho de flores.

«Estamos fuera de las barreras», respondió la bruja.

«¿Por qué?», preguntó Erin. A ella no le gustaba. Quería arrastrar los pies hacia atrás hasta estar segura en la magia de Vi, donde ninguna bruja malvada pudiera alcanzarla. Pero, mantuvo la boca cerrada. Era una cambiaformas fuerte e independiente. No iba a tener miedo de un trozo de bosque.

«Magia», ofreció Rowe mientras se agachaba sobre una de las velas para encenderla.

Erin miró al hombre.

Vi lo ignoró. «Si hay algo que te ata a la persona que te puso esa marca, no queremos crear un agujero a través de las barreras cuando hagamos el hechizo. La debilitaría y podría darle a una bruja enemiga un objetivo fácil de romper cuando... si acaso... llega. Estamos lo suficientemente cerca como para poder correr hacia la barrera si algo ataca, pero eso es poco probable. He extendido mi magia sobre el área para escanear en busca de amenazas y no se disparó la alarma».

«¿Puedes hacer eso?», preguntó Gibson. «¿Cómo funciona?».

Vi se encogió de hombros. «Es como escuchar con mucha atención un sonido específico. Me da dolor de cabeza si lo hago durante demasiado tiempo. Pero en momentos como estos, escucho, por así decirlo, una vez cada hora aproximadamente». Se volvió hacia Erin. «Quítate la blusa».

Rowe hizo un sonido que podría haberse convertido en palabras reales si su pareja no lo hubiera mirado furioso.

Gibson gruñó y dio un paso delante de Erin. «No mires», advirtió.

«La he visto desnuda antes. Además, mi Pareja es una bruja ardiente y aterradora. Claro, puedo *ver* a Jackson, pero no la estaré mirando».

Se suponía que Gibson, gruñón y posesivo, no se vería tan atractivo. Desafortunadamente, la

libido de Erin no había recibido ese memorando.

Erin se volvió hacia Gibson y encontró su mirada. «Está bien», dijo, y se sacó la blusa por la cabeza. Ella se la entregó. «¿La mantienes a salvo por mí?».

Él se la quitó y la sostuvo con cuidado, como si fuera algo precioso.

«Puedes dejarte el sostén puesto», ofreció Vi. «Solo necesito acceso a tu hombro».

Erin asintió, su piel se endureció un poco con el aire fresco de la noche. El sol aún no se había puesto, pero el bosque se estaba oscureciendo y las velas hacían todo lo posible para luchar contra la invasión de la noche.

Rowe terminó de encender las velas y salió del círculo. Vi miró expectante a Gibson y asintió con aprobación cuando él retrocedió hasta donde estaba Rowe.

«Esto podría provocar cosquillas», advirtió Vi, y entonces algo comenzó a arrastrarse alrededor del hombro de Erin. Se sentía viscoso y frío, como si un pulpo o algo así estuviera usando su hombro como escenario de juego. Erin trató de no retroceder ante eso, pero se le hizo un nudo en la garganta ante la incomodidad de la cosa.

¿Qué tipo de magia estaba invocando Vi? No podía ser bueno.

Quería darse la vuelta para ver qué estaba haciendo Vi, como si pudiera entender cualquier tipo de maestría arcana que la bruja ejerciera. En cambio, Erin arraigó sus pies en su lugar y miró al frente. Gibson cambió de posición hasta que estuvo justo frente a ella, mirándola directamente.

Luego su rostro se quebró y le ofreció una sonrisa.

Ay, carajo. Ella lo amaba.

Totalmente, completamente, perdidamente enamorada, sin dudarlo, lo amaba. Era el tipo de cosa que había estado acechando en lo profundo de su subconsciente durante tanto tiempo que no podía estar segura de cuándo había florecido por completo. Pero ahora la sensación viscosa se desvaneció hasta que bien podrían haber sido ella y Gibson, compartiendo una noche romántica, aunque extraña, en el bosque.

Ella quería mil noches como esta. Incluso, un millón. Todas las que pudiera abrazar y estrechar, con la oscuridad rodeándoles y manteniéndoles a salvo de cualquier cosa que pudiera intentar separarles.

Las preocupaciones de Erin sobre los obstáculos se evaporaron y sintió que podía respirar profundamente por primera vez en mucho tiempo. Gibson era suyo. No había vuelta atrás. Y nada se interpondría entre ellos y la felicidad.

Era un buen pensamiento, incluso uno genial. Pero fue eclipsado por un estallido de luz que hizo que Gibson retrocediera.

Erin se dio la vuelta, sin importarle ya si Vi la necesitaba mirando hacia afuera. Pero Vi no pareció darse cuenta.

Estaba instalada en una bola de luz, violeta y amarilla y toques de rojo, todos arremolinándose para que casi pareciera que la bruja estaba atrapada dentro de una canica. Agitó los brazos y la luz se movió con ella. Su rostro era una máscara de intensidad que Erin podía ver

más allá de la magia.

Tenía que necesitar una tonelada de poder para hacer... lo que fuera que Vi estuviera haciendo.

¿Qué tipo de fuerza tendría una bruja que invocara fuentes de poder más oscuras?

Erin no quería considerarlo, pero estaba bastante segura de que lo iban a descubrir.

La lámpara, la lata de café y el collar comenzaron a flotar a unos centímetros del suelo, tambaleándose un poco, pero manteniendo su posición. Una luz azul oscuro, difícil de distinguir en la penumbra del bosque, fluía desde esas antigüedades hacia el mármol que se arremolinaba alrededor de Vi.

Se mezclaron, pareciéndose un poco a una tormenta en un mapa meteorológico, dando vueltas en una dirección mientras Vi la guiaba, su cuerpo contorsionado mientras invocaba más magia.

Al menos eso era lo que Erin pensaba que estaba pasando.

Su hombro volvió a pincharse, y esta vez no era viscoso. Dolía. Pinchazos de agujas, hormigas bravas y ácido, todo lo suficientemente fuerte como para hacer que Erin jadeara y cerrara el puño. Pero se obligó a ahogar cualquier sonido más fuerte, para disimular el dolor lo mejor que pudo.

¿Quién sabía qué pasaría si Gibson rompía el círculo mágico que los rodeaba? Si pensaba que ella estaba sufriendo, no había nada que le impidiera cruzarlo para llegar hasta ella.

Erin respiró a través de él y, o se acostumbró, o empezó a desvanecerse. No estaba muy segura de cuál, pero podía arreglárselas y eso era todo lo que importaba.

La luz blanca comenzó a formarse en los polos del globo alrededor de Vi, deslizándose lentamente hacia abajo hasta que borró todos los demás colores y Vi quedó completamente rodeada de una blancura opaca.

Por un momento sin aliento, todo se detuvo e incluso el dolor en el hombro de Erin desapareció. Entonces el blanco alrededor de Vi brilló tan fuerte que amenazó con freír los ojos de Erin, incluso cuando los cerró con fuerza.

La luz se precipitó sobre ella, tan fuerte como un viento, y luego se apagó. Cuando Erin abrió los ojos, Vi la miró fijamente, sus propios ojos invadidos por el remolino de colores que una vez la habían rodeado.

Vi abrió la boca y gritó, una torre de humo negro se elevó hasta que ella colapsó y la magia a su alrededor se apagó como si nunca hubiera estado allí. Las velas se apagaron y Erin no vio señales de las antigüedades.

Rowe corrió hacia adelante y levantó a su Pareja del suelo.

Vi parpadeó y abrió los ojos y se encontró con la mirada de Erin. «Corre», gruñó, asomándose fuera del abrazo de Rowe y señalando directamente a Erin. «Corre hacia la barrera. ¡Ahora!».

CAPÍTULO DIECINUEVE

GIBSON AGARRÓ a Erin fuera del círculo y la empujó hacia el sendero que conducía de regreso a la casa. Ella tropezó, pero antes de que él tuviera que levantarla y cargarla, ella se puso de pie y salió corriendo.

Él iba justo detrás de ella, con Rowe y Vi en la retaguardia.

Se sentía como si todo el bosque los estuviera mirando, con ojos que no pertenecían a nadie. Estos eran sus bosques. Él era el mayor depredador.

Pero, esta noche se sentía como una presa.

Sus oídos se abrieron cuando cruzó la línea invisible de la magia de Vi. Erin redujo la velocidad y lo miró por encima del hombro. Una vez que Rowe y Vi cruzaron, Vi se giró, apretó las rodillas con las manos y respiró hondo.

Rowe era un centinela sobre ella, frotándole la espalda para tranquilizarla mientras sus ojos exploraban su entorno en busca de cualquier amenaza.

Gibson le entregó a Erin su blusa y ella se la volvió a poner.

Vi se levantó. «Entremos», dijo. «Todo el mundo debe oír esto. No tengo la energía para decirlo dos veces».

Había un aire denso de anticipación dentro de la casa, y al menos parte de la tensión se liberó cuando los cuatro regresaron al interior. Estaba llena. La casa de Gibson era grande, pero no estaba construida para once personas.

Tal vez una vez hecho esto, pensaría en construir la extensión que había estado considerando durante un tiempo.

El sillón mullido del rincón estaba vacío y Gibson se sentó allí. Erin se dejó caer en el brazo del sillón y se apoyó contra él. Rowe se apoyó contra la pared detrás de Vi mientras todos los demás se acomodaban en el sofá y en el suelo.

«¿Que encontraste?», preguntó Erin.

Vi dejó escapar un profundo suspiro, con el rostro sombrío. «He reconocido la firma de la magia en ti».

«Eso es algo bueno, ¿no?», Gibson preferiría enfrentarse a un enemigo conocido que a uno desconocido.

La bruja se encogió de hombros, luego miró a su pareja y luego a Hunter. «¿Recuerdan ustedes dos a Katrina Stevens? ¿Del trabajo donde nos conocimos?».

Gibson y Owen también habían estado allí. La manada había sido contratada para proteger el aquelarre de Vi de otro aquelarre, pero había sido una artimaña. La propia líder del aquelarre de Vi, Rosalie Sutton, no había hecho nada bueno y se había vuelto contra todos ellos antes de ser detenida por una misteriosa fuerza mágica de aplicación de la ley sobre la que Gibson todavía no tenía mucha información.

«La recuerdo», dijo Hunter desde su lugar en el suelo. «¿No estaba ella en connivencia con Rosalie?».

Vi asintió. «Ella escapó. No he oído nada sobre ella en meses. El resto del aquelarre no ha dicho una palabra. Actúan como si Rosalie y sus compinches estuvieran muertos y no deberíamos hablar de eso en absoluto». Ella sacudió la cabeza, como si se quitara las telarañas. «Katrina puso el hechizo original sobre Erin, estoy segura. Reconocería su firma de poder en cualquier lugar».

«¿Qué significa eso para nosotros?». Eso llegaba de Erin, y su brazo se estiró para rodearlo y descansar sobre su hombro.

«Nada bueno», confirmó Vi. «Katrina no debería tener tanto poder. Para la magia que se trabajó contigo, debería haber requerido un aquelarre completo. Solo sentí otras dos firmas mágicas mezcladas con las de ella, y ese poder era menor». Miró a Stasia. «Creo que esto se remonta a Rosalie y tu hermano». Luego su mirada recorrió el resto de la manada. «Y volvamos a cómo todos ustedes fueron convertidos, en primer lugar».

La conmoción resonó en la habitación y Gibson se enderezó, con un gruñido recogido en el fondo de su garganta y listo para enfrentar una amenaza invisible. Pero esa amenaza ya había desaparecido y estaba muy lejos. Tres años atrás y en otro continente.

Todavía tenía pesadillas ocasionales al respecto.

Había sido asignado en Alemania, al igual que todos los demás miembros de su actual manada. Ninguno de ellos se había conocido salvo de pasada. La carrera de Gibson había estado en auge. Estaba pensando en su próximo ascenso y en un posible comando que lo catapultaría a grandes alturas. Había tenido planes.

Y entonces alguien lo noqueó y lo arrastró a un bosque oscuro para realizar magia más oscura, y cambió para siempre, junto con Hunter, Owen, Andre, Erin, Rowe y Vega.

Desde entonces, habían estado buscando respuestas. Rosalie Sutton les dio su primera gran pista, y Vi y Rowe habían estado investigando, pero se habían quedado sin saber por dónde seguir, y luego se llevaron a Erin y se destinaron todos los recursos a encontrarla.

«¿Qué quieres decir?», fue Andre quien lo preguntó.

«¿Recuerdas a los cambiaformas y brujas muertos?», inquirió Vi. Rosalie había estado involucrada en magia secreta que mataba seres sobrenaturales. Cuando Andre asintió, Vi continuó. «Especulamos que ella les estaba quitando poder. Es magia vieja y oscura. Súper tabú.

Es básicamente canibalismo mágico», ella se estremeció.

Rowe dio un paso adelante y la abrazó por detrás. Vi se hundió en el abrazo por un segundo antes de que él la soltara, luego respiró hondo y continuó.

«También es muy obvio y muy derrochador. Te quedas con una serie de cadáveres, y es bastante claro cuando alguien ha sido drenado de magia vital. Y las brujas pertenecen a aquelarres. Los cambiaformas pertenecen a manadas. Puedes encontrar a la bruja solitaria o a un lobo por aquí y por allá, pero finalmente te quedarás sin más y la gente comenzará a buscar a sus amigos. A menos que crees tus propias fuentes de energía».

Em, vacilante, levantó la mano, con el dedo índice apuntando hacia arriba mientras el resto se curvaba en un puño. «¿No podrías dejar que un lobo muerda a la gente? Así es como me convertí. Obviamente», ella sonrió. «Quiero decir, tú estabas allí».

«Todos ustedes han tenido mucha suerte». La bruja entrecerró la mirada hacia Kerry. «Tú especialmente. Un año sola, sin mochila y enfrentando el cambio tú sola... eso es difícil. Incluso mortal».

Vega extendió la mano y agarró la de su Pareja y la apretó con fuerza. Kerry se apoyó contra él.

«¿Qué quieres decir?», preguntó Stasia. «¿Y por qué nos cuentas esto ahora?».

La bruja dejó escapar un sonido de frustración. «¡Porque olvidé que no saben estas cosas! Es como por qué no mencioné que la Tierra gira alrededor del sol. Supongo que ya lo sabes porque es solo un conocimiento fundamental y, francamente, no surge en la conversación tan frecuente». Respiró hondo unas cuantas veces. «Lo siento, como estaba diciendo. Los cambiaformas mordidos tienen una tendencia a volverse salvajes o a morir. Nada bueno resulta. Algo en el cambio interfiere con la química del cerebro, o tal vez con la estructura del cerebro mismo, nadie está realmente seguro. Pero algunos cambiaformas mordidos se vuelven hiperagresivos y pierden la capacidad de razonar o comunicarse como personas. Algunos de ellos completan totalmente la transformación...», agitó una mano, «me estoy alejando de las cosas importantes. De todos modos, es arriesgado convertir a alguien con una mordida, y significa que necesitas tener un cambiaformas bajo tu control. Si convertiste a humanos mundanos en cambiaformas de alguna manera que pudieras controlar, entonces no hay rastro de regreso a una manada en ninguna parte. Los cambiaformas tienen más magia innata que los humanos, y si tienes cuidado, tal vez puedas hacerlo una y otra vez. Eso es como un setenta por ciento de conjeturas, pero he estado preguntándome por qué Rosalie o alguien se tomaría la molestia de convertirlos a todos y luego dejarlos ir, pero así ha sido. O no quisieron dejarte ir o convertirte fue básicamente una prueba de concepto».

«¿Entonces, que significa eso para nosotros?», preguntó Erin. «¿Puedes hacer algo de magia para encontrar a Katrina? ¿Quizás llamar a tu aquelarre para el gran enfrentamiento? Sé que me gustaría clavarle mis garras». Hubo un atisbo de gruñido en el fondo de la garganta de Erin.

Gibson aprobó. Si su pareja quería cinco minutos a solas en una habitación cerrada con la

bruja malvada, movería cielo y tierra para verlo hecho.

Pero Vi no parecía segura. «Katrina fue miembro de mi aquelarre durante toda su vida. Estamos hablando de más de cuarenta años. A la gente le gusta. No creo que ninguno de ellos aprobaría lo que ha hecho, pero para oponerse a ella requeriría algo de tiempo de convencimiento. Y ese es tiempo que no tenemos».

«¿Por qué no?», preguntó Gibson.

«Porque había una pizca remanente de magia en Erin, suficiente para rastrearla. Katrina sabe exactamente dónde estamos. Y viene hacia acá».

CAPÍTULO VEINTE

LA SALA ESTALLÓ en el caos después de eso, pero Gibson no estaba dispuesto a permitirlo. Erin observó, con una emoción no tan secreta, cómo él se levantaba de la silla y miraba a todos en la habitación, excepto a ella.

«¡Silencio!». No fue exactamente un rugido, después de todo, el hombre no era un león, pero la hizo temblar.

La habitación quedó en silencio, pero la tensión era intensa.

«¿Cómo sabes que ella viene hacia acá?», le preguntó a Vi.

«Porque ella y quienquiera que sea con quien esté trabajando destinaron una tonelada de poder para conseguir y conservar a Erin. Y supongo que la manada se ha vuelto demasiado complicada con la que lidiar en estos últimos meses. Cuando no sabías nada sobre el mundo mágico, no eras una amenaza. Ahora que lo eres...».

«Podríamos arruinar todos sus planes», terminó Erin por ella. Le dolía el hombro con un dolor fantasma y estaba bastante segura de que se lo frotaría en carne viva la próxima vez que se metiera en la ducha, pero confiaba en Vi. La magia había desaparecido.

Era una magia peor la que se avecinaba.

«No puedo estar segura, pero a Katrina le tomará algún tiempo reunir sus recursos. No llegarán aquí esta noche. E, incluso si lo hicieran, mis protecciones los mantendrían fuera. No para siempre, sino por un tiempo». Tenía la espalda recta y la boca en una línea firme y decidida.

«Quieres confrontarlos», dijo Gibson.

Erin se levantó de la silla y se paró a su lado. «Supongo que a Katrina no le importarán demasiado los daños colaterales. Hay muchos espectadores en Brooklyn».

Vi estaba asintiendo. «Sabemos que ella viene. Conoces esta tierra. Tres brujas, incluso una tan poderosa como Katrina, no son rival para diez cambiaformas y para mí, no cuando hemos tenido tiempo de prepararnos. Si hacemos esto ahora, Finalmente podrás tener tus respuestas. Y todo habrá terminado».

La esperanza se desplegó profundamente en el pecho de Erin. Podrían tener algún tipo de normalidad, o tan normal como siempre era para los cambiaformas. ¿Cómo sería eso?

Estaba desesperada por descubrirlo.

Gibson se volvió hacia el resto del grupo. «No puedo enfrentar esto solo. Ninguno de ustedes se inscribió para esto. Quien quiera puede irse y lo entenderé». Eso último fue especialmente para Em y Kerry, Erin se dio cuenta. Em era una estrella de rock cuando no estaba ocupada siendo una cambiaformas; se suponía que no debía luchar contra brujas. Y Kerry era el miembro más nuevo de su manada, apenas llevaba siendo la compañera de Vega durante dos semanas. Seguía superando sus propias batallas traumáticas.

«No me iré», Kerry fue la primera en hablar. «Todos ustedes me salvaron la vida, no huiré».

Em extendió la mano frente a ella, con la palma hacia arriba. Su ceño se frunció mientras se concentraba. Después de un segundo, una luz blanca brilló y un círculo de energía flotó sobre su mano. Ni Andre ni Stasia parecieron sorprendidos, pero el resto del grupo la miraba con los ojos muy abiertos. «¿Entonces recuerdas cómo tuve que absorber toda esa magia cuando ese fantasma hombre lobo me perseguía? Sí, el poder nunca desapareció. Tal vez pueda ayudar en el lado mágico».

«¡Quiero poderes mágicos de hombre lobo!», Owen declaró. Su Pareja puso los ojos en blanco, con una pequeña sonrisa en su rostro.

Rompió la tensión restante y Erin se permitió creer que realmente podrían ganar esto si lo hacían bien.

«Entonces, peharemos», dijo Gibson, con una mezcla de orgullo y resignación en su voz. «Necesitamos preparar este lugar para la batalla. Más importante aún, los necesito a todos listos. Lo material puede ser reemplazado. Quemaría toda esta casa antes de dejar caer a uno de ustedes. Asegúrense de dormir bien».

«Puedo colocar centinelas mágicos en los caminos hacia la ciudad», ofreció Vi. «No son como las protecciones y no harán nada para detener a Katrina o a sus aliados, pero recibiremos una advertencia de que están por llegar».

«¿Es peligroso?», preguntó Gibson. «Nos dijiste que no abandonáramos las barreras».

Ella sacudió su cabeza. «Puedo hacerlo en el borde de las barreras y enviar la magia. No es nada peligroso».

«Hazlo. Luego haz lo que sea necesario para recargar tu magia. Tengo la sensación de que la vamos a necesitar».

El grupo se dispersó después de eso, la mayoría fue a los dormitorios que habían reclamado, con Owen corriendo hacia el baño de abajo con la promesa de que no usaría toda el agua caliente con su ducha.

Gibson le tendió una mano a Erin. Ella la tomó y lo siguió hasta su habitación.

Estaba decorada de forma sencilla, con una foto de su familia: esa hermana que había mencionado y su sobrina, colgada junto a una foto de él con su uniforme militar junto a hombres vestidos de manera similar que Erin no conocía. Un televisor ocupaba la mayor parte de una pared, y las paredes mismas eran de un gris pálido.

Erin se hundió en la cama de Gibson, sus dedos se curvaron en el edredón azul oscuro,

absorbiendo la sensación del suave material mientras crujía bajo sus dedos.

«Este no es el tipo de cosas con las que pensé que tendríamos que lidiar después de haber llegado aquí. Pensé que habíamos dejado atrás la batalla», murmuró. No renunciaría a Gibson por nada, pero a veces deseaba que tuvieran paz, o al menos el tipo de peligro que ella podía enfrentar.

Los ojos de Jericho se suavizaron y se acercó, sus fuertes manos acunando suavemente su rostro, su toque encendiendo un fuego debajo de su piel. «Iría a la batalla contigo cualquier día», susurró, con su cálido aliento en los labios de ella.

Sus palabras enviaron escalofríos por su espalda, su cuerpo dolía por él. El mundo se redujo hasta que solo quedaron ellos dos, y los pensamientos de batalla eran una amenaza lejana, un problema para el mañana.

Jericho se inclinó y sus labios capturaron los de ella en un beso apasionado que hizo que su sangre cantara.

Dios. Sí. Ella anhelaba esto, el sabor de él en su lengua, la sensación de sus imponentes labios presionados contra los suyos mientras sucumbía al hambre salvaje entre ellos.

«Jericho», jadeó, la necesidad de decir su nombre, de reconocer quiénes eran cuando la puerta se cerró, era demasiado fuerte para ignorarla. Su polla se crispó contra su muslo y ella escuchó el gruñido bajo retumbando en su pecho.

Era embriagador ser deseada por este hombre.

Jericho gimió, su boca caliente y hambrienta contra su cuello, sus dientes provocando su piel con tanta fuerza como para dejar una marca. El mordisco de amor provocó un escalofrío a través de ella, una deliciosa mezcla de dolor y placer embriagador.

Luego sus labios volvieron a estar sobre los de ella, ahogando sus pensamientos con el sabor de su lengua, el calor de su cuerpo presionado contra el de ella.

Lo único que importaba era el calor abrasador entre ellos. Ella saboreó el hambre salvaje en su boca, el poder en bruto que zumbaba bajo su piel, y encendió algo salvaje dentro de ella, llamó a su propia bestia con un canto de sirena que no podía ignorar.

Presionó su espalda contra el suave edredón mientras se estrellaban contra la cama.

«Te extrañé», confesó Erin, envolviendo sus piernas alrededor de su cintura, aferrándose como si alguna fuerza pudiera atreverse a separarlas nuevamente.

«Fue demasiado tiempo», dijo Jericho, incluso si ambos sabían que había pasado solo un día o dos desde que estuvieron solos, desde que se habían ocultado del mundo.

Su corazón latía con fuerza contra su pecho, amenazando con estallar por la pura intensidad de la sensación y la emoción que intentaba apoderarse de ella.

Capturó sus labios en otro beso ardiente. La calidez de su cuerpo presionado contra el de ella y la sensación de sus fuertes manos recorriendo sus curvas, la marearon de necesidad.

Sus dedos se clavaron en los tensos músculos de su espalda. Se deleitaba con la conexión que compartían, aquello que antes le daba demasiado miedo nombrar.

Pareja.

Pareja.

Pareja.

«Te amo». La confesión salió de ella, el sentimiento era demasiado grande para contenerlo.

Él gimió y la abrazó con más fuerza, con los labios enterrados en su cuello y los dientes apenas tocándolo. «También yo te amo», susurró contra su piel, las palabras vibraron a través de ella como un voto.

La sensación de los labios de Jericho contra su cuello, y de esas palabras que iban directas a su corazón, le enviaron escalofríos por la espalda, y no pudo hacer nada para detener el gemido que escapó de su garganta.

«Shh», susurró Jericho contra su piel. «No queremos que todos nos escuchen, ¿verdad?».

Era un recordatorio de dónde estaban, del mundo esperándolos afuera. Y este era un momento privado, algo solo para ella y su Pareja. Pero guardar silencio era más desafiante de lo que debería haber sido, especialmente porque los malvados labios de Jericho la tentaban.

«Necesito probar más de ti», murmuró, con los ojos oscuros por el deseo. Sus hábiles manos le quitaron rápidamente la blusa y el sujetador, dejándola medio desnuda debajo de él.

«Quiero verte», dijo ella, tirando de su camisa hasta que él se la quitó por la cabeza.

Erin pasó los dedos por el vello de su pecho, disfrutando de la sensación de los músculos tensos debajo. La piel de Jericho era cálida, viva y estaba ahí para ella.

Sus labios trazaron un camino ardiente por su cuerpo. Se llevó un pezón a la boca, chupando y mordisqueando la carne sensible de ella mientras con la otra mano jugueteaba con su par.

Erin jadeó, tratando de permanecer en silencio y sabiendo que estaba cayendo. Sus dedos apretaban las sábanas mientras el placer la invadía y su sangre rugía en sus oídos, ahogando todo menos el fuego que Jericho encendía dentro de ella.

Mientras los labios de Jericho continuaban su recorrido por su cuerpo, se detuvo en la cintura de sus jeans y sus dedos jugaron hasta que ella se estremeció antes de que su pulgar abriera el botón. No pudo evitar dejar escapar un suspiro tembloroso cuando él le bajó la mezcilla de las caderas, dejándola vestida únicamente con sus delgadas bragas que se quitó posiblemente con demasiado entusiasmo.

Los ojos de su Pareja se oscurecieron por la lujuria. Bajó la cabeza una vez más, presionando una serie de besos prolongados a lo largo del interior de sus muslos, obligando a Erin a morderse el labio con tanta fuerza que temió que pudiera sangrar. Sus manos se aferraron a sus anchos hombros, desesperada por anclarse en medio de la tormenta de deseo que él despertaba dentro de ella.

Ella arqueó la espalda, instándolo en silencio, y él finalmente cedió, sumergiéndose para saborear su calor resbaladizo.

Él gimió contra ella, su lengua hundiéndose profundamente en sus pliegues húmedos. Él lamía y besaba con un hambre que era a la vez embriagadora y abrumadora, y ella se retorció

debajo de él, jadeando y gimiendo demasiado fuerte como para siquiera intentar luchar contra todo.

«Suéltate para mí», instó Jericho, su voz era un gruñido bajo que retumbó contra ella.

Con un grito ahogado, lo hizo, todo su cuerpo temblando por la fuerza del mismo.

Pero no había terminado, no es que alguna vez pudiera ser entre ellos. Incluso mientras jadeaba, los labios de Jericho encontraron los de ella nuevamente, su lengua buscó la entrada a su boca, mezclándose con el sabor de su propia excitación.

De alguna manera, había logrado deshacerse de sus propios pantalones, y Erin gimió cuando sintió su polla presionar contra ella. Él gimió en respuesta, sus manos agarrando sus caderas como para anclarse.

«Te amo». Ella lo había dicho antes, esas palabras se habían sentido tan imposibles hace apenas unos días y que ahora no podía contener. El azul de los ojos de Jericho era tan intenso que amenazaba con derretirla por dentro, pero había una ternura aplastante en ella, envolviéndola en su mirada hasta que no pudo haber nada más que seguridad en sus brazos.

«Dilo otra vez», su voz era baja y urgente.

«Soy tuya», susurró, con una emoción tan fuerte que amenazaba con obstruir las palabras en su garganta. «Siempre tuya».

La cabeza de su polla empujó su entrada, provocándola con la promesa de él. Sus dedos se clavaron en sus caderas mientras se posicionaba, su mirada fija en la de ella, como si la desafiara a apartar la mirada.

Estaba caliente y húmeda, todavía temblando un poco por los labios de Jericho sobre ella, y nunca lo había necesitado más que en este momento.

Con un profundo gemido, Jericho avanzó, enterrándose dentro de su resbaladizo calor. Erin gritó, incapaz de resistirse cuando sus uñas se clavaron en sus hombros y se dejó llevar en un momento de pura felicidad.

Luego, él se movió y fue casi demasiado, su poderoso cuerpo se flexionó y se movió sobre ella mientras comenzaba a empujar con fuerza, su polla penetrándola una y otra vez hasta que todo lo que ella pudo hacer fue aguantar y sentir.

El cuerpo de Jericho tembló, su control se resquebrajó mientras se abandonaba a los impulsos primarios que lo impulsaban. Los dedos de Erin recorrieron su espalda y supo que había dejado su propia marca en él y sintió una seductora satisfacción.

«Pareja», gruñó, con los ojos enloquecidos por un hambre salvaje. «Pareja», dijo una y otra vez. «Pareja, Pareja». Era un mantra que alimentaba su pasión y los unía.

«Pareja», ella jadeó en respuesta, su voz apenas era más que un susurro mientras se aferraba a él, arqueando su cuerpo para enfrentar cada poderoso empujón.

Estaba tan cerca, tan desesperada por más, y con un empujón final y el roce de sus dientes contra su cuello, ella se corrió, gritando su nombre en voz demasiado alto para tener sentido.

A ella le importaba un carajo.

El mañana llegaría demasiado pronto y la guerra con él. Erin abrazó a Jericho y se permitió tener esperanza.

Todo esto terminaría de una forma u otra. Y entonces lo tendría para ella sola.

Ella no dejaría que ninguna bruja le arrebatara a su Pareja.

CAPÍTULO VEINTIUNO

GIBSON DEJÓ a Erin durmiendo en su cama, pero la satisfacción de verla allí, con el rostro suave por el sueño, acurrucada en sus sábanas, lo siguió a través de la casa y salió por la puerta trasera hacia el patio. El aire de la mañana era fresco.

El otoño ya había llegado a Pensilvania, y al cabo de una semana más o menos, su aliento se nublaría por el frío.

No se permitió preocuparse por lo que vendría. Se negó a considerar que no abandonaría esta batalla. ¿Ni a su Pareja?

Vendería su alma para mantenerla a salvo.

Pero Erin era tan soldado como él, y no había forma de abrirla y mantenerla alejada del frente. Corrían hacia el peligro uno al lado del otro.

Y ganarían.

Se negaba a considerar cualquier otra opción.

Los bosques estaban vivos esa mañana, las hojas se mecían con la brisa, los pájaros cantaban y los insectos zumbaban. No había señales de una amenaza mágica, ningún indicio de que al anochecer este lugar pudiera estar hecho trizas.

Vi no había dicho nada sobre sus sensores, pero Gibson no necesitaba poderes mágicos para saber que no pasaría mucho tiempo antes de que se enfrentaran al enemigo.

Una pequeña parte de él se sintió aliviada. Se habían dirigido a esta confrontación durante años, incluso si él no lo sabía. Desde aquella noche en el bosque alemán cuando todo cambió.

La puerta de la casa se abrió y el aroma de Erin lo envolvió, cálido, familiar y suyo. El lobo interior de Gibson se agitó por la satisfacción.

Ella le entregó una de las dos tazas de café humeantes que tenía en las manos y luego se apoyó contra su costado. Él pasó su brazo libre alrededor de su hombro.

Perfecto.

Si no fuera por la batalla inminente.

«¿Vi ha dicho algo?», Erin preguntó en voz baja.

«Todos se ocultan de mí esta mañana». Con tanta gente en la casa, incluso a esta hora temprana, esa era la única explicación para este momento privado.

Eso hizo que una sonrisa apareciera en los labios de su Pareja. «Sé honesta, te encanta que todos te tengamos un poco de miedo».

Se volvió completamente hacia ella, sus miradas se encontraron y su lobo ciertamente estaba en sus ojos cuando habló. «Nunca quiero que me tengas miedo». Él se inclinó y la besó. Y aunque quería devorarla, hundirse en el momento y dejar que todo lo demás se le escapara, se obligó a retroceder. Por eso había dejado la cama esta mañana.

Todavía necesitaba más fuerza de la que creía poseer.

«No hay nada que puedas hacer... nada que puedas pedir y yo no te lo daría». Eran sentimientos que había hecho todo lo posible por reprimir durante más de dos años y medio, pero después de lo de anoche, no había forma de contenerlos.

El rostro de Erin se puso serio por un momento y luego sonrió ampliamente. «Eso me suena a seguridad laboral». Ambos se rieron un poco ante eso, luego su rostro se volvió sombrío. «Necesitamos resolver esa parte».

Él besó su frente. «Lo haremos». De alguna manera.

Era un buen consejo no involucrarse con los empleados. Demonios, era un crimen real confraternizar en el ejército. Pero esto con Erin era más importante que cualquier trabajo. Si ese era el único obstáculo que quedaba entre ellos, Gibson lo resolvería en poco tiempo.

Abrió la boca para decirlo, cuando alguien gritó frente a la casa. Él y Erin dejaron caer sus tazas y corrieron hacia el interior, subieron las escaleras y salieron por la puerta principal, reuniendo a algunos miembros de la manada que los vieron correr y los siguieron en silencio.

Em estaba al lado de la camioneta en la que había llegado con Andre, frotándose las piernas con la mano y mirando fijamente a la carretera. El todoterreno estaba al final del camino de entrada, con la parte trasera colgando más allá de la valla de madera que bordeaba la zanja en el césped delante de la carretera.

No había nada allí.

La advertencia retumbó dentro de él. Esto no podría ser bueno.

Em enderezó los hombros y caminó hacia el final de la camioneta, pero solo llegó hasta la puerta trasera antes de detenerse. Presionó su mano contra el aire vacío y maldijo. Luego se apoyó contra él, con todo su cuerpo presionando contra la nada, como si allí hubiera una pared invisible.

«¿Por qué Em parece un mimo?», preguntó Owen, uniéndose a la parte trasera del grupo.

Em se dio la vuelta. «Dejé una bolsa en el auto. Ahora hay una pared mágica que significa que no puedo recuperarla».

Vi se abrió paso hasta el frente de la multitud y se unió a Em, agitando una mano frente a ella, con el ceño fruncido.

«Katrina puso una barrera encima de la mía. Eso es... absurdo». Sus dedos brillaron rojos con magia. «Ella tiene que estar cerca. Y está bloqueando mis barreras de notificación de cercanía». El rostro de Vi estaba sombrío cuando lo miró a los ojos. «No tenemos mucho tiempo».

Antes de que Gibson pudiera dar una orden, una llama parpadeó en el borde de la propiedad y encendió chispas para rodear la casa. Pero las llamas no eran fuego normal. Flotaban sobre la hierba, eran de un tinte verde que hablaba de la magia que las alimentaba.

«¿Fuiste tú?», preguntó él.

Vi negó con la cabeza. «Es un hechizo para atravesar mis barreras». Miró hacia la carretera y hacia el terreno baldío al otro lado de la calle, donde parte del barro parecía haber sido removido por un vehículo que había dado la vuelta. «Están justo afuera. Una vez que caigan las barreras, atacarán».

CAPÍTULO VEINTIDÓS

EL ÁTICO ESTABA caluroso y sofocante como solo podían estarlo los áticos. Erin lo sacó de su mente mientras se acomodaba junto al respiradero, con el cañón de su rifle asomando por las tablillas. La vista no era buena, en realidad no. Preferiría una ventana. Pero estaba escondida aquí arriba.

Bien.

No quería que esas malditas brujas la descubrieran.

Su rifle pesaba en sus manos, un peso familiar que había pasado años entrenando para llevar. Pero éste era un tipo de guerra completamente diferente, una que nunca había imaginado que tendría que librar. Y la responsabilidad casi la aplastaba.

Su manada estaba ahí fuera. Su Pareja estaba ahí fuera. Si ella fallaba...

No lo haría.

Afuera, Em estaba junto a Vi, con ambas manos brillando. Cada movimiento que hacía Vi, Em lo hacía medio segundo después. Erin no tenía idea de qué significaba exactamente, pero Vi había dicho que era vital.

El fuego todavía rodeaba la casa, la magia de Katrina devoraba las protecciones de Vi. Erin deseaba que un extintor hiciera algo contra eso, pero era una esperanza falsa. Lo mundano no era una amenaza para lo mágico.

Ella ya no era mundana. Tenía garras y dientes y sabía cómo usarlos. Y su práctico rifle podía detener un hechizo antes de que la bruja tuviera la oportunidad de dispararlo.

Vi se quedó helada y Em hizo lo propio.

Detrás de ellas, Jericho y Rowe eran centinelas silenciosos, ambos lobos gigantes que asustarían a cualquiera que los enfrentara. Erin quería estar ahí abajo con ellos. A una parte de ella le molestaba que la relegaran a la posición de francotirador, aunque fuera porque era la mejor tiradora.

¿Estaba Jericho tratando de protegerla?

Dejó el pensamiento a un lado. No había lugar a dudas en el campo de batalla.

Él era una tormenta dentro de ella, la conexión entre ellos se hacía más y más fuerte con cada beso, cada caricia. Dejó una parte de ella sintiéndose cruda y expuesta, pero Erin no lo dejaría

por nada, y se negó a permitir que una bruja estúpida terminara con ellos antes de que realmente comenzaran.

Los ojos de Erin estaban fijos en la magia reunida en las manos de Vi y Em. Todavía no podía ver al enemigo. Estaba oscurecido por el velo de magia que devoraba las barreras.

Esto era más personal que cualquier combate al que se hubiera enfrentado antes. Una cosa era marchar siguiendo las órdenes del Tío Sam. ¿Y esto? Esto era su vida, su familia. Y ella haría cualquier cosa para mantenerlos a salvo.

Algunos podrían llamarlo asesinato. Pero si hubiera podido matar a Katrina con un cuchillo en la oscuridad, Erin se habría deleitado con ello. Que terminara antes de que empezara.

Pero ya era demasiado tarde para eso.

Miró la escena frente a ella, lista para que cayeran las barreras.

Déjenlos llegar.

La batalla resonaba en la sangre de Rowe. Merodeaba junto a Gibson, hundiendo sus patas en la tierra lo suficientemente profundo como para ensuciar su pelaje. Ese pelaje se ensuciaría de sangre en poco tiempo.

Rowe lo ansiaba.

Quería que las barreras bajaran. Le había dicho a su Pareja que lo hiciera, que les dejara luchar con pelo y garras. Pero su pareja, su sexy, asombrosa e inteligente Pareja, no era tan imprudente como él. Y estaba haciendo todo lo posible para protegerlos antes de que esa barrera cayera y reinara el caos.

Pronto.

Un gruñido se formó en el fondo de su garganta, la necesidad de cargar rugiendo alto y claro.

Podía sentir la magia a su alrededor, tanto la de su Pareja como esa cosa vil más allá de las barreras. Se había vuelto más sensible a ello en los últimos meses, posiblemente por todo el tiempo que pasaba con Vi.

En ese momento ella controlaba el poder como si hubiera nacido para ello, y eso hacía que algo muy dentro de él prácticamente ronroneara, incluso si era un lobo bajo su propia piel.

Una vez que esto terminara...

Pero no había tiempo para distracciones en el campo de batalla, incluso si estaban atrapados en el interminable proceso de espera hasta que el enemigo derribara las barreras.

El fuego a su alrededor centelleaba, casi normal, casi real, pero apestaba a magia negra. Luego, se apagó. A su lado, Gibson se quedó quieto. La magia se disparó en una sola explosión y los oídos de Rowe estallaron.

Las barreras cayeron.

Y parada al borde del camino de entrada estaba una mujer que reconoció vagamente y que

debía haber sido Katrina. A su lado estaba el hermano de Stasia, AR Selby. Y los dos estaban flanqueados por brujas y cambiaformas. Más de dos que Vi había sentido en el hechizo sobre Erin.

La batalla estaba en marcha.

El puño de Stasia se cerró con fuerza, su propio lobo merodeando bajo su piel con la necesidad de moverse. Se sentía inútil sentada en la sala de estar, preparando el botiquín de primeros auxilios y una mesa de cirugía improvisada hecha de láminas de plástico sobre la bonita alfombra de Gibson.

Por la noche, todo esto podría quedar cubierto de sangre.

La sangre de su manada.

La sangre de su Pareja.

Ella era su médica, su sanadora, y aquí era donde tenía que estar, pero era su propia batalla no salir corriendo e intentar detener parte del derramamiento de sangre antes de que comenzara. Un lobo más al lado de su manada podría significar la diferencia entre la vida y la muerte.

Ella no había sido una luchadora cuando se unió, cuando fue arrastrada a este mundo por un mordisco accidental y la desesperación nacida de una herida a base de plata. Pero ahora podía defenderse. Ella y Owen habían estado entrenando. Stasia se negaba a sentirse indefensa.

Pero tenía que dejar que los soldados pelearan.

Sus orejas se abrieron y algo invisible se arrastró por su piel, y supo con absoluta certeza que las barreras habían caído. Su respiración se hizo entrecortada y volvió a revisar su improvisado consultorio.

No había nada que hacer más que esperar ahora.

Esperar y asegurarse de tener al menos dos rutas de salida. Si algo le pasaba a la casa, necesitaba una salida. Contaba con tres. La puerta principal, la puerta de abajo y la ventana que daba al patio delantero. En la última sería una pequeña caída, pero Stasia era dura, y si estaba entre un salto de tres metros o morir, la elección era simple.

Se suponía que debía mantenerse alejada de las ventanas para no ser un objetivo y mantener la atención fuera de la casa. Pero Stasia no pudo resistirse a acercarse sigilosamente y echar un vistazo. La cortina oscurecía la mayor parte de la vista, ocultándola a ella, pero si se inclinaba correctamente, podía mirar a través de una rendija y ver lo que estaba sucediendo.

Maldito bastardo.

Sus ojos se fijaron en su hermano mayor, AR, y frunció el ceño.

Él había estado involucrado en esto desde el principio, la había encaminado para conocer a Owen solo para tener una conexión más cercana con los hombres y mujeres que había transformado en cambiaformas con algún propósito nefasto.

¿Había advertido a Stasia al respecto? Por supuesto que no.

Y ahora estaba aquí para... ¿para qué?

Stasia sabía que su hermano no tenía corazón, era exactamente el tipo de hombre frío e insensible que su padre había criado para ser así. Ella había huido de esa familia tan lejos y tan rápido como había podido y, aun así, a veces el frío del amor de Selby la quemaba.

¿Realmente había venido aquí para matarlos?

AR apartó la mirada de la bruja a su lado y miró directamente hacia la casa, como si tuviera algún sentido especial, alguna forma de poder verla. Era como un cuchillo en el estómago de Stasia.

AR se veía mal. Incluso desde lejos podía ver las bolsas bajo sus ojos. Su traje estaba más holgado de lo que debería haber estado y arrugado, como si lo hubiera llevado durante días.

Se suponía que estaba en Europa, lejos de esta batalla y de la magia que se arremolinaba a su alrededor.

Se suponía que Stasia se quedaría quieta.

Pero tenía que moverse, tenía que hablar con él, aunque fuera una tontería. Tal vez podría encontrar una manera de terminar con todo esto, hacer que AR lo cancelara.

Katrina disparó un rayo de magia hacia Gibson y estalló el caos.

Stasia se movió. Cuando salió por la puerta principal, todo el lugar estaba tan perturbado que nadie se dio cuenta. AR tenía un cuchillo en una mano y algo más que no podía ver en la otra, pero su rostro estaba completamente pálido y temblaba.

Él no quería estar aquí. Fuera lo que fuese lo que estaba pasando, había perdido el control de la situación. Al final del día, todavía era solo un humano en un mundo de magia. El dinero no era el único poder aquí.

Mientras dos cambiaformas se abalanzaban sobre Rowe, Katrina se enfrentó a Gibson y Vi. Otra bruja estaba lanzando disparos de magia, pero parecían más una distracción que cualquier otra cosa.

Una bala pasó silbando por encima, pero el aire sobre la batalla se espesó, haciendo que pareciera que la bala viajaba a través de algún tipo de gelatina.

La bruja extra levantó la vista y sonrió, señalando hacia el ático donde Erin se escondía con su rifle. La bruja arrojó un orbe brillante de magia amarilla directamente a la casa y abrió un agujero en el respiradero donde se suponía que estaba Erin.

Stasia no se permitió considerar las posibilidades. Erin fue rápida y ya había sobrevivido a muchas cosas. Un pequeño rayo de magia no era nada. Incluso si las llamas, ahora fuego real, lamieran el revestimiento de la casa.

AR la vio y se abalanzó sobre ella, dejando caer el cuchillo. Stasia lo enfrentó de frente, pero no para pelear.

«¿Qué demonios?», expresó. Se sintió como un grito, pero la batalla estaba siendo más silenciosa de lo que esperaba, la magia era solo un susurro intercalado con gruñidos y aullidos y

algún que otro grito de dolor.

«¿Dónde está Em?», él preguntó de inmediato, mirando a su alrededor como si su otra hermana no estuviera parada junto a Vi, con sus propias manos brillando con magia. «Vamos, puedo sacarlas de aquí. Kat está distraída».

Stasia parpadeó y su cerebro se sacudió. «¿De qué diablos estás hablando? ¡Tú eres el que nos está atacando!». Quería gritar, pero mantuvo la voz baja. Nadie los había notado hablando todavía, y no quería llamar la atención, no mientras la batalla se libraba a su alrededor.

«Eres mi hermana, por supuesto que quiero sacarte de todo esto. A Em también. Deja que Kat se ocupe de los demás. Saldremos limpios y descubriremos cómo arreglarlas, a las dos». Extendió la mano para agarrarla.

Stasia retrocedió tambaleándose. «No hay nada que arreglar. ¿Por qué haces esto?». Mientras preguntaba, se dio cuenta de que la necesidad de saber la respuesta era la razón por la que había salido.

«Vine a rescatarlas», lo decía como si fuera obvio.

Esto era inútil. Y Stasia había sido una tonta. Una tonta imprudente. Éste no era el lugar al que pertenecía, y AR había estado fuera de salvación durante mucho tiempo. Ella sacudió la cabeza y retrocedió un paso.

AR metió la mano en su bolsillo, pero antes de que pudiera hacer algo más, Stasia escuchó un gruñido y luego sintió el calor abrasador cuando un lobo se abalanzó y la derribó al suelo.

CAPÍTULO VEINTITRÉS

OWEN SINTIÓ el tirón del vínculo que lo conectaba con Stasia y corrió, sus cuatro patas lo llevaron más rápido de lo que jamás había corrido, justo a tiempo para ver a un lobo enemigo chocar contra ella. Rápidamente notó a AR Selby parado allí, mirándolo fijamente y congelado.

El bastardo inútil no estaba haciendo nada para ayudar a su hermana.

Y si Owen no estuviera tan ocupado protegiendo a su Pareja, habría hecho algo al respecto. En cambio, clavó sus dientes en el lobo enemigo y se lo arrancó a Stasia, colocándose entre su Pareja y el daño que había hecho.

Se suponía que Stasia estaba dentro. Se suponía que debía estar tan segura como cualquiera podría estarlo en este momento. Pero tal vez el fuego que ardía silenciosamente a lo largo del costado de la casa la había hecho salir corriendo.

O tal vez fue su lamentable excusa de hermano.

Todo eso fue dejado a un lado cuando Owen dejó que su bestia corriera libre, con los dientes manchados de sangre y sediento de más. Nadie lastimaba a su Pareja, a su manada, no sin pagar por ello.

Había una especie de satisfacción enfermiza corriendo por sus venas. Hacía un año había conocido a su pareja, un año atrás su vida se había vuelto completa de una manera que nunca había soñado. Pero bajo todo eso persistían las preguntas.

Ahora tenían sus respuestas. Ahora casi había terminado.

Owen se abalanzó de nuevo, pero el lobo era astuto y se le escapó de las manos. Miró por encima de su hombro tan rápido que Owen casi lo pasa por alto, y luego salió corriendo. Owen estuvo tentado de seguirlo. Casi.

Pero no mientras Stasia estuviera caída.

Owen saltó hacia ella, todavía vestido con su pelaje. Él podría haberse movido, pero ella ya estaba sentada, sacudiéndose la tierra del brazo. Su blusa estaba rota, pero no vio sangre. Ella estaba bien.

Mientras ella estuviera bien, Owen estaría bien.

Miró a AR, pero el hermano de Stasia ya no estaba.

El alma de Andre se tensó en su pelaje. Su Pareja estaba fuera de la vista, en primera línea y enfrentándose a una fuerza contra la que no podrían luchar sin ella. Le tomó toda su disciplina no dar vueltas por la casa y enfrentarse a sus enemigos.

Gibson estaba allí. Rowe también. Y si alguien mantendría a Em a salvo, eran ellos.

Él y Hunter tenían que proteger su flanco, para asegurarse de que nadie entrara por el bosque y los tomara por sorpresa. Era un trabajo frustrante. Había kilómetros de bosque y solo por el olor debería haber podido saber si estaban en peligro.

Pero a la magia le importaban un carajo sus sentidos.

Gruñó y Hunter resopló con curiosidad. Ninguno de los dos podía hablar en sus formas de lobo, pero ¿qué importaba eso? Todo significaba lo mismo.

La amenaza no venía del bosque.

Un rayo de magia se dirigió hacia él, procedente del campo junto a la casa. El campo abierto, donde Andre podía ver a kilómetros de distancia. Excepto que el aire de ese campo brillaba de una manera que no debería, y un suspiro después se partió en dos y vomitó a una bruja y dos lobos que corrían directamente hacia él y Hunter.

El primer lobo lo golpeó como un disparo mágico sobre su cabeza. Hunter gritó, pero Andre tuvo que bloquearlo. Podía defenderse solo en una pelea, tenía que hacerlo.

El lobo siguió avanzando, incluso cuando los dientes de Andre le abrieron un terrible agujero en el costado. Atacó como si no pudiera sentir dolor, como si no hubiera nada que quisiera más que destruir a Andre y todo lo que amaba.

Andre se defendió, dejando todo lo demás a un lado, incluso la preocupación por Em. Si no eliminaba a esos lobos ahora, la atraparían. Ésta era la única forma en que podía ayudar.

El plan podría haber funcionado... si no hubiera sido por la bruja.

Un rayo de magia atrapó a Andre en su costado y gritó, el dolor lo atravesó más rápido de lo que podía pensar. El lobo se estrelló contra él, clavándole los dientes en el pelaje cerca de su hombro, apenas rozando su cuello.

Fue pura suerte, pero Andre no pudo aprovecharlo. No podía cambiar el rumbo a su favor, no cuando cada nervio estaba ardiendo con los restos de ese hechizo.

Había luchado contra la magia una vez antes, y de algún modo esto era peor. Luego, se había estado enfrentando a un enemigo que no podía ver, pero no había sido apuntado hacia él. Ahora, él era el objetivo y la magia no quería soltarlo.

Otro rayo lo alcanzó y gimió, pero por alguna razón el lobo había dejado de atacar. Andre no tenía tiempo de preguntarse por qué. Rodó hacia un lado, haciendo todo lo posible para proteger su vientre antes de que el lobo pudiera regresar. Pero estaba herido y adolorido, demasiado distraído por la magia como para ser bueno para Hunter o cualquier otra persona.

La bruja sonrió malvadamente y levantó la mano, la magia de color púrpura oscuro brillaba

con su luz siniestra.

Pero antes de que pudiera dispararle ese tiro fatal a Andre, un lobo se abalanzó sobre la bruja y la envió al suelo.

Kerry no era una luchadora. Algunos días todavía tenía que pensar en el hecho de que era una maldita cambiaformas.

Pero eso no importó cuando se lanzó hacia la bruja con las extrañas manos brillantes y chasqueó, usando garras y dientes hasta que la bruja dejó de moverse y la magia se desvaneció.

Andre, en forma de lobo, se retorció en el suelo cercano, y Bryan se acercó con cuidado, empujándolo con el hocico.

Una vez que la bruja dejó de moverse, Andre rebotó, saltando sobre sus patas como si nada pudiera detenerlo y gruñendo en dirección a Hunter.

El lobo se enfrentaba a otros dos. Lo tenían acorralado contra el costado de la casa y Kerry prácticamente podía oler la sed de sangre en el aire.

Hoy no. No iban a perder a nadie en esta pelea. Ella se negó.

Con las probabilidades cambiadas, los lobos enemigos no tenían ninguna posibilidad.

Kerry podría tener pesadillas sobre eso más tarde, sobre la forma en que la sangre rociaba su pelaje, el sabor fuerte en su lengua.

Esas pesadillas podrían mezclarse con todas las demás. No importaba, no mientras ayudara a su manada a sobrevivir a esta pelea.

Intercambió una mirada con Hunter, pero la mujer estaba en su elemento, la batalla brillaba en sus ojos de lobo mientras atacaba a uno de sus oponentes y dejaba escapar un aullido de victoria mientras el lobo enemigo gemía y caía.

Kerry apoyó a la manada mientras Bryan y los demás acababan con los lobos. La violencia de esto le revolvió el estómago a Kerry, pero ella no retrocedió. Había sido arrastrada a este mundo en contra de su voluntad, pero ahora estaba aquí y quería quedarse. Tenía una Pareja, una manada y no podía pedir más.

Bueno, tal vez podría pedir que esta batalla terminara, pero eso sucedería. De una manera u otra.

Los lobos enemigos habían caído. Se habían encargado de la bruja.

Kerry rozó a Bryan, permitiéndose sentir un momento de triunfo.

Duró solo lo suficiente para que un grito procedente del otro lado de la casa rasgara el aire.

Kerry salió corriendo.

El humo le hizo cosquillas en la nariz, pero eso no fue suficiente para que Erin abandonara su posición. El fuego estaba devorando el revestimiento de la casa, pero con cada centímetro que cubría, parecía más cerca de extinguirse, chisporroteando en daños a la propiedad y el recuerdo de las llamas.

Los lobos luchaban contra los lobos mientras las brujas se sentaban lo mejor que podían y se enfrentaban desde una distancia segura. Erin había intentado más de una vez dispararle a Katrina Stevens en la frente, pero había alguna fuerza mágica que lo impedía. Sus balas volaban certeras, pero luego parecían encontrar una pared invisible de magia que hacía que pareciera que estaban volando a través de gel balístico hasta que cayeron al suelo sin causar daño.

Se suponía que Erin no podía *ver* las balas después de dispararlas.

Estaba perdida donde estaba, y eso se hacía más evidente a cada momento. Esta era una pelea mágica, no había lugar para las armas.

Pero el entrenamiento de Erin, su disciplina, era profunda. La mantuvo en su lugar durante mucho tiempo cuando quiso moverse y fue casi lo suficientemente fuerte como para mantenerla allí cuando un rayo de magia envió a Gibson volando por el aire, cayendo hacia un arbusto frente a la casa.

Mierda. Se había ido.

Erin se movió tan rápido que podría haberse teletransportado. Al menos eso es lo que sintió. En un momento estaba en el ático, al siguiente supo que estaba en el campo, agarrando a un lobo enemigo con sus desnudas manos *humanas* y luchando como si pudiera ganar.

Sus instintos le gritaban que encontrara a Gibson, que encontrara a su Pareja, pero era un caos y no podía verlo a través de la neblina de magia que la rodeaba.

Tenía que estar bien. Ella lo sabría si no lo estuviera.

Ese era un estribillo que Erin dejó sonar en su cabeza mientras se enfrentaba a cada enemigo de frente, recordando finalmente sacar su cuchillo e igualar el campo de juego entre ella y los lobos.

Unos cuantos lobos y una bruja yacían inmóviles en el suelo, pero el resto de los lobos atacaban con una ferocidad que Erin nunca había visto antes. Esto era más que furia de batalla. Y cuando vio a una bruja apuntando una ráfaga de poder a un lobo enemigo, empezó a entenderlo.

Esos lobos podían hacer daño, pero las brujas los estaban curando o, si no, estaban haciendo algo para mantenerlos erguidos. No caerían hasta que no hubiera posibilidad de volver a levantarse.

Erin se dirigió hacia las brujas.

Nadie la notó y pasó junto a Owen, que se estaba transformando en lobo, sin que ninguno de los dos mirara en su dirección. Durante medio segundo se preguntó si se trataba de algún tipo de magia, si la estaban convocando, pero sospechó que era solo suerte. Katrina y su gente luchaban de manera demasiado caótica para ser llamados ejército y no tenían entrenamiento. Por eso sus lobos y brujas yacían muertos mientras la fuerza más pequeña de Erin y su manada los

mantenían a raya.

Por ahora. Una fuerza no entrenada, especialmente una grande, seguramente tendría suerte.

Un grito femenino interrumpió la marcha de Erin y ella se detuvo, volviendo la cabeza.

Stasia.

Mierda.

La médica de la manada estaba defendiéndose de un lobo mientras una bruja le lanzaba magia. Erin sabía que Stasia podía defenderse en una pelea, Owen la había estado entrenando durante meses. ¿Pero dos contra uno donde uno de esos enemigos tenía magia? Stasia no tenía ninguna posibilidad.

Erin cambió su trayectoria, acercándose detrás de la bruja y acabándola con un golpe de cuchillo.

De alguna manera distrajo al lobo y Stasia disparó. El lobo cayó.

No volvió a levantarse.

Stasia se secó la frente con el dorso de la palma de la mano y le manchó un poco de sangre la cara. No pareció molestarla. «Se supone que no deberías estar aquí abajo», dijo ella.

Erin sonrió. «No podía dejar que te divirtieras sin mí».

Cualquier otra cosa que pudieran haber dicho fue interrumpida por otro lobo cargando contra ellas. Erin lamentó no haber cambiado a su otra forma, pero ahora tomaría demasiado tiempo y la dejaría vulnerable durante el cambio. Dejó que el arrepentimiento desapareciera, no tenía cabida allí.

Pero antes de que el lobo pudiera golpearlas, se detuvo con estrépito, patinando sobre el barro y gruñendo. Erin no se atrevió a quitarle los ojos de encima, pero tampoco se acercó más. Si algún tipo de magia estaba interfiriendo con el lobo, no quería quedar atrapada en ella.

«Ve a pelear con alguien más», dijo una voz masculina. Erin no lo reconoció, lo que significaba que no era uno de los miembros de su manada.

Ella se puso en pie, lista para pelear.

Stasia tropezó y se detuvo. «AR». Fue una palabra ahogada llena del tipo de emoción que no pertenecía a este tipo de pelea.

Entonces este era el hermano de Stasia. Para ser honesta, esperaba a alguien más impresionante. Pero AR nunca había hecho nada por sí mismo. Había esperado a que terminara su antigua vida y todavía estaba esperando heredar la empresa de su padre. Y en lugar de convertirse en un cambiaformas, había puesto a su hermana en el camino de la manada y había observado cómo se desarrollaba todo sin previo aviso.

Erin enseñó los dientes. Este pedazo de mierda estaba a punto de recibir lo que se merecía.

AR miró hacia atrás por encima del hombro. «Stasia, vámonos. No tienes que estar aquí».

«Podría decirte lo mismo». Había más emoción en la voz de la médica de la que Erin había escuchado nunca antes. Por lo general, Stasia era tranquila y, a veces, dura. Guardaría las emociones más suaves para su Pareja, supuso Erin. «¿Por qué haces esto? ¿Qué está pasando?».

Los ojos de Erin se dirigieron al dispositivo mágico que tenía en su mano. Podría controlar a los cambiaformas. Había hecho huir a ese otro lobo. Pero no lo estaba usando con ellos. Aún no. Erin se puso de pie y AR la miró, su mano temblaba y apuntaba el dispositivo mágico hacia ella. Si era parecido al que había encontrado en el barco, no quería que él lo usara. Poco podía hacer para combatirlo.

«¿Tienes alguna idea de qué tipo de poder ofrecen estas personas?», AR se burló. «¿Sabes qué podría hacer con él?».

«Ya tienes muchísimo poder», escupió Stasia. «Conozco el tamaño de tu fondo fiduciario. De lo que estás a punto de heredar. ¿Es todo esto porque nuestro padre no ha muerto? Eres una de las personas más ricas del país. ¿Por qué preocuparte por la magia?».

El ceño de AR se hizo más profundo. «No lo entiendes. A ti se te dio todo».

Stasia se rió. «¿A mí? Cierto. Tú nunca...», Stasia dejó escapar un profundo suspiro. «Solo abandona este lugar, AR. Vete. No tienes que hacer esto».

Desafortunadamente, eso tuvo el efecto contrario en el hermano de Stasia. Levantó la mano y el dispositivo que contenía comenzó a brillar.

«Corre, Stasia», murmuró Erin, esperando que AR no pudiera oírla. «Yo te cubriré».

Stasia no corrió. «Quédate quieta», ordenó AR, y la fuerza se apoderó de Erin con fuerza. Ni siquiera podía apretar los dedos. Intentó luchar contra ello, pero por mucho que se esforzara, su cuerpo no se lo permitía.

AR la miró directamente por un segundo, como si no pudiera decidir qué hacer con ella. Si él le dijera que muriera, ¿lo haría? ¿Ese dispositivo tenía tanta potencia? Necesitaba destruirlo. Ella no quería que existiera algo así en el mundo.

Estaba tan concentrada en AR que no escuchó a la segunda persona acercarse hasta que ya estuvieron a una distancia de ataque. La mujer parecía un poco mayor que Erin y vestía un ajustado traje táctico negro. Sus uñas estaban pintadas de negro y una energía roja brillante circulaba alrededor de ellas.

«Atraste dos humanas». Le dio a AR una sonrisa lobuna. «Bien hecho. Termínalas y sigamos adelante».

La luz que rodeaba los dedos de la bruja parpadeó por un momento antes de desaparecer como una vela apagada.

Erin podría haber dicho algo sobre eso, pero el dispositivo de AR todavía la paralizaba con fuerza y no había manera de que pudiera decir una palabra.

«Está bien», dijo AR, su tono con el tipo de finalidad que haría estremecer a una persona en una sala de juntas. «Ve a ocuparte de otra cosa».

La bruja le dirigió una mirada incrédula. «Tú no eres mi jefe. Termínalas».

AR tragó saliva, pero levantó el dispositivo y apuntó a Erin. No se permitió pensar en arrepentimientos y definitivamente no se permitió pensar en Gibson. Pero AR dudó.

La bruja soltó una maldición y luego levantó su mano hacia Erin, la luz roja volvió a la vida

por un momento. Extendió su mano hacia Erin, como si estuviera tratando de enviar un rayo de energía a través del corto espacio entre ellos. Pero nada pasó.

Luego, más rápido de lo que Erin se dio cuenta de lo que estaba sucediendo, la malvada bruja retrocedió y sujetó su mano sobre el cuello de AR. Su mano se encendió de un rojo brillante y AR gritó y dejó caer el dispositivo.

El control sobre Erin se evaporó y ella se lanzó hacia la bruja, clavándole su cuchillo antes de que tuviera la oportunidad de darse cuenta de que Erin y Stasia estaban libres. Pero incluso cuando la bruja cayó, AR gritó.

CAPÍTULO VEINTICUATRO

GIBSON SE DIO cuenta de que Katrina dejaría morir a cada una de sus brujas y lobos antes de que alguien se acercara a ella. Le habían cortado en varios lugares, pero no sangraba profusamente. Le dolían los músculos, y era solo el hecho de que en ese momento tenía cuatro pies en lugar de dos lo que lo mantenía de pie.

Eso y la necesidad de proteger a su manada, a su Pareja.

Vi disparó rayos de magia a cualquiera que se acercara a ella, pero la propia magia de Em se había apagado hacía media hora. Había corrido para ponerse a cubierto, pero regresó en cuestión de minutos, adoptó su forma de loba y estaba lista para luchar.

Gibson no podía permitir que ninguna de estas personas sufriera ningún daño. Eran todos suyos y se tomaba esa responsabilidad en serio. Un lobo enemigo se abalanzó sobre él, y Gibson enterró sus dientes en el pelaje de la criatura y lo sacudió con todas sus fuerzas, enviándola a volar. No había sido así entrenado para la batalla. Esto no era lo que debía hacer, o tal vez lo era. Quizás el destino tenía una manera de encontrar a las personas que necesitaba y ponerlas en este tipo de situaciones para probar quiénes eran realmente.

Necesitaban llegar a Katrina.

Gibson atacó, pero fue interceptado por otra bruja que cayó bajo sus garras. Rowe corrió justo detrás de él, tratando de usar la distracción a su favor, pero Katrina casi lo incinera con un desagradable rayo de magia.

Su número estaba disminuyendo. Hasta donde Gibson sabía, no había perdido a ninguno de sus lobos, pero las fuerzas de Katrina seguían en el terreno. No hay suficientes de ellos. Los lobos luchaban con una energía impía, atravesando heridas que habrían derribado a cualquier bestia normal. ¿Era mágico? No podía estar seguro. Pero sabía que mostrar misericordia no estaba funcionando. Cuando prefirió dejar a un lobo herido en lugar de muerto, el lobo se puso de pie y lo atacó como si la misericordia fuera un insulto.

Gibson siguió luchando.

Hacía tiempo que no escuchaba un disparo desde arriba y estaba tratando de no pensar en el fuego que arrasaba su ático. Erin estaba bien. Había visto la forma en que la magia devoraba sus balas. Y aunque él la quería en la posición más segura, su corazón egoísta hacía lo que podía

para mantenerla a salvo, el soldado de su Pareja no se quedaría atrás donde sería inútil. Tenía la sensación de que ella se había metido en la pelea. Y necesitaba que esta pelea terminara antes de que Katrina pusiera sus ojos en Erin.

Gibson retrocedió detrás de Vi y encontró a Rowe ya allí, esperándolo. Hunter estaba a su lado, su forma de lobo más pequeño libre de cualquier herida. Ella gritó un saludo y Gibson enseñó los dientes, lo que podría haber sido una sonrisa en otra forma, pero en esta se convirtió en una amenaza.

«Denme dos segundos», les murmuró Vi. «Ella tiene una barrera realmente inútil. Cuando diga que corran, corren hacia ella».

El olor a magia le hizo cosquillas en la nariz a Gibson y se preguntó si alguien podría ser alérgico a ello. Le dieron ganas de estornudar. No tuvo más tiempo para pensar en ello cuando Vi dio la orden y los tres lobos cargaron.

Katrina los vio llegar, como si pensara que no podrían acercarse a ella. *¿Qué he hecho?* Le había confiado a la bruja su vida y su manada. Si ella decía que debían cargar, debía haber una manera de sacar a Katrina.

La mirada de Katrina se encontró con la de él y sonrió cruelmente, levantando una mano y apuntándola directamente hacia él. Gibson no vio la explosión de magia, pero lo envió volando hacia atrás, estrellándose contra el suelo con un grito de dolor mientras la agonía lo atravesaba.

Al diablo con su forma humana, Erin había aprovechado la oportunidad para cambiar a su forma de lobo y saltó hacia el centro de la acción, donde su manada estaba tratando de eliminar a la bruja malvada responsable de toda esta mierda y dolor.

Ya casi había llegado cuando vio a Gibson volar por el aire y aterrizar con un grito de dolor. Cada instinto en ella exigía que fuera con su Pareja, que lo ayudara y se asegurara de que estaba bien. Pero Erin se obligó a seguir su camino. Ella no podía hacer nada por él en esta forma, nada más que luchar y poner fin a esto.

Rowe y Hunter se habían enfrentado a Katrina y estaban bailando entre sus rayos de magia. Ella los maldijo, tanto de la manera tradicional como mágicamente.

No vio a Erin acercarse detrás de ella. No la sintió cuando Erin se abalanzó y la derribó al suelo.

Erin tenía el tiro perfecto para clavar sus dientes en la garganta de Katrina y terminar con esto de una vez por todas. En cambio, deslizó sus garras por el costado de la bruja y sintió una satisfacción sombría cuando la mujer gritó. Katrina había lastimado a su Pareja, Erin iba a lastimarla también.

Su error se hizo evidente casi tan pronto como empezó. Katrina extendió la mano, sin prestar atención a la sangre que corría por su costado, y hundió una mano en el pelaje de Erin. Murmuró

una especie de hechizo oscuro que Erin no pudo entender. Erin intentó alejarse. Debería haber sido fácil. Ella era más fuerte que Katrina en esta forma y la mujer no tenía un agarre fuerte. Pero Erin se quedó congelada cuando los dedos de Katrina apretaron su pelaje y luego lo arrancaron, llevándose algo de lo más profundo de ella con ellos.

Erin gritó, pero no salió de su garganta lobuna.

Ni siquiera sintió que el cambio se apoderara de ella. En un segundo era una loba y al siguiente era una mujer humana desnuda arrodillada a los pies de Katrina.

«¿Qué...?», Erin miró a Katrina, con los ojos muy abiertos, pero recuperó el sentido en menos de un segundo y se apartó antes de que Katrina pudiera hacer algo con la magia que acababa de robarle a Erin.

Erin se alejó corriendo, con el cuerpo congelado por el repentino escalofrío de la desnudez y el pecho completamente vacío. Sentía como si le hubieran arrancado el alma desde el centro de ella, y no pudo evitar inclinarse y vaciar su estómago, con el vómito vil en su boca.

Sintió, y luego escuchó, el grito de Katrina, y finalmente miró para ver a Gibson acercándose a la bruja, con sus garras enterradas en su pecho. La mano de Katrina tembló, la magia oscura se cernía sobre ella, y Erin intentó gritar una advertencia, pero su voz se había ido por completo, su garganta estaba ronca por cualquier maldad que Katrina hubiera causado.

Pero la advertencia fue innecesaria. Gibson no perdió el tiempo intentando hacerla sufrir. Le clavó los dientes en la garganta y listo. Erin se hundió aliviada, parte de la oscuridad que se aferraba a ella se rompió cuando se dio cuenta de que cualquier hechizo que Katrina le había hecho se había soltado por completo.

Vi fue la primera en llegar hasta ella, se quitó la chaqueta y se la ofreció a Erin. Erin se la puso, agradecida por tener algo con qué cubrirse.

Miró alrededor del campo de batalla que era la casa de Gibson. Todavía debería haber lobos y brujas a su alrededor; no habían matado a todos. Pero incluso los pocos que habían logrado eliminar ya no estaban. No había nadie excepto el cuerpo de Katrina.

Y entonces Erin escuchó el sollozo de Stasia.

Estaba un poco inestable mientras regresaba a donde Stasia estaba inclinada sobre AR, cuya respiración dificultosa sugería que no estaría mucho tiempo en este mundo. Vi estaba justo detrás de Erin, el resto de la manada, todos ellos en sus formas de lobo, convergiendo detrás de ella.

«¿Hay algo que puedas hacer?», Stasia preguntó entre jadeos. «No veo ninguna herida. No puedo arreglarlo».

Vi se arrodilló y colocó su mano sobre la furiosa marca roja en el cuello de AR. «Su magia vital fue agotada». Él jadeó y se puso tenso, y Vi se estremeció. «Lo siento, eso es todo lo que puedo hacer. Tienes tiempo suficiente para decir adiós», ella dio un paso atrás.

El rostro de Stasia se endureció y miró a su hermano. Abrió los ojos, pero no parecían centrarse en nada.

«¿Por qué, AR?», preguntó, esta vez con voz dura.

«Era una oportunidad demasiado buena. Mucho poder. La bruja me dijo que podía tenerlo todo. Podríamos robárselo a los cambiaformas y nadie lo sabría. Volvería. Una y otra vez. ¿Dónde está ella? ¿Qué sucedió?». Jadeó de nuevo y trató de sentarse, pero no tenía fuerzas. Unas cuantas respiraciones más laboriosas fueron todo lo que logró.

Em se acercó a Stasia y se inclinó hacia su hermana. Ambas permanecieron en vigilia mientras lo último de su energía se agotaba y moría.

Gibson se acercó a Erin y ella dejó que su mano descansara en su pelaje. Los dos se alejaron de las hermanas. El resto de la manada, excepto las Parejas de las hermanas, también se dieron la vuelta, dándoles privacidad. Podrían haber ganado, pero las hermanas necesitaban este momento para afrontar su pérdida.

CAPÍTULO VEINTICINCO

A LA SEMANA SIGUIENTE, Gibson no podía creer que todo hubiera terminado. Estaba agradecido por la magia de Vi a la hora de deshacerse de Katrina y la evidencia de la batalla, y decidió no hacer demasiadas preguntas cuando ella parecía muy competente para ocultarlo. Quizás era lo mejor. Stasia y Em estaban tristes mientras pensaban en la historia que necesitarían contar a su familia sobre la desaparición de AR. Finalmente, Vi sugirió que colocaran su cuerpo en una ruta de senderismo para que pareciera que le había ocurrido un accidente.

No había sufrido ninguna herida externa. Explicaba que una bruja le había succionado la fuerza vital y, para cualquier forense, esto podría parecer deshidratación o agotamiento.

Em se mostró reacia al principio, pero Stasia estuvo de acuerdo y Gibson hizo que Vi y Rowe se encargaran de ello.

El resto de la manada no los había dejado tan sutilmente a él y a Erin a su suerte tan pronto como arreglaron el daño superficial a su casa. Por suerte, el incendio había sido lo peor y no había sido tan malo como temía en medio de la batalla.

Tendría que llamar a un inspector en algún momento para asegurarse de que no hubiera secretos ocultos que hicieran que la casa se derrumbara en una pila de madera y escombros, pero parecía lo suficientemente resistente por ahora.

Le hizo el amor a su compañera con la ferocidad de un hombre que sabía que casi la había perdido. Y Erin le devolvió los sentimientos multiplicados por diez.

Pero algo andaba mal. Algo que ella estaba reprimiendo.

Al principio, pensó que era solo la fatiga de la batalla. Algunas personas se recuperaban de la pelea como si nada, otras necesitaban tiempo. Y ahora tenían tiempo. Si había que creer en las últimas palabras de AR, Katrina, AR y cualquier otra persona con la que habían estado trabajando se habían ido.

Sí, no todas las brujas estaban muertas, pero le habían cortado la cabeza a la bestia. Si las brujas y los lobos que habían estado trabajando para Katrina fueran inteligentes, se dispersarían con el viento y nunca más se volvería a saber de ellos.

Al menos por ahora, Gibson se permitió creer que ese sería el caso.

Encontró a Erin sentada en un banco en el patio trasero, mirando el fogón vacío. Su rostro

estaba demacrado, las bolsas bajo sus ojos hacían que pareciera que no había dormido en una semana, algo que él sabía que era completamente falso ya que había dormido a su lado todas las noches.

Se sentó a su lado y ella se apoyó contra él, con la cabeza apoyada en su hombro mientras él la rodeaba con el brazo.

«¿Quieres salir a correr?», preguntó. No habían hecho eso desde antes de la batalla, y el lobo de Gibson estaba ansioso bajo su piel.

Erin se puso rígida. Y entonces un sollozo salió de ella. «¡No puedo!», ella se desplomó en su asiento.

«¿Por qué no?». Su propio corazón se rompió ante el dolor en su voz, pero no la soltó. No a ella, no, nunca.

«No puedo cambiar», confesó Erin. «Lo he intentado todos los días desde la pelea, desde que Katrina me hizo algo. Fue como si hubiera sacado a mi lobo de mí y ya ni siquiera puedo sentirlo. No hay nada ahí. Nada en absoluto».

Gibson no se sorprendió. Debería haber sido. Debería haber sido el tipo de cosa que lo desgarraba, el impacto que lo haría volver a ponerse de pie. Pero al recordar la última semana y las cosas que Erin no había dicho, todo cobró sentido.

Se aferró con fuerza, sin saber cómo responder. «Te amo», dijo finalmente. Eso siempre sería cierto.

Erin envolvió sus propios brazos alrededor de su abdomen y lo abrazó con fuerza, las lágrimas comenzaron a empapar su camisa.

«Hablé con Vi», dijo ella. «Dijo que nunca había oído hablar de algo así. Que no debería ser posible. Dijo que pensaba que mi lobo debería volver a mí en unos días o semanas. Pero no es así. Se ha ido. Lo puedo decir».

«Podemos preguntarle a otra bruja», ofreció Gibson, aunque no había nadie en quien confiara más que Vi.

Erin se apartó un poco para poder mirarlo a los ojos. Los suyos eran firmes con determinación. «Quiero que me muerdas. Quiero que me conviertas nuevamente en lobo».

Por alguna razón, todo en Gibson se rebelaba ante eso. No porque quisiera que Erin siguiera siendo humana. Quería la alegría de correr por el bosque con su Pareja, de saber que ella tenía esa otra forma y esa fuerza dentro de ella. No había nada que él le negaría.

Pero recordó el dolor que había sufrido Stasia cuando la mordieron. Sabía que Em casi había muerto por su mordedura. Y Vi había insinuado que podría ser peligroso y que habían tenido suerte.

«Una semana más», dijo. «Demos otra semana para ver si tu lobo regresa. Luego hablaremos con Vi».

Y rezaría todos los días para que el lobo de Erin regresara.

El lobo de Erin no regresó la semana siguiente, ni tampoco en los tres días posteriores. Erin estaba llena de energía inquieta y desesperada por que Gibson superara lo que lo estaba frenando y ya la mordiera.

Habían regresado brevemente a la ciudad y a su apartamento. Erin se dio cuenta de que era la primera vez que había estado en la casa de Jericho en la ciudad. Era exactamente lo que esperaba: refinada, un poco aburrida en la decoración, pero de tamaño decente, y con una cama lo suficientemente cómoda y más que suficiente para los dos. Eso era todo lo que importaba.

Pero estaban de nuevo en la granja y esta vez Vi estaba allí con ellos. Se sentaron en el patio trasero, la mano de Erin en la de Jericho, y hablaron con la bruja.

«Es peligroso», dijo Vi. «No sé si hay algo en tus transformaciones mágicas que hizo que Stasia y Em se transformaran bien, pero existe un riesgo».

«Quiero volver a ser un lobo», dijo Erin, tratando de ignorar cualquier riesgo que pudiera representar.

«¿Qué riesgo?», preguntó Gibson.

Vi frunció los labios y respiró hondo, con los hombros en línea recta. «Para empezar, la muerte. Cuanto más tarda la transformación, más riesgo hay. Podemos mitigar eso. Puedo acelerar la transformación mágicamente, como lo hice con Em. Será doloroso, pero rápido. Pero hay otra cosa. Los cambiaformas pueden volverse salvajes. Algo en el cambio hace que se pierdan. Se convierten en seres decididos a causar tanto dolor, destrucción y daño como sea posible».

«¿Entonces me volvería loca? ¿Rabia o algo así?», eso le dio a Erin un segundo de pausa. ¿Realmente valdría la pena correr el riesgo?

Vi negó con la cabeza. «No es tan simple. Los lobos salvajes son peligrosos porque son difíciles de detectar. Son capaces de conversar, de ocultar parte de su violencia. Son inteligentes, astutos y absolutamente despiadados. Es como si algo en su cerebro se rompiera durante el cambio. He oído hablar de lobos que se vuelven salvajes después de haber cambiado, y a veces ocurre en cambiaformas natos, pero lo más probable es que suceda inmediatamente después de la transformación».

«¿Por qué no nos has contado sobre esto antes?», exigió Gibson. Apretó la mano de Erin con más fuerza, como si eso fuera suficiente para mantenerla a salvo.

Vi lo miró. «Hemos estado un poco ocupados. ¿Y cuál era el punto? No es como si hubieras estado dando vueltas y transformando a un montón de personas en lobos».

«Todavía lo quiero». Tal vez Erin estaba siendo imprudente, tal vez podría aprender a vivir siendo un ser humano normal nuevamente, pero sabía lo que se sentía transformarse y quería recuperarlo. «¿Cuáles son las probabilidades?».

«No lo sé. No hay manera de saberlo. Tal vez usar magia lo haga menos probable. No he

oído hablar de tantos lobos salvajes. Unas pocas docenas entre cien mil. Tal vez». No parecía segura de sus números.

«¿Hay cientos de miles de cambiaformas?», preguntó Gibson con los ojos muy abiertos.

Vi asintió. «Oh, cuando menos. Hay siete mil millones de personas en el planeta. Un buen número de lobos ahí fuera. Y tigres. Leones. Coyotes. Muchos animales».

«Un par de docenas entre cientos de miles no son malas probabilidades», dijo Erin. Estaba segura de que hacía cosas que eran más riesgosas semanalmente. Miró a Gibson. «¿Lo harás, Jericho?». Era un golpe bajo usar su nombre así.

Él le apretó la mano y dejó escapar un suspiro lleno de miedo y esperanza. «Sí». Se volvió hacia Vi. «¿Cuándo?»

«Ya estoy lista», respondió la bruja. «Solo necesitas cambiar de forma. Te daré un par de minutos», regresó al interior.

Gibson tomó la mejilla de Erin y se inclinó hacia delante, besando sus labios. «Sabes que no me importa si eres un lobo o no», le dijo.

Erin envolvió sus dedos alrededor de sus bíceps y le devolvió el beso. «Pero me importa».

«Me quiero casar». Salió de Gibson como si se rompiera una represa.

«¿Qué?», Erin se sobresaltó.

Jericho le sonrió. «Quiero casarme contigo. ¿Qué dices?».

«¿Es este realmente el momento para una propuesta?», la risa amenazó con salir de Erin, pura alegría de que el hombre frente a ella fuera suyo.

«Teniendo en cuenta la conversación que acabamos de tener con Vi, sí, este es exactamente el momento». Jericho le estaba sonriendo, como si supiera que su vacilación, su resistencia, no tenía nada que ver con él y sí con la sorpresa.

«Bien», dijo Erin, todavía sonriendo. «Si me vuelves a convertir en lobo, me casaré contigo».

«De acuerdo», se quitó la camisa y Erin sonrió, observando cómo se desnudaba y disfrutaba de la vista.

Ella desvió la mirada mientras él se movía para darle un poco de privacidad, y un momento después, él estaba en su magnífica forma de lobo ante ella.

Vi se unió a ellos poco después. Invocó la magia a sus manos y asintió hacia Gibson. Erin extendió su antebrazo justo delante de su boca.

Se adelantó y apretó con tanta fuerza que Erin no pudo reprimir el grito de dolor.

Pero eso no era nada comparado con el torrente de agonía que la atravesó en el momento en que la magia de Vi la tocó y todo se volvió negro.

La agonía la desgarró mientras se hundía en la oscuridad, la conciencia había desaparecido pero el miedo y el dolor seguían siendo sus rápidos amigos. Se sintió destrozada y aplastada de nuevo. Todo estaba reorganizado, pero nada del todo bien.

Cuando Erin volvió en sí, se sintió bajita. Baja y encorvada. Sobre cuatro patas. Con pelaje. Y garras. Y dientes.

Era una loba otra vez.

Erin inclinó la cabeza hacia atrás y aulló de alegría y alivio, las emociones eran agudas y simples en su forma animal. Su Pareja se unió a ella. Y luego salieron corriendo, dirigiéndose al bosque detrás de la granja y corriendo para perseguir la puesta de sol.

CAPÍTULO VEINTISÉIS

ERIN SE REPOSTÓ en la cama, con su vestido corto blanco arrugado debajo de sus piernas, y levantó la mano sobre su cara, admirando el anillo de oro blanco en su dedo. La cama se hundió a su lado cuando Jericho se dejó caer a su lado, con la cabeza apoyada en una mano y una amplia sonrisa.

«Realmente acabamos de hacerlo», dijo ella, formando un puño con la mano y bajándola.

Él se rió y el sonido la rodeó de calidez. «Intenta no parecer tan sorprendida».

Erin tomó su mano y encontró el anillo a juego en su dedo. Pasó el pulgar por encima y el metal se calentó bajo su tacto.

Una risa ruidosa resonó a través de la ventana, el resto de la manada todavía estaba afuera comiendo una montaña de comida y alcohol. Hubo una o dos sonrisas lascivas cuando ella y su Pareja decidieron colarse dentro, pero sonaba como si la diversión continuara fácilmente sin ellos.

«Lamento que tu hermana no haya podido venir». Una tormenta repentina había retrasado su vuelo y la propia familia de Erin no podía ausentarse del trabajo. Eso era lo que pasaba cuando planeabas una boda en menos de un mes.

«Creo que todavía está superando el hecho de que le informé sobre la boda en el mismo mensaje de texto donde le conté que estábamos juntos». Jericho entrelazó sus dedos.

Erin se los apretó, con el corazón demasiado feliz para tener el más mínimo arrepentimiento. ¿Fue rápido? Tal vez. Pero ella y Jericho habían estado dando vueltas juntos durante años, y la mano del destino los había guiado. Ella no tenía ninguna duda sobre este hombre. ¿Para qué esperar?

«Nos reuniremos con ella mañana», ofreció Erin. «Y tal vez sea mejor si no le infligimos toda la manada a la vez».

Su pareja se acercó y acarició su mejilla. «¿De verdad quieres hablar de mi hermana ahora mismo?», Jericho capturó sus labios en un beso hambriento y Erin dejó que todos los pensamientos sobre el mañana se alejaran mientras se hundía en él.

Ella no podía tener suficiente de él, nunca lo haría. El fuego entre ellos ardía demasiado como para que ella lo ignorara, no es que quisiera, no ahora que podía deleitarse con esta

conexión.

La dura longitud de su polla presionó contra ella a través de su ropa, pero Erin se permitió disfrutar del beso sin mucha urgencia. Tenían toda la noche. Toda la semana.

Para siempre.

Ella dejó escapar un pequeño grito ahogado y sus labios se curvaron bajo los de él mientras sus brazos la rodeaban, acercándola. Su cuerpo pesaba a su lado, su olor volaba y subía a su cabeza.

Ella dejó que sus dedos recorrieran su cuerpo y sintió una oleada de poder femenino mientras él gruñía profundamente en su garganta mientras ella se burlaba de él por encima de sus pantalones. Ella lo ansiaba, y la dureza bajo su palma era prueba más que suficiente para demostrar que él la necesitaba tanto.

Como si no recibiera esa prueba todos los días.

Nunca antes le había importado especialmente el matrimonio, asumiendo que sucedería si sucedía, pero ahora con su esposo, ¡esposo!, aquí con ella, no sabía cómo había esperado tanto.

«Por favor», jadeó, sin estar exactamente segura de lo que estaba pidiendo. Su mano se curvó alrededor de su gruesa longitud y acarició la tela hasta que Jericho empujó contra ella, incapaz de detenerse.

«Te necesito», gruñó, mientras los labios de sus caderas trazaban un camino abrasador a lo largo de su mandíbula, bajando por su garganta. Su pulso tronó, la sangre corrió hacia sus oídos y la hizo sentir un poco mareada. Aún así ella quería más.

Pero su Pareja era un hombre disciplinado, sin importar su necesidad, y aunque ella quería que él la volteara y la tomara, dejó que suaves besos recorrieran su cuerpo, desabrochando lentamente la cremallera de su vestido hasta que ella pudo abrirse camino, salir de él sin apenas necesitar separarse de él.

Él gimió cuando vio las delicadas bragas de encaje que llevaba.

Su sonrisa se convirtió en una sonrisa traviesa y se deleitó con la forma en que sus ojos se oscurecieron mientras la contemplaba. Todo su cuerpo estaba tenso por la anticipación, y se pasó un dedo por el centro de su pecho, dejando que se arrastrara debajo de uno de sus senos. y la confección de encaje de su sujetador que era más una decoración que un soporte.

«¿Quieres que te lo arranque?», por el brillo de sus ojos, podría estar planeando hacerlo con los dientes.

Tiró y cedió fácilmente, dejando a Erin desnuda con solo el pequeño trozo de sus bragas que Jericho trató como si no fueran nada. Él respiró hondo una vez que ella estuvo completamente revelada ante él y Erin se arqueó, estirando los brazos y haciendo una exhibición, su cuerpo se tensó aún más, su núcleo caliente y dolorido por él.

Pero Erin no estaba contenta con quedarse ahí tumbada, no cuando su Pareja la miraba como si fuera un pastel con el que no podía esperar para darse un festín.

En ese juego podrían intervenir dos.

Con un repentino estallido de energía, se sentó y arrastró a Jericho hacia abajo, su mano fue al cierre de sus pantalones y tiró de ellos hacia abajo. Ella no iba a ser la única persona desnuda en esta habitación.

Su polla liberada estaba dura y palpitante cuando sus pantalones cayeron al suelo, y Erin la tomó en su mano, con una sonrisa maliciosa en sus ojos cuando encontró la mirada de su Pareja. Ella se lamió los labios y él gimió.

Luego lo empujó hacia la cama y se posicionó, tomándolo con su boca y haciendo girar su lengua alrededor de su cabeza.

Jericho maldijo y plantó una mano junto a su cabeza, la otra bajó por su cuerpo, sus dedos provocaron la entrada a su sexo y la encontraron caliente y lista. Erin gimió alrededor de su polla, dejando que su lengua explorara todo lo que pudiera.

Pero Jericho era lo suficientemente grande como para que fuera un desafío. Menos mal que ella siempre estaría dispuesta a trabajar un poco duro.

Se deleitaba con la forma en que su cuerpo temblaba, con cada sonido que escapaba de su boca y con la forma en que su mano se enroscaba en las sábanas justo a su lado, agarrando con tanta fuerza que se preguntó si se romperían.

Con un gruñido, Jericho se apartó, dejando a Erin tumbada debajo de él. Su cuerpo era un infierno y una promesa de placer eterno al que ella nunca renunciaría.

Le subió la pierna por encima del hombro y dejó un rastro de besos hasta el centro de ella, donde se dio un festín como un hombre hambriento. Erin no intentó detener el sonido sensual que se le escapó mientras se retorció debajo de él. No importaba cuántas veces la probara, nunca sería suficiente.

Su mirada se elevó para encontrarse con ella, sus ojos azules ardían con calor eléctrico.

Su lengua tejió su propio hechizo sensual a su alrededor hasta que ella no pudo hacer nada más que rogar por más y más mientras él la elevaba hasta la cima del placer, dejándola extenuada.

Y sin embargo...

Sí.

Ella todavía lo necesitaba. Todavía necesitaba más.

Ella lo levantó, cubriéndole la boca con la suya y saboreando su placer en su lengua. Jericho la abrazó, sus dedos apretándolos lo suficientemente fuerte como para hacerla sentir por completo.

Su pierna se enganchó sobre su muslo, su dura longitud allí mismo, tan presente y lista que Erin gimió durante el beso.

Ella lo guió hasta su entrada, la cabeza roma de su polla provocando su piel sensible mientras él empujaba hacia adentro, uniéndose finalmente a ellos tal como debían estar unidos.

Un empujón llevó a otro, la sensación era embriagadora y dejó a Erin sin aliento. Pero aun así quería más, necesitaba más. Ella lo abrazó con fuerza, sus uñas se clavaron con tanta fuerza

que su camisa cubriría la evidencia de su acto amoroso a la mañana siguiente.

La espiral de placer se apretó dentro de ella y se rompió hasta que Erin se elevó, su cuerpo rindiéndose completamente al placer de su pareja.

Jericho gritó su propia liberación, sus cuerpos se estremecieron mientras yacían entrelazados, el calor, el sudor y el placer eran sus únicos compañeros.

«¿Crees que podrás soportar otros cincuenta años de esto?», bromeó Erin, pasando su dedo por el pecho de su Pareja.

Él atrapó su mano allí y luego levantó sus dedos para besarlos. «¿Cincuenta años? Recién estamos comenzando».

[¿Te gustaría disfrutar más historias?](#)

Únete a mi lista de correo para recibir un exclusivo segundo epílogo con Erin y Gibson.

[Link](#)

[Kate Rudolph's Reader Club.](#)

¡GRACIAS POR LEER LA TENTACIÓN DEL LOBO!

Te agradeceré tomarte el tiempo para dejar un comentario.

QUÉ LEER A CONTINUACIÓN

CRUX

EL PRÍNCIPE CRUX está en un aprieto.

Cuando el Rey Dragón ordena a Crux que encuentre una Pareja, sus días de soltero despreocupado llegan a su fin. Realiza un visita a una casamentera psíquica y está en camino hacia su destino. Pero todo se detiene cuando conoce a una mujer humana que enciende su fuego interno y le provoca deseo.

Ella tiene un par de patines y cierta actitud.

Supuestamente, Courtney está tratando de reconstruir el caos de su vida. Ser abducida por extraterrestres no es parte del plan. Tampoco lo es ser rescatada por un dragón ardientemente atractivo que le hace pensar en un futuro imposible. Pero no tienen oportunidad juntos, si primero no pueden escapar de un planeta lleno de monstruos decididos a destruirlos.

[¡Conoce más!](#)

TAMBIÉN DE KATE RUDOLPH

NOVIAS DRAGÓN

- [Crux](#)
- [Ranger](#)
- [Saber](#)

PAREJAS GUERRERAS DE ZULIR

- [Saint de los Synnr](#)
- [La Esperanza de los Synnr](#)
- [La Chispa de los Synnr](#)
- [El Beso del Synnr](#)
- [El Paseo del Synnr](#)

APAREADO CON UNA ALIENÍGENA

- [Ruwen](#)
- [Tyral](#)
- [Stoan](#)
- [Ciborg](#)
- [Krayter](#)
- [Kayleb](#)

APAREADO CON UNA ALIENÍGENA: LOS HERMANOS NAZADE

- [Shayn](#)
- [Braxtyn](#)
- [Doryan](#)
- [Dekon](#)

GUERREROS DETYEN

- [Raze](#)
- [Toran](#)
- [Kayde](#)
- [Druath](#)
- [Dryce](#)

Protegida por un Cambiaformas

- [Temporada de Caza](#)
- [Al Acecho](#)
- [La Sombra de la Magia](#)
- [Habrienta por el Lobo](#)
- [La Tentación del Lobo](#)

DE LA SERIE: ROBO AL ALFA

- [El Atraco al Alfa](#)
- [Enredado con la Ladrona](#)
- [En la Cama del Alfa](#)

ACERCA DE KATE RUDOLPH

KATE RUDOLPH ES una escritora de novelas paranormales y de ciencia ficción que vive en Indiana. Le encanta escribir sobre heroínas audaces y los héroes que las aman. Lleva devorando novelas románticas desde que era demasiado joven para leerlas y tenía que esconder sus libros para que nadie se los quitara. No podría imaginar un trabajo mejor en este mundo que escribir novelas románticas y compartirlas con sus compañeros lectores.

Si disfrutaste de esta historia, por favor considera dejar un comentario.

Para conocer los nuevos lanzamientos de Kate Rudolph y recibir un libro electrónico gratuito, puedes registrarte en:

[Kate Rudolph's Reader Club](#)